Escuela de Militantes de Aragón

Una experiencia de autogestión y de análisis sociológico

Félix Carrasquer



LA ESCUELA DE MILITANTES DE ARAGÓN

Barcelona, septiembre del 2015

ISBN: 978-84-16553-08-2

Dipòsit Legal: B 22000-2016

Maquetació: Descontrol Editorial
descontrol@riseup.net

Edició a càrrec de:
descontrol editorial
editorial@descontrol.cat
descontroled@

Imprès a l'impremta autogestionada El Taller

LA ESCUELA DE MILITANTES DE ARAGÓN

UNA EXPERIENCIA DE AUTOGESTIÓN EDUCATIVA Y ECONÓMICA

FELIX CARRASQUER LAUNED

A mi hermano José y a los muchachos de la Escuela que ofrendaron su vida generosa por la libertad de nuestro pueblo.

También la brindamos como piedra de reflexión a quienes rechazan la sociedad impositiva y aspiran a otra más libre y solidaria.

FELIX CARRASQUER

PRESENTACIÓN

FÉLIX CARRASQUER es bien conocido y apreciado por nuestros lectores. Este nuevo texto que hoy ofrecemos aparte de las inesquivables incursiones en lo autobiográfico tiene un valor testimonial poco común, con el cumplido relato de un auténtico proceso autogestionario en la amplia vertiente sociológica, económica, revolucionaria y pedagógica, todo ello condicionado por el dramático marco de la lucha contra la sublevación fascista.

El trágico paréntesis que España ha sufrido durante los últimos cuarenta años, está ahora abierto a una situación en la que predominan las ambiciones políticas y hegemónicas por encima de las urgentes e inaplazables soluciones que los intereses generales del país reclaman para garantizar un futuro de amplias libertades y proyectos de convivencia y respeto en los que el pueblo participe plena y responsablemente.

En el mundo del trabajo, que nos preocupa fundamentalmente tanto las soluciones del capitalismo como las del socialismo de Estado, se dirigen esencialmente a potenciar y reforzar un imperialismo económico que ejerza su dominación sobre el individuo, desde su condición obrera o dependiente hasta su inserción y desarrollo en la plural realización de su ciudadana.

Respecto a la autogestión se han ofrecido engañosas e interesadas definiciones, muchas veces propugnadas por sectores diametral y moralmente opuestos a su auténtica praxis. Tampoco han faltado los ataques a aquellos ensayos aislados que han demostrado una eficacia positiva y ejemplar, tildándolos de ingenuas utopías o de coactivas imposiciones.

LA ESCUELA DE MILITANTES DE ARAGÓN, cuya peripecia nos ha parecido interesante como prueba irrefutable de que, sin la injerencia de intereses o ambiciones de dominio político y económico, la autogestión es una alternativa válida, coherente, democrática, libre y casi inédita en el sugestivo y amplio espectro de su plena realización.

No dudamos que en este libro, el lector hallará explicaciones a muchos problemas que siguen preocupando a los jóvenes de hoy con la misma

intensidad que hace cuarenta años impulsaba a los jóvenes de entonces a buscar soluciones para un futuro que hoy es ya presente. Por nuestra parte esperamos haber contribuido, una vez más, a la labor de utilizar las experiencias del pasado como enseñanza y estímulo para superarlas.

B.M.

AGOSTO 1978

ACLARACIÓN PREVIA

“Si te parece que la experiencia de vuestro internado ofrece un incentivo” -me decía un amigo no hace mucho- “¿por qué tardas tanto en darla a conocer?” A ese interrogante y a otros que se me formularon antes, intentaré responder ahora, a la vez que dar satisfacción a una promesa de conciencia. Vayamos, empero, por partes.

Después del todo traumatizante, desde Barcelona a la frontera, a pie, y tras las concentraciones y trasiegos sufridos, en Perpignan, llegamos al fin a Pontarlier. Allí, gracias a la comprensión del alcalde socialista pudimos organizar unas clases con algunos de nuestros alumnos y un numeroso grupo de muchachos de ambos sexos que fueron uniéndose a nosotros desde la ciudad condal hasta Figueras. Pasadas las primeras semanas de opresión y zozobra, pensé bosquejar un esquema de la vida de nuestro Internado para tener constancia al menos de los hechos más relevantes; pero tres meses más tarde, en un registro que nos hicieron en Arquesnan, los gendarmes me quitaron el bosquejo con otras narraciones.

Unos meses más tarde, en Argeles-sur-Mer, procuré entrevistarme con algunos compañeros de Aragón, Mariano, de Pealba, Isidro, de Albalate, López, de Zaragoza y dos o tres más para conversar de la situación y compulsar cómo estaban sus ánimos. Charlamos del pasado y sobre todo de aquel presente angustioso y del futuro incierto que nos aguardaba. Alguno de ellos acariciaba acontecimientos inmediatos favorables a nuestra vuelta a España, suponiendo que la Guerra que se había iniciado coadyuvara a nuestra liberación. Todos, en el fondo, abrigábamos alguna esperanza; pero las primeras operaciones de los ejércitos alemanes no vaticinaban precisamente un triunfo rápido de las Democracias. De ahí que yo me expresara en un tono parecido a éste:

Es muy pronto para predecir acontecimientos y más aún para hacer afirmaciones acerca de nuestra suerte y la del mundo; pero de momento hemos de sopesar la frustración profunda que sufre nuestro pueblo y la bárbara represión a que se halla sometido. En esas condiciones nada ni nadie puede devolver al país la confianza y el entusiasmo indispensable para cambiar la situación. De modo que yo pienso lo siguiente: Que si bien el triunfo de los Aliados podría facilitar un cambio democrático en

España, nosotros como Movimiento tendremos que comenzar de cero. Y para eso deberíamos prepararnos.

- ¿Cómo?-me preguntó Mariano- "¿Tienes alguna fórmula?"

- Por eso justamente quería hablaros. Si, en efecto, hemos sabido valorar nuestras experiencias colectivistas, tendríamos que proseguir en esa línea emancipadora, y como el momento que atravesamos es muy negro, opino que deberíamos mantener el contacto cuantos nos conocemos y confiamos en el porvenir, para ir recogiendo documentos que nos permitieran ir reflexionando sobre nuestros éxitos y errores, de modo que en cuanto nos fuera posible, intentáramos crear un centro de trabajo y de estudio capaz de aglutinar experiencias, afanes de acción y voluntades desde donde fuera factible irradiar ideas claras y proyectos realizables. No se me oculta que ahora mismo nada podemos hacer; pero como espero que no será fácil volver a vernos por ahora, pienso que tendríamos que comprometernos a iniciar esa tarea en cuanto las circunstancias nos lo permitan. Así, no importa dónde vayamos a parar, si seguimos viviendo, podremos cooperar con cuantos coincidan con nosotros en esa labor recuperadora y de proyección.

Me escucharon con cierta atención pero sin que llegara a convencerles. Eso ocurría a finales de 1939, y durante más de veinticinco años percibiría respuestas de decepción y de reserva de casi todos los viejos amigos. Sin embargo, López me dijo: "¿Por qué no haces un resumen escrito de vuestra experiencia en la Escuela de Monzón? Eso tal vez ayudara a ir reflexionando y a ver el modo de agruparnos, si es que algún día nos dejan."

Les conté lo que me había sucedido en Arques-nan y añadí: "Aparte de que cuanto hagamos hoy no tenemos garantía de conservarlo, hay otras razones que no me animan a escribirlo ahora. Todavía no he madurado bien cuanto hicimos de manera harto precipitada, no sabemos cómo se proyectará el mundo de la posguerra ni tendríamos en este instante dónde imprimir el trabajo ni los medios para difundirlo. Pienso que hay que esperar una coyuntura más favorable".

Efectivamente, nunca más he vuelto a reunirme con aquellos amigos y cada uno de ellos siguió cauces distintos, como cantos rodados que el río arrastra.

También en el Penal de San Miguel de los Reyes (hacia 1950), hablando de aquella Escuela, Manuel, Jaime, Vicente, Muiz, Tena y otros me animaban a que plasmara en letras lo que me pareciera más interesante de su desarrollo; pero seguía siendo adversa la situación, pese a que en mi interior crecía más conscientemente la necesidad de ofrecer nuestra experiencia a la crítica socio-educativa.

Por fin, ya en París en 1960, el mayor de los chicos de aquella Escuela de Monzón, José Dueso, me dijo: "Cómo temimos por ti cuando nos comunicaron que iban a pedirte pena de muerte, yo redacté un artículo hablando brevemente de nuestros quehaceres en la Escuela.[1] No quise poner tu nombre para no comprometerte; pero ahora que estás fuera y que se te brinda la ocasión, espero que escribirás aquel cuadro vivo de nuestros trabajos y de nuestra jubilosa existencia."

Recién llegados a París, sin casa ni otros medios de vida que la solidaridad de algunos compañeros, no podía en verdad comprometerme a nada. Y Dueso, viendo mi indecisión me habló muy decidido:

"Yo no tengo tu memoria ni estuve todo el tiempo en la Escuela. Por eso no me he atrevido a explicar su desenvolvimiento con detalle, pera sigo creyendo que debería difundirse, y como además de lo que te acabo de decir mi salud no es muy boyante, quisiera que me prometieras de la manera más formal que vas a dar a conocer, cuando puedas, el cúmulo de nuestras actividades y de aquella alegre convivencia."

Se lo prometí, y a los pocos años moría el excelente Dueso, en plena juventud y saturado de buenas intenciones y proyectos para un futuro que cuantos quedamos tenemos el deber de empujar.

1 Ver apéndice l, pg. 157

Ignoro si el funcionalismo de nuestra Escuela interesará a los ciudadanos curiosos y a cuantos laboran por la liberación de los pueblos, pero me pongo a redactarlo fiando únicamente en mi memoria, recordando muy cariñosamente al compañero Dueso y cumpliendo la promesa que un día de invierno de finales del año 1960 le hiciera en una habitación de aquel agobiante París.

Dar asimismo satisfacción a otros muchachos de la Escuela que me lo solicitaron hace ya tiempo: Luis, Fernando, Pilar, Pituso, Pedro...

A la vez quiero dar tributo de dolorosa remembranza a los que murieron ya en nuestra guerra y que en lugar de servir a las colectividades como habían soñado, dieron sus vidas en holocausto de la libertad del pueblo español.

A MANERA DE PRÓLOGO

CRÍTICAS Y MOTIVACIONES

ENRIQUE: He leído "La Escuela de Militantes de Monzón", que me ha parecido un testimonio vivo e interesante, pero no sé exactamente si se trata de una experiencia pedagógica o más bien de un estudio de crítica social. ¿No te parece que está demasiado mezclado lo uno y lo otro?

FÉLIX: Así es la vida, amigo mío: un conjunto de acontecimientos que se entrecruzan sin cesar y no siempre de manera prevista o deseada sino como lo determinan las fuerzas múltiples que intervienen en la fenoménica cósmica o cívica.

El propósito básico de este trabajo es explicar con algún detalle una experiencia educativa; pero su realidad no ocurrió en el vacío o en un ámbito aséptico, sino en un medio social único o al menos muy excepcional, que fue precisamente el que permitió y dinamizó nuestras actividades y reflexiones ulteriores. Nuestra Escuela de Militantes fue el producto de la revolución y nada podríamos comprender de sus mecanismos y resultados sin hacerla inferir en los incidentes y preocupaciones que la nutrieron y zarandearon.

A juicio mío, además, la función educativa a todos sus niveles ha de ser un aprendizaje ininterrumpido de los jóvenes en relación con la sociedad toda; porque en cuanto la Escuela se margina de los dinamismos comunitarios, rompe su auténtico contacto con la vida y se convierte en algo discriminatorio y artificial. Pues bien; si esa simbiosis entre el aprendizaje juvenil y el desenvolvimiento social ha de ser vivo y permanente, en nuestro caso la exigencia es mayor, puesto que surgimos de la convulsión sociológica de aquel momento, y al socaire de sus ráfagas tuvimos que desenvolvernos.

ENRIQUE: Comprendo esa imbricación de la que me hablas; pero, ¿no te parece que habría que hacer más hincapié en aspectos metodológicos o teóricos sobre pedagogía? Porque tu presentas una experiencia que pretende ser nueva de algún modo y yo pienso que debería ir precedida de estudios o presupuestos pedagógicos convincentes.

FÉLIX: Respeto tu criterio y es posible que ateniéndonos a ciertos hábitos intelectuales de nuestra cultura tu critica sea incuestionablemente lógica; aunque en mi opinión, lo que realmente tiene valor testimonial y de estimulo realizador son los hechos. De que sirven la mayoría de las experiencias psicopedagógicas efectuadas en laboratorio o extraídas de especulaciones abstractas? De elementos de discusión y de divisiones entre centros o escuelas que casi nunca se ponen de acuerdo. Si cada individuo es el mismo y únicamente en libertad puede manifestarse su capacidad personal y su imaginación creadora, el mejor método, creo que el único, es dejar en libertad a los niños para que elaboren su personalidad en contacto con la fenoménica cósmica y con las incidencias sociales. ¿No es ese universo estimulante y móvil más rico y sugestivo que las teorías sacadas de un especular más o menos científico?

ENRIQUE: No vas a negarme el valor de la ciencia ni que la pedagogía tiene sus normas, su manera de hacer.

FÉLIX: No se trata de negar nada, ya que la ciencia, igual que las actividades específicas de la enseñanza están ahí, pero, ¿sus realizaciones y conquistas van por el buen camino? La ciencia lo mismo descubre la penicilina para curar, que la fisión del átomo para eliminar la vida, y en los quehaceres educativos tropezamos con la selectividad discriminatoria atiborrada de tests y de exámenes torturadores, aunque también, claro está, con atisbos de libertad. Por ejemplo en Ferrer Guardia, Freinet, Cousinet y otros muchos. ¿Podemos aceptar indistintamente lo que anula o lo que libera sin una crítica epistemológica y racional? En la medida que la tarea pedagógica quiere atenerse a sus propias leyes y se margina de la vida comunitaria deja de ser educativa para convertirse en un factor condicionante y represivo.

ENRIQUE: ¿Pero educar no es conducir, dar a los chicos los conocimientos científicos y el comportamiento social que conviene?

FÉLIX: Eso es lo que piensan muchos pedagogos y la tradición escolar viene repitiendo: domesticar a los jóvenes mediante imposiciones y reglas enojosas para que se incorporen plenamente a los estatutos de los adultos y sigan siendo seres obedientes y manipulables. La educación auténtica

es todo lo contrario, puesto que implica, sencilla y llanamente, ayudar a los chicos a desarrollar cuanto llevan dentro, y ello a medida que su maduración se va realizando. Y ese desarrollo de su potencial interior sólo se puede conseguir con la praxis de la libertad; es decir, dejando que la curiosidad de los muchachos sea el elemento explorador en sus aprendizajes de captación y descubierta:

¿Para qué han de educarse los jóvenes? ¿No es para vivir con el menor número de conflictos posible y la satisfacción más estimulante? Todo eso exige, por tanto, libertad para ver y elegir, conocimiento de la realidad y la práctica de una cooperación espontáneamente apetecida. ¿Cómo podemos sumergirnos en la convivencia cotidiana si se nos condiciona a la obediencia y se nos deforma teniéndonos al margen del fluir de los intercambios sociales? En otras palabras: la educación ha de favorecer la expansión de la personalidad de cada uno y ello únicamente puede lograrse por medio de la comunicación más directa y asidua con el mundo real.

ENRIQUE: Tus argumentos no carecen de cierta lógica; aunque me suenan a algo nuevo; es decir, poco sólido todavía. En cualquier caso, ¿cómo has concebido esas ideas? ¿No lo has extraído de las teorías pedagógicas?

FÉLIX: Si bien la preocupación por los quehaceres educativos surgió en mí cuando era aún muy joven, es cierto que sólo pude ir configurando la proyección de una enseñanza autogestionada gracias a pedagogos como los ya mencionados y a otros como Tolstoy, Claparède, Dewey, etcétera, que abrieron cauces de libertad en el enmarañamiento de la educación tradicional. O sea; que hoy, como ayer y como siempre, sólo podemos ir recreando esquemas más adecuados utilizando cuanto ya existe.

ENRIQUE: ¿Y dices que ya desde muy joven te preocupaban esas cosas? ¿Cómo es posible que a esa edad...?

FÉLIX: Pienso que ello se debe al hecho de no haber ido a la escuela. Verás: cuando apenas tenía yo seis años, el maestro me quiso pegar, me fui y ya no volví más. En mi vagar por los campos y el río tuve

tiempo de reflexionar, y hostigaba mi mente sobre todo la agresividad que manifestaban los chicos al discutir y pelearse siempre. Aquella imagen de rivalidad me llevó a la conclusión de que los zagales eran tan violentos por culpa de la escuela que los reprimía con sus métodos de una disciplina estricta. De ahí que fuera del horario escolar se desbordaran por el único cauce que les habían enseñado: el de la competición para ser más que el otro. Todo eso que intuí entonces, he podido comprobarlo más concretamente en el discurrir de los años y la experiencia.

ENRIQUE: Si pudiste pensar todo eso desde chico, alguna circunstancia te debió inducir a ello. ¿Dónde vivías y que medio te estimulaba?

FÉLIX: Vivía en Albalate de Cinca; un pueblo rural como cualquier otro, y las circunstancias motivadoras, ya las he dicho a grandes rasgos: la imposición que observaba en el maestro y aquella actitud peleona constante de los chicos. Yo hablaba y jugaba con todos; aunque me disgustaba a menudo ver como apedreaban a los perros e incluso a algún anciano mendigo que pasara por nuestro pueblo. También a veces conversábamos sobre problemas varios y criticábamos ciertas actitudes de los mayores; si bien, cuando combatía costumbres violentas como maltratar a los animales o desconsiderar a las chicas, solían dejarme solo con gesto desdeñoso.

Para interpretar mejor mi situación, he de aclarar que mi padre era el secretario del Ayuntamiento y que por lo mismo reciba periódicos, alguna revista y había en casa unos cuantos libros. Aprendí a leer desde muy temprano, bastante antes de ir a la escuela, leía cuanto caía en mis manos y estaba algo más enterado de los acontecimientos del mundo que los otros zagales. Coincidiendo mi infancia con la Guerra Europea, yo seguía sus acontecimientos, y tanto las vecinas como varios amigos me pedían información de cómo se desarrollaban los combates. Por esas lecturas en los periódicos, en las revistas y en los libros, poseía unos conocimientos, algo caóticos e informales, pero que no poseían los otros chicos de mi entorno. De cualquier modo, sólo mucho más tarde llegaría a entenderme con los jóvenes de mi edad.

ENRIQUE: ¿Mucho más tarde? ¿Qué te sucedió?

FÉLIX: A los catorce años el ambiente del pueblo me asfixiaba, quería ver mundo y conocer otros panoramas Total, cogí el montante y me fui a Barcelona. Los obstáculos y dificultades que hallé en la ciudad condal puede imaginárselos cualquiera que conozca el vivir de un aprendiz solitario en aquella época; aunque lo realmente importante a nuestro objeto es que al zambullirme en la ciudad y al poco tiempo de estar en ella descubrí las libreras de lance que se hallaban instaladas a la sazón en las Atarazanas. Allí, por unas perras se podía adquirir un libro, que volvías a vender cuando ya lo habías leído y con un poco más comprabas otro. Fue así como me puse en contacto con literatos célebres y sociólogos muy diversos: Pi y Margall, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, Eliseo Reclús, Malatesta, etc., inclinándome de preferencia hacia los pensadores libertarios, cuyo amor a la libertad y gran humanismo me cautivaron rápidamente.

Husmeando, husmeando, hallé asimismo pedagogos insignes como Ferrer, Decroli, Ferrier, Pestalozzi, Giner de los Ros, Cossio, etc., y pronto intuí que si bien los ideales de libertad que tanto me habían impresionado eran insuperables, únicamente por el vehículo de una auténtica educación será posible predisponer a los hombres para organizar una convivencia libre y solidaria.

A partir de esa íntima convicción tomé parte en las luchas sociales al lado del Movimiento Libertario, conocí muy de cerca a sus hombres más destacados en ese momento Alaiz, Liberto Callejas, Viadíu, Ascaso. Durruti, Sanz, Jover, Carbó, Dionisios, Peiró, Pestaña aunque el tema de la educación seguirá ocupando un lugar preferente en la gama de mis intereses y a la dedicara en adelante muchas horas de estudio y reflexión.

Hacia 1929 volví al pueblo, donde, después de laboriosas conversaciones con los jóvenes y con algunos viejos republicanos, constituimos una Agrupación Cultural que nos permitiría llevar a cabo realizaciones muy interesantes. Por ejemplo: Montar una biblioteca y seguidamente una escuela muy original a la que acudían todas las noches desde niñas y niños de 6 años hasta mujeres y hombres de 60 y donde el contenido de la enseñanza aparte el aprendizaje de las primeras letras para los que no sabían leer era programado y decidido por los mismos asistentes,

que elegían libremente los temas de su interés para ser desarrollados a continuación libre y mancomunadamente. No me extenderé en detalles sobre este particular; aunque si debo poner de relieve que fue para mí un descubrimiento impresionante ver la armonía y el entusiasmo con que se desarrolla el estudio cuando se ha logrado crear una atmósfera de libertad y de confianza: los interrogantes se multiplican, ello suscita la curiosidad y la iniciativa de cada participante y el diálogo constructivo se establece desde el primer momento. Se creó un grupo para el arte dramático y otro para cultivar el canto, y organizábamos charlas más o menos formales sobre temas muy interesantes y atractivos.

Pero nuestras actividades no se pararon ahí. En ese momento, el duque de Solferino, que tenía una gran propiedad en el pueblo, había muerto, y los trabajadores sin tierra, junto con algunos pequeños propietarios, se asociaron para adquirir dicho feudo. La Agrupación Cultural intervino en los trámites de manera muy activa, y una vez obtenidas las tierras consiguió que una de las partidas no se parcelara puesto que debía servir de base para una colectividad. Además los jóvenes nos encargaríamos de trabajar una parcela, y los beneficios que de ese trabajo se obtuvieran serían destinados al fomento de la cultura; es decir, compra de libros para la biblioteca, cine, viajes organizados, charlas por aquellos pueblos, etcétera. Lo cierto es que nuestra actividad sirvió de estímulo a los jóvenes de la comarca, creándose agrupaciones culturales en Belver, Zaidín, Fraga, Alcolea, Monzón, Binéfar y Alcampel, Esos grupos fueron el fermento de una nueva cultura y actuaron de revulsivo para realizaciones más amplias. Por ejemplo: cuando en abril de 1931 se proclamó la República y pudimos intensificar la difusión de nuestros ideales, conseguimos organizar 24 sindicatos de la CNT, constituyendo dos comarcales: una en Albalate de Cinca y otra en Binéfar.

ENRIQUE: ¿Y a partir de esos hechos viviste en el pueblo hasta la Guerra?

FÉLIX: No; acontecieron muchas cosas luego. En diciembre del 33 participamos en un levantamiento revolucionario en el que unos cayeron presos y otros huimos hacia Cataluña u otros lugares. De nuevo en Barcelona, tras haber superado algunas peripecias, volvió a espoliquearme

el aguijón educativo. Ahora con más intensidad y mayor conocimiento de causa. Había constatado la eficacia de una actividad autogestionada y ardía en deseos de probar en otro clima y con otros niños la bondad de la libertad en una cooperación autodirigida y espontánea. No tardamos en hallar el marco, ya que los compañeros del Ateneo Libertario de las Corts se interesaron por el plan y pronto pusimos en marcha una escuela con tres clases, totalmente autogestionada, en la calle Vallespir, 184. No repetiremos aquí cuanto ya explicamos en otro lugar; pero la estimulante marcha de aquella escuela nos dio seguridad y el deseo de proseguir en otra parte nuestra labor educadora.

ENRIQUE: ¿Una escuela autogestionada antes de la Guerra? ¿Cómo fue eso posible? ¿Con quién contábais?

FÉLIX: Fue posible, como lo será siempre que haya educadores que lo comprendan y un grupo de personas o de familias dispuestas a participar. Contábamos con el Ateneo de las Corts, ya lo he dicho, y con nuestro entusiasmo. Claro que sin los trabajadores de la barriada que cooperaron de manera resuelta, la experiencia no hubiera sido posible; pero como coincidimos nosotros, el Ateneo y las familias la cosa funcionó satisfactoriamente.

Fue precisamente el resultado de Vallespir lo que más me incitó a organizar la Escuela de Militantes de Monzón; porque habiendo experimentado el valor creador y solidario que genera la autogestión, la confianza puso alas en mis anhelos, como suele ocurrir a quienes han vivido en un medio auténticamente autogestionario.

ENRIQUE: Bien, muy interesantes y sugestivos esos antecedentes; pero volvamos a la escuela de Militantes donde hay algo que no acabo de digerir. Si el maestro es el que enseña, el que transmite los conocimientos del pasado a las nuevas generaciones ¿qué papel le queda en una escuela autogestionada?

FÉLIX: No me sorprende tu pregunta ni la imagen que tienes del maestro; pues es la clásica, la que casi todo el mundo tiene. Luego vamos a enjuiciarla, aunque sea brevemente, puesto que es en la actitud de ese

personaje donde reside la clave de una educación auténtica. El maestro que se limita a dar a sus alumnos la papilla indigesta del pasado es un intermediario que, como cualquier otro burócrata, se esfuerza en que prevalezca la ley, matando la iniciativa y la imaginación creadora de los jóvenes. Con esa actitud no hace más que bloquear el progreso social y perpetuar la servidumbre; que es en definitiva, lo que hacen la mayoría de los enseñantes del mundo y cuanto se proponen los Estados y las minoras dirigentes. La mera transmisión ya no sirve, y esto cada vez menos; pues resulta rechazante al ser impositiva y lleva consigo, además, el morbo de la parálisis, cuando es aire fresco lo que necesitan los hombres y libertad para romper viejos moldes al objeto de propiciar situaciones más racionales y placenteras.

Pero si has leído el desarrollo de la escuela de Militantes me sorprende que no hayas captado el papel importante del maestro en un centro autogestionado. El maestro es uno más en el seno del grupo; ya que, si en virtud de su experiencia puede ayudar a sus alumnos a resolver ciertas dificultades, jamás debe iniciar ni decidir nada por su cuenta. Porque si autogestión significa libre participación de todos, sin privilegios ni condiciones de ninguna especie, está claro que en el grupo autogestionario no puede haber autoridad, ni intermediarios, ni prebendas para nadie. En él la libertad en la igualdad ha de ser la dinámica que lo resuelva todo.

ENRIQUE: Lo que más me cuesta entender es la supresión de la autoridad. ¿Crees que eso puede generalizarse?

FÉLIX: ¿Por qué no? Ni los chicos de nuestra escuela de la calle de Vallespir ni los de la escuela de Monzón eran seres excepcionales. Se trataba, sencilla y llanamente, de muchachos del pueblo. Como los otros. Ni más ni menos.

Sí, ya lo sé. Es más asequible a la comprensión de las gentes una escuela tipo anglosajón, donde, si bien se rechaza la fórmula autocrítica e inspirándose en las democracias al uso tiende al mandato colegiado, de alguna manera no deja de establecer en su seno normas de dirección con toda la carga de conflictividad que ello implica para las relaciones dentro del grupo. Esas escuelas mal llamadas de autogobierno se quedan

a medio camino; pues aunque repudien el poder absoluto del monarca, no han logrado todavía romper los viejos moldes del esquema autoritario que tanto daño nos hace; al maestro y a los alumnos. ¿No es mejor que la dirección la llevemos entre todos, autogestionariamente? ¿Que hacen falta comisiones para ejecutar los acuerdos? Pues se nombran, cuantas sean necesarias; aunque sin autoridad, revocables y para un tiempo limitado.

ENRIQUE: ¡Si lo comprendo perfectamente! Pero no acabo de ver cómo puede llevarse a la practica con éxito. Mas... dejemos ahora eso. Hay otro aspecto que me preocupa: ¿Qué es primordial, a tu juicio, el desarrollo de la personalidad de cada uno o el equilibrio del grupo?

FÉLIX: También hemos puesto de relieve ese tema en el relato de nuestras vivencias; aunque, sin duda, no con suficiente claridad. Creo haber dicho que los hombres somos el producto de la cooperación y que sólo cooperando podemos hallar seguridad y llegar a ser nosotros mismos. En el grupo solidario pues, la autogestión permite a todos sus miembros hacer uso de su libertad para criticar y para sugerir al objeto de superar situaciones enojosas o de crear otras nuevas que permitan vivir plenamente en camaradería con los demás. Es decir; que no hay primero ni segundo sino funciones especificas que se corresponden y complementan. El individuo será siempre el agente que critica, inventa y propone, y el grupo el que consolida, analiza y decide, y esto lo mismo en el área educativa que en el trabajo, en la distribución, los servicios, etc. Y únicamente de la simbiosis bien concertada entre las partes puede brotar el equilibrio del conjunto y la felicidad de cada uno.

O dicho de otro modo: Puesto que sin sociedad no hay hombre, es en la sociedad donde hemos de buscar la causa y el remedio a todos nuestros males. La causa primera es la autoridad, que al anular la personalidad del individuo prohibiéndole el uso de su iniciativa y el natural desarrollo de su potencial creador, fomenta las tendencias agresivas que nos llevan a la autodestrucción por el vehículo de la rivalidad y el ansia de ser más que el otro. Por otra parte, si son las relaciones solidarias las que han de darnos seguridad y equilibrio, hacer su aprendizaje es lo que se impone con mayor urgencia; aprendizaje que debería iniciarse desde muy temprano y

que sólo puede hacerse por la praxis de la cooperación y de la dinámica autogestionaria en un clima de libertad responsable y de estímulos creadores. Así es de sencillo y así lo llevamos a la práctica en la Escuela de Monzón. ¿Tienes algo más que objetar?

ENRIQUE: A los que no han vivido aquel período convulso de la guerra con vuestra proyección revolucionaria, vuestras colectividades, etc. la Escuela de Monzón puede parecerles a mí al menos me lo parece algo que fue posible en ese momento; aunque de ahí, a pretender implantarla en nuestra sociedad como motor de transformaciones sociopolíticas de gran alcance, veo yo un abismo. Pero es que, además, cuesta mucho aceptar que sea posible, entre alumnos y entre éstos y el maestro, una convivencia como la que tu pretendes.

FÉLIX: Comprendo tus dudas en su primera parte, y, para ser sincero, he de reconocer que el contexto social en el que nos movíamos no sólo había hecho posible aquella Escuela sino que la dinamizaba y hasta era en cierto modo, su razón de ser. Pero ello no resta valor al hecho vivido ni nos impide sacar las pertinentes conclusiones al objeto de proyectar otros esquemas de relación más acordes con la psicología humana.

En lo que respecta a tu dificultad para aceptar que una convivencia armoniosa entre los jóvenes sea posible, yo no hago más que brindarte el ejemplo de cuanto he vivido en ese orden de cosas. Y lo mismo que he dicho de la Escuela de Monzón a propósito de la convivencia otro tanto podría decir de la escuela de Vallespir y de mis experiencias en el Grupo Cultural del que ya hemos hablado al principio. Y si mi testimonio no te basta, ahí está expresado en pocas líneas el de nuestro querido y malogrado Dueso -transcrito en el apéndice primero- al que podríamos añadir si hicieran falta los de otros protagonistas de aquella experiencia con quienes hemos logrado conectar después de transcurridos tantos años y peripecias. Y si aún esto no bastara, ¿a quién podríamos apelar? A tu fuero más íntimo; porque si aún después de cuanto hemos hablado sigues desconfiando en la libertad, ello quiere decir que no has reflexionado muy a fondo en lo que ésta representa para el hombre. Si lo haces, tu mismo te convencerás de que sólo actuando libremente y en cooperación solidaria con los otros puede la persona humana alcanzar su plenitud y

que sólo entonces estar en condiciones de establecer una convivencia placentera y armoniosa.

ENRIQUE: Lo haré. Te lo prometo; pues es demasiado importante todo esto para que yo lo deje hilvanado. Pero se me ocurre otra pregunta que se relaciona de algún modo con el tema que nos ocupa. ¿La Escuela de Sumerhill -de tanto renombre en los últimos años- puede homologarse con vuestro Internado? ¿Y si no, qué diferencias ves entre ambas?

FÉLIX: La actitud de Neill es digna del mejor elogio por la libertad que supo dar a sus alumnos. De acuerdo con lo que él nos cuenta muchos jóvenes difíciles de cuantos pasaron por ella recobraron el equilibrio en poco tiempo; pero en Sumerhill no había autogestión. Las clases, si bien estaban a cargo de profesores competentes eran impartidas de forma magistral y sujetas a programas impuestos desde fuera como en toda la enseñanza clásica. Lo que destaca y pone de relieve el valor de esa especie de psicoterapia que Neill había intuido es la opción que tienen los alumnos a seguir los cursos o no seguirlos. De algunos nos cuenta que después de unos años de mantenerse en actitud negativa se deciden por fin a iniciar una carrera y lo hacen con mucho éxito.

Hay un hecho muy significativo de la atmósfera de rienda suelta que debía reinar en la Escuela y que es el siguiente: Neill se queja de que los chicos no querían ayudarle a binar[2] el huerto o a extirpar las hierbas. ¿Qué interés podían tener los chicos por unas plantas que no eran de ellos y en cuyo proyecto de plantación y de cultivo no habían participado? Deducir de ese hecho que a los muchachos no les gusta el trabajo es desconocer por completo lo que son capaces de hacer en toda clase de actividades cuando se sabe crear un ambiente de estímulos y de libertad responsable. Nuestros zagales gozaban cultivando el huerto lo mismo que efectuando otras tareas; pero eran ellos los que planificaban y realizaban todo el proceso. Eso es la autogestión.

Neill se queja por otra parte de que las herramientas del taller nunca volvían a su sitio y al fin se extraviaban. Desesperado de conseguir un

2 Arar por segunda vez las tierras de labor.

poco de orden a ese propósito, decidió finalmente cerrar el taller bajo llave. Lo que quiere decir que no había un proyecto colectivo de trabajo, ni una responsabilidad ni nada que se le parezca a la autogestión.

ENRIQUE: Ahora comprendo: todo esto muy claro. Pero ¿crees que en nuestra situación actual sería posible poner en funcionamiento una escuela como la de Vallespir o como la de Monzón?

FÉLIX: En el ambiente de confusión y consumismo que sufrimos es incuestionable que las dificultades serán enormes; aunque en el fondo las cosas no han cambiado mucho, y donde haya un centenar o más de familias que comprendan el valor de la educación y sientan anhelos libertarios, la iniciación de una escuela como la de Vallespir es factible. Ahora bien, otra cosa es organizar un internado como el de Monzón; pues ello exigiría otros medios: una finca de dimensión suficiente para el cultivo agrícola y pecuario, un número importante de personas que aunque estuvieran diseminadas se hubieran identificado con el proyecto y lo apoyaran y un grupo de animadores capaces de renunciar al rol autoritario y adoptar ante los alumnos la actitud sencilla y confiante del compañero y amigo que está allí para proyectar y trabajar con ellos.

PROYECTO Y ORGANIZACIÓN

A finales de julio de 1936 fui nombrado por la Federación Local, a ruego del comité de las Corts, para que orientara y organizara la Maternidad de Barcelona.

El problema de la Maternidad no era cosa fácil: Por un lado había ido un camión de guardias de asalto con órdenes de la Generalitat para llevarse a las monjas cuando no había aún personal que se hiciera cargo de los niños, que pasaban sin embargo de dos mil. Lo primero fue, pues, tener que llamar a los milicianos del barrio y bajo la amenaza de los fusiles obligar a los guardias a que se volvieran a su lugar de origen y dejaran a las monjas hasta que hubiera quien las sustituyera. La operación podía haber sido sencillísima si el oficial de los de Asalto hubiera escuchado nuestras razones; pero como el hombre obedecía órdenes... No obstante, al ver la decisión de los trabajadores armados las desobedecieron y se marcharon sin más resistencia. Y al cabo de un mes las monjas se habían ido poco a poco a medida que fueron llegando enfermeras y otro personal de servicio.

Organizar el desarrollo interior de la casa de Maternidad tampoco era moco de pavo; ya que, por un lado querían mandar los médicos y por otro, las comadronas, los maestros, la barriada, etc. Al fin pudimos hacerles comprender que no era lo más importante dirigir sino cooperar. La Generalitat mandó un administrador, y como a mí me habían dado en la Federación Local de la CNT un mandato para orientar el funcionamiento de la institución, la cosa comenzó a marchar. Semanalmente me reunía con los médicos, otro día con comadronas y enfermeras y otro con los educadores. En realidad, únicamente con los médicos planteamos y discutimos asuntos serios; por lo que, si bien no es éste el lugar adecuado para narrar aquellos sucesos, me es grato señalar que aquellos señores, aunque eran todos de derechas salvo el doctor Aguilera, se interesaron por los propósitos de la revolución y trazaron un Plan para la Socialización de la Medicina en Cataluña, que fue aprobado en una asamblea del Sindicato de Sanidad de la C.N.T. y finalmente tenido muy en cuenta por la Generalitat.

Determinamos otras innovaciones dignas de mención encaminadas a mejorar la salud y la educación de los niños; pero ocasión tendremos en otros textos de analizar su desarrollo y consecuencias.

Lo más importante en este instante es conocer los motivos que me alejaron de la Maternidad a comienzos del año 1937 que quedó bajo la dirección de Aurea Cuadrado, compañera que había colaborado conmigo desde el primer momento en la organización de la Casa.

Invitado por el amigo Viñuales y otros compañeros de Aragón, estuve en Barbastro y asimismo en otros pueblos de la provincia de Huesca. Por todas partes bullía el entusiasmo y una euforia que impulsaba a las gentes a los cambios más radicales; pero algunas de las colectividades que visité carecían de una administración responsable y de una previsión de futuro. Todo se fiaba al azar, a la improvisación sobre la marcha. En Binéfar, por ejemplo, donde la orientación y la administración eran bien atendidas y conscientemente autogestionadas, no había despilfarro ni se hacía nada que no estuviera de manera previa planificado; pero en otras poblaciones todo iba manga por hombro y no veían con antelación los problemas que iría engendrando la exigencia arrolladora de la guerra. De ahí que surgiera en mi mente, con más fuerza que antes, la necesidad de fundar un centro de educación al servicio urgente de las colectividades en el que grupos de adolescentes pudieran adquirir los conocimientos y la responsabilidad personal imprescindible para servirlas como animadores y contables; máxime que muchos de los jóvenes que ahora las orientaban y dinamizaban con su entusiasmo serían movilizados por las exigencias de la guerra.

Una vez madurada la idea y estudiado el plan en relación con el medio en que podría iniciarse el trabajo, me pareció que en parte alguna hallara la escuela clima tan favorable ni población tan dispuesta como la Comarcal de Monzón. Es preciso aclarar que si la Comarcal de Sindicatos estaba en Monzón, la de Colectividades de la misma comarca radicaba en Binéfar. Convocamos pues, un Pleno Comarcal de Colectividades y de Sindicatos y ante él expuse el Proyecto (* Ver apéndice 11, pg. 161). El Pleno fue dilatado y laborioso, de lo que me alegré mucho, ya que el interés de los asistentes se puso de manifiesto en las múltiples preguntas y

objeciones que hicieron casi todos. No se veía nunca una oposición tácita al proyecto, sino el afán vivo de saber en qué iba a consistir la escuela y como los jóvenes que salieran de la misma podrían cooperar eficazmente en la buena marcha de las colectividades. La preocupación que surgía casi unánime en los delegados se fundaba en el temor de que los jóvenes más preparados y cultos *no* fueran a convertirse en una clase nueva de señoritos que se creyeran superiores. Por ello, lo más difícil de hacerles comprender fue que si todo depende del ambiente y la intencionalidad que orienta a los muchachos, viviendo en un clima de cooperación, de sencillez y de servicio autentico tenían forzosamente que ir cincelando una personalidad igualitaria exenta de pretensiones y de autoritarismos enojosos. Pero, claro, ellos habían visto siempre que el médico, el secretario, el maestro y otros personajes diplomados se consideraban una clase distinta y, generalmente, superior; por lo que temían que los alumnos de la Escuela pudieran convertirse en burócratas. Sin embargo, al terminar la sesión, después de cinco o seis horas, se aprobó la fundación del centro educativo, con la nominación de "Escuela de Militantes de Monzón".

Ya comenzaba el 1937 y nos apresuramos a ponerlo todo en orden. El Comité Comarcal de la C.N.T., de Monzón, nos buscó una casa adecuada con un hermoso y amplio huerto, amueblamos las habitaciones sin tardanza y llegaron los chicos designados por cada pueblo de la Comarca, no de toda pero casi, y unos pocos de la Comarcal del Cinca. Los muchachos de entre catorce y diecisiete años, eran casi todos varones a pesar de que habíamos recomendado nos enviaran también muchachas. El hecho supuso cierto hándicap para las chicas, que al sentirse en minoría, siempre se manifestaron algo temerosas y cohibidas.

Íbamos a vivir en régimen de internado y en circunstancias especiales que nos obligaban a un trabajo intenso y lo más rentable posible. Nos reunimos con los cuarenta jóvenes que habían venido al principio y les hicimos una detallada exposición de las necesidades que se alzaban ante nosotros y de los propósitos que habíamos íntimamente proyectado. Ahora bien, les dijimos con cierto énfasis: "el trabajo fundamental tenéis que realizarlo vosotros, y juntos todos, en asambleas periódicas,

tendremos que ir planificando nuestra tarea y corrigiendo los errores o deficiencias que notemos sobre la marcha."

Por otro lado, si bien vivimos en un momento excepcional de libertad, nosotros tendremos que atenernos más a la necesidad presente y a la responsabilidad que este momento exige que a un desenvolvimiento realmente libre. Quiero decir, que sabiendo lo apremiante que es para las Colectividades el que vosotros podáis colaborar en su administración y otras tareas culturales, tendremos que trabajar de firme y hacerlo con el mayor interés de servir a los pueblos en este período de transformación. Vuestros padres y todas las personas de los pueblos trabajan con ahínco para consolidar las Colectividades, y la juventud, entre la que hay hermanos vuestros, está ofrendando sus vidas en el frente para garantizar la libertad de España. Nosotros por tanto, hemos de cooperar en ese frente de liberación y trabajar con la mayor diligencia al objeto de ser útiles lo más pronto posible al desenvolvimiento eficaz de las Colectividades.

Se programaron los temas que juzgamos más urgentes con su correspondiente horario: el de las clases, del trabajo en la huerta, de las comidas, del reposo, etc. Y como en la escuela no habría otro servicio exterior que una compañera cocinera, acordamos que por turno riguroso, un par de alumnos cada día, ayudaran en la cocina, y que esa misma pareja serviría la mesa y lavaría la vajilla. Las habitaciones y las camas correrán a cargo de quienes las habitaban y la limpieza de la clase, biblioteca y pasillos, la harán asimismo otros dos equipos que se turnaran correlativamente. De ese aspecto ya no volvimos a ocuparnos porque nunca surgió conflicto al respecto ni hubo necesidad de alterar el orden establecido.

A las siete nos levantamos al son de una música agradable, nos aseábamos y almorzábamos. A las ocho se comenzaba la clase con redacciones libres y los que no tenían deseo de redactar o no habían encontrado un tema sugestivo, leían periódicos o revistas y redactaban finalmente un resumen que ofrecían a los otros para saber lo más importante de la vida social y que a menudo se comentaba, sirviendo luego para el periódico mural. Con los artículos, más cautivadores se redactaba nuestra revista mensual "Colectivización".

De 9 a 10, un grupo hacía contabilidad y la mitad de los chicos aproximadamente seguían un curso de psicología; ambos grupos alternándose; es decir: que los que un día hacían contabilidad, estudiaban psicosociología al día siguiente. Uno y otro curso se desarrollaban de modo autogestionado, si bien mi presencia era requerida casi constantemente para aclarar términos, pedir las fuentes donde poder ampliar algunos datos, cuando no para solicitar el modo más idóneo de aplicar, frente a la problemática social, determinadas orientaciones o actitudes. Ni que decir tiene que esta hora era infaliblemente la más intensa y en la que todos poníamos el mayor celo y responsabilidad; puesto que de la buena administración dependería en el futuro la equidad y la eficacia de las colectividades; mientras que del mejor conocimiento de los hombres surgiría la cooperación espontánea y la armonía de los pueblos. Cierto que en esa intencionalidad había que ahondar a diario; aunque lo realmente importante era crear el medio adecuado para que el trabajo estuviera saturado de curiosidad y al mismo tiempo del valor humano que de la práctica solidaria va brotando.

De 10 a 11 hacíamos estudios históricos sobre la evolución social, poniendo especial interés en las convulsiones políticas o revolucionarias para analizar: las causas que habían promovido esos cambios, el proceder de los hombres que habían dirigido esos momentos convulsos y, especialmente, la etiología del fracaso o de las desviaciones que malograron casi siempre el esfuerzo liberador de los pueblos. Esta clase, orientada por mí y que suscitaba en los chicos muchos comentarios, no podía terminarse nunca a la hora prevista; ya que surgían cuestiones que nos incitaban a proseguir varios minutos más hasta quedarnos satisfechos.

Luego, de 11.15 a 12.30 íbamos a trabajar al campo. Será pertinente decir, para que nadie crea que hay exageración en cuanto iremos exponiendo respecto a este trabajo, que los chicos eran hijos de campesinos y que todos por tanto habían sido iniciados de algún modo en el laboreo de la tierra.

Hacia las doce y media se dejaba el trabajo para ir a comer; si bien, acerca de este momento y de lo acordado para las primeras horas de la tarde, cambiaba bastante de invierno a verano. Cuando hacía frío íbamos

de la huerta a la mesa, mientras que en verano, al dejar el trabajo nos zambullíamos en una piscina bastante grande que servía para regar y asimismo para nadar muy a gusto en ella. Y ese rato de refrigeración y de juego en el agua siempre se prolongaba más de lo que habíamos previsto. Y ya que hemos indicado una de las variantes relacionadas con la estación diremos que en invierno volvíamos al campo a las 3, puesto que desde la comida hasta esa hora cada uno hacía lo que le placía: ya fuera leer, descansar, escribir, etc. Así, en los meses fríos, de día corto, se laboraba el huerto por la tarde de 15 a 16.30, mientras que en el verano salíamos a la huerta de 18 a 19.30.

Las tres horas de estudio de la tarde de 16.30 a 19.30 en invierno y de 15 a 18 en verano las ocupábamos en los siguientes temas:

La primera hora se dedicaba a nociones prácticas de aritmética y geometría, al objeto de que todos pudieran seguir holgadamente el curso de contabilidad y que asimismo, aprendieran a medir superficies, ya que esta necesidad se les presentaba a menudo. Para dichos aprendizajes se organizaron en pequeños equipos, y como algunos muchachos ya conocían esas técnicas. Dueso y Pérez, por ejemplo, habían trabajado en administración, los más adelantados instruían a los otros y el trabajo se hacía en una cooperación alegre y sugestiva.

En la segunda hora se estudiaban problemas agrícolas y pecuarios. Para mejor aprovechar el tiempo y mantener vivo el interés del grupo dividíamos la clase en dos equipos; uno que aprendía análisis de terrenos y cultivo de ciertas plantas, otro que estudiaba los fundamentos biológicos de los animales domésticos, su recreo, alimentación, higiene, etc. Suponiendo que estos jóvenes tendrían que instalarse en poblaciones campesinas, era conveniente que tuvieran nociones agropecuarias, siquiera fueran elementales; de ahí que durante tres meses un grupo se dedicara al estudio del campo y el otro a la pecuaria como ya hemos dicho, y que al cabo de los tres meses cambiaran de materias. Por el conocimiento de estas técnicas iban introduciéndose más y más en la vida campesina a la vez que penetraban muy conscientemente en las necesidades genuinas de sus pueblos.

Y en la tercera hora hacíamos un análisis esquemático de la evolución del hombre y de la formación de las agrupaciones sociales. Esta clase la desarrollábamos de manera clásica, contra mi voluntad; ya que carecíamos de obras de consulta. Es decir, yo hacía una exposición de 20 a 30 minutos y luego comentábamos o, más frecuentemente, dialogábamos. El tema les cautivaba y nos incitaba a todos, porque la falta a menudo de datos concretos estimulaba nuestra imaginación y promovía discusiones vehementes.

Lo mismo en invierno que en verano, hacia las ocho solíamos cenar y de ocho y media a nueve y media hacíamos lectura comentada utilizando páginas selectas de Thoreau, Kropotkine, Cervantes, Diderot, Tagore, Anselmo Lorenzo, E. Reclús, Malatesta, etc. Este ejercicio se mostró adecuado y fecundo para el ensanchamiento cultural de los chicos y su desenvoltura en el diálogo crítico. Era una hora que pasaba en un santiamén, pese a que ya estábamos todos fatigados.

El jueves y el sábado dedicábamos esa hora a exposiciones habladas procurando no caer en el estilo retórico o la elocuencia afectada. Por turno casi riguroso, 3 ó 5 muchachos se preparaban un tema de libre elección, ya fuera sacado de la vida diaria tan cautivadora en aquel momento o bien de una publicación. Cada uno, mediante los apuntes que juzgara necesarios, desarrollaba el asunto de viva voz, cuidando al mismo tiempo el ademán y el gesto. La revolución reclamaba militantes que supieran exponer ideas claras y que fueran a la vez defensores de la dinámica igualitaria y de la participación directa. Era indispensable por tanto, que aquellos chicos supieran contar, escribir, hablar, animar a sus conciudadanos, y esto sin caer en la debilidad de considerarse superiores como hacen frecuentemente los líderes.

Influidos por un momento en el que las asambleas y los mítines estaban a la orden del día, los chicos tomaron tan a pecho aquel ejercicio que a las pocas, semanas ya eran una docena los que charlaban con desenvoltura cuando previamente se habían estudiado el tema.

Tanto fue así, que al mes y medio de haberse iniciado el trabajo en la Escuela, los compañeros de Binéfar nos rogaron que los muchachos

dieran un acto público al que invitaron a los pueblos de la Comarca. Intervinieron cinco jóvenes y aunque lo hicieran con brevedad quedaron muy bien y fueron largamente aplaudidos. Recuerdo que estaba presente Gastón Leval y no podía comprender que aquellos chicos llevaran solamente seis semanas en la Escuela.

Su extrañeza determinó que conversara detenidamente con los muchachos y que luego viniera alguna vez a visitarnos, haciéndose amigo de casi todos ellos. Después se fue a otras comarcas para seguir investigando la marcha de las colectividades y ya no volvimos a verle: No obstante, las conversaciones con este veterano anarquista, escritor y célebre orador, les animó e hizo comprender que los hombres famosos si son auténticos, pueden ser tan asequibles y sencillos como las gentes del pueblo que hallamos a diario.

Mas volvamos a nuestra jornada: dejábamos una hora para tareas libres o para el descanso después de la lectura comentada; pero el entusiasmo y la variedad de intereses hacían que todos siguieran activos. Una tercera parte de los chicos aproximadamente formaron un cuadro teatral y dedicaban 3 ó 4 veladas semanales a ensayar, mientras que el resto se agruparon rápidamente en pequeños equipos de intereses, vocacionales, llegando a montar: unos un laboratorio de fotografía, un taller de mecánica otros, algunos se iniciaron en dibujo y pintura y el resto quiso estudiar la técnica del cine. Estos últimos fueron los menos favorecidos, puesto que tuvieron que limitarse a trabajos teóricos por carecer de medios y de alguien competente en la materia. Los otros grupos todos reunieron materiales y realizaron obras interesantes; especialmente los de fotografía, ya que en la casa donde nos instalamos había un laboratorio fotográfico surtido del material correspondiente.

Lo más difícil para mí era conseguir que fueran a acostarse. Habíamos quedado en que la jornada terminara a las 22:30 y dejáramos un margen de 15 minutos para que todo el mundo fuera acostándose; pero todas las noches, a las 23:00 , tenía que disgustarme con más de uno porque aún permanecían en sus talleres. Si había que levantarse a las 7 era preciso descansar, pues aunque una vez en la cama se dormían pronto, cuando a las 7 menos cinco minutos del día siguiente poníamos un disco de

música alegre para despertarlos, todos se desperezaban con más ganas de seguir en brazos de Morfeo que de emprender la jornada. Ese estado de natural pereza duraba poco, ya que los más dinámicos empezaban a levantarse cantando y todos se contagiaban al pensar en las cosas que descubrirían con el nuevo día.

Yo llevaba la misma vida que ellos y al principio estaba presente en todas sus actividades ya que debía iniciarles sobre todo en los trabajos del campo, dada la importancia que tenía para nosotros escapar a la rutina adoptando métodos de cultivo más racionales. Si bien, pronto lo orientaron todo ellos solos pudiendo dar libre curso a su capacidad de análisis y de iniciativa.

De ahí que durante las horas que dedicaban al trabajo agrícola, las del descanso después de comer y la última hora de la noche yo pudiera leer, documentarme sobre muchas cosas interesantes, despachar la correspondencia, e ir alguna que otra vez a las asambleas del sindicato o de la colectividad, que solían ser por la noche. Y a buen seguro que yo me fatigaba más que ellos en virtud sobre todo de una mayor responsabilidad que me mantenía siempre alerta; pero el entusiasmo, que yo sentía como nunca había sentido hasta entonces, daba alas a mi músculo y a mi mente haciéndome insensible a cualquier síntoma de cansancio.

COMO EL COOPERAR ANULA EGOÍSMOS Y GENERA AFECTO

Había reflexionado mucho sobre las complejidades de un internado por los múltiples problemas que plantea la convivencia en sus diversas manifestaciones. Pensaba sobre todo en cómo se desarrollara el trabajo y en cómo deberá enfocarse la formación psicológica de los chicos para poder desembocar en la corriente comunitaria que era nuestro más caro horizonte. En la Escuela de Vallespir toda la proyección educativa se haba llevado a cabo en cooperación con los padres. En nuestro proyecto de Internado había que descartar esa posibilidad puesto que las familias de los muchachos habitaban en diferentes pueblos de la Comarca.

Cuanto se conocía de los Internados tradicionales de nada podía servirnos; pues eran centros de represión, de hipocresía y de angustia en completa oposición al modelo autogestionario que teníamos en mente. Aquellos no eran sino un producto más del rígido autoritarismo que prima todavía en nuestra sociedad. Creados para disciplinar a los jóvenes y concebidos por tanto de la forma más idónea para conseguir ese objetivo, no puede extrañamos que el aprendizaje en dichos centros lo hagan los chicos en el sentido de la más completa dependencia y sea para ellos, además de una tortura, la muerte de su iniciativa y de su anhelo investigador.

No podía fiarme en mi experiencia personal a propósito de convivencia en régimen de internado porque ella era nula; pero ¡ah!, conocía las experiencias de Tolstoi y de Makarenko por haber leído sus obras y ellos serían los que, como dos antorchas encendidas, iluminaran nuestra senda y darían a mis pasos seguridad y confianza.

• • •

Al fin tuvimos que organizarlo todo tan de prisa que no quedaba mucho tiempo para divagaciones. Habían llegado los chicos, muebles, enseres y los compañeros de la carpintería mecánica de la Colectividad instalaron tan rápidamente mesas, sillas, armarios y camas que, casi sin darnos cuenta, nos encontramos en condiciones inmejorables para empezar a trabajar. Lo más sorprendente no obstante fue que desde los primeros contactos con los muchachos nos sentimos atraídos de manera recíproca sin que se manifestaran posiciones defensivas ni suspicacias. ¿Qué había sucedido para que no apareciera esa reserva del

primer momento cuando se encuentran frente a frente personas que no se conocen? Se estaba gestando una revolución y los jóvenes lo habían captado con la misma facilidad que veían en la Escuela algo suyo, de todos, donde iban a trabajar juntos y alegremente para servir de la mejor manera los intereses comunitarios.

¿Pero sería, en adelante, así de sencillo y fácil? ¿Sabríamos mantener la corriente afectiva que acababa de establecerse? Yo era consciente de que de mi comportamiento con los muchachos iba a depender en gran parte nuestro éxito. Por ello, una cierta inquietud me invadió al recordar una pequeña colectividad que allí por el año 1932 habíamos organizado con las tierras de mi padre un grupo de amigos. Es verdad que en aquella prematura experiencia no tuvimos que enfrentarnos con conflictos graves, pero sí había habido entre nosotros pequeños disgustos ocasionados por falta de comprensión de una parte, por impulsos narcisistas de otra, que deterioraban nuestra convivencia, impidiendo que ésta fuera todo lo grata que en aquellas circunstancias hubiera podido ser.

Claro que, pensándolo un poco, esta comparación no guarda proporción alguna si nos atenemos a nuestras motivaciones de aquel momento, al ámbito social que nos circundaba y a nuestra propia inmadurez, por la que caíamos a menudo en actitudes de defensa, que siempre son contraproducentes para la consolidación de un clima armonioso.

Quiero decir, que si bien los ocho o diez amigos que constituíamos aquella colectividad estábamos muy identificados con el proyecto colectivista y éramos conscientes de lo que suponía nuestro ensayo como réplica al modelo egoísta que la sociedad nos había impuesto, estábamos muy lejos en cambio, de sopesar toda la importancia que tiene para la estructuración de una convivencia armoniosa y placentera saber escuchar y comprender realmente al otro y saber dominar, al mismo tiempo, nuestros propios impulsos. Mas... ¿qué se sabe de eso a los 20 años cuando, precisamente, todo en nuestra sociedad está dispuesto para ir condicionándonos desde muy chicos en un sentido diametralmente opuesto?

Total: que mi inquietud se desvaneció rápidamente. La presencia de aquellos zagales con los que me sentí entrañablemente unido desde el

primer instante, la generosa actividad que se haba desplegado súbitamente, la corriente solidaria que lo impregnaba todo en ese momento y mi disposición psicológica para ser uno más entre ellos y propiciar la máxima libertad posible en cuantas actividades fueran proponiendo los jóvenes, todo ello constituía motivo más que suficiente para esperar los mejores éxitos de nuestra empresa convivencial.

Con ese estado de ánimo decidimos celebrar nuestra primera Asamblea. En ella consideré oportuno recordar las razones que habían motivado la creación de aquella Escuela y la necesidad que teníamos puesto que un propósito común nos unía e íbamos a vivir bajo el mismo techo de esforzarnos en constituir un grupo homogéneo donde no pudieran desarrollarse actitudes disgregadoras de índole alguna. Abundarnos en consideraciones sobre el grupo autogestionario homogéneo que de modo alguno implica acción estereotipada de sus componentes, sino todo lo contrario y pusimos el acento en la seguridad y alegría que íbamos a cosechar si lográbamos hacer de nuestro grupo una verdadera familia; es decir: más numerosa que la original de cada uno pero también más libre y por lo tanto menos generadora de conflictos.

De que los muchachos pusieron todo su interés en asimilar esos conceptos y de que se responsabilizaron muy satisfactoriamente a medida que nos íbamos introduciendo en el trabajo y en el estudio, los mismos hechos darán fe de ello; pero lo extraordinario incluso para mí seguía siendo el que hubiéramos llegado tan deprisa a crear ese ambiente de recíproco afecto generalizado que nos vinculó tan sólidamente.

Fuimos desarrollando el plan previsto sin el menor conflicto: Juntos trabajábamos, investigábamos, criticábamos sin que se manifestaran una sola vez posiciones irreductibles. Había, como es natural, opiniones diferentes; pues no en vano la impronta de los condicionamientos y de nuestra falta de información nos hacen ver las cosas, en muchas ocasiones, desde ángulos muy distintos; pero como habíamos puesto el acento desde un principio en evitar cualquier postura de amor propio y todo tipo de agresión e intransigencia, supimos mantener el compromiso y nos habituamos rápidamente a escuchar con atención y respeto las opiniones y juicios discrepantes. Esta norma de conducta se convirtió para nosotros

en algo muy fundamental; gracias a ella llegamos a experimentar intensamente la necesidad de trabajar y de aprender juntos y a valorar la cantidad enorme de saber que en todas las ramas de la actividad humana se malogra cada día por no haber aprendido aún sus hombres a cooperar con los demás en una perspectiva solidaria. He de decir en honor a la verdad que quien más se enriquecía al socaire de los interrogantes y de las ordenadas discusiones era yo, que, por otra parte, no salía de mi asombro al ver colmadas mis previsiones un tanto aleatorias sobre una convivencia armoniosa y plena. De ahí que considere oportuno relatar cómo me fue permitido llegar al fondo de esta cuestión.

• • •

Era un día como otro cualquiera, cuando el doctor Rofes antiguo amigo mío quiso honrarnos con su visita y de paso traernos el obsequio de su amable gracejo y simpatía. Su llegada en nada alteró el ritmo de las actividades cotidianas; pero algo atrajo muy especialmente su atención. Al ver que las clases, el trabajo en el campo, los servicios y todo en fin, se desarrollaba en medio de la general alegría y de un parloteo amistoso y sincero, quedó tan sorprendido que quiso averiguar cómo habíamos conseguido esa franca camaradería, fresca y permanente como el brotar de una fontana ésta fue la bella metáfora con la que nos obsequió de buenas a primeras. Ante este interrogante el mismo que yo me hacía a menudo pensó que lo mejor sería reunimos y rogarle que fuera él mismo quien explicara a los chicos cuanto haba notado de extraordinario.

Nos reunimos, pues, e instamos a nuestro visitante a que hablara sin rodeos. Esto facilitaría el análisis de nuestra propia situación desde otra perspectiva y por el vehículo de un observador tan agudo como Rofes, cuyas formulaciones nos serían de gran utilidad, especialmente para mí que ya venía rumiando sobre las verdaderas causas de que nuestra convivencia se desarrollara sin conflicto. De ahí que siguiera con particular interés el discurso de Rofes y las reacciones de los muchachos, que eran en definitiva quienes habían realizado el milagro.

No es preciso repetir, comenzó diciendo, el impacto jovial que me ha producido veros trabajar en una cooperación realmente incitadora y

con la alegra reflejada en el semblante; pero si he de pediros que me ayudéis a comprender lo que yo solo no llegara a explicarme. Por ser hijo de pueblo y haber tenido que estudiar en la ciudad, yo mismo he vivido en internado. Obvia deciros cómo se vive allí dentro porque todos vosotros, más o menos, habréis oído hablar de ello. En Suiza y Alemania he estado visitando instituciones varias, habiendo sacado de mis observaciones las mismas o parecidas conclusiones ingratas. De ahí que la convivencia conflictiva en Universidades, Colegios e Internados haya sido uno de los temas cuyo estudio me ha interesado y me sigue interesando especialmente.

Pero llego aquí y me encuentro que en esta especie de Escuela rural, desconocida del mundo prestigiado, todo es distinto, y mis teorías psicológicas pierden pie ante el fenómeno nuevo para mí de ver un grupo de jóvenes, viviendo día y noche con su profesor, sin parar de estudiar ni de trabajar durante toda la jornada, y, como corolario, todo el mundo satisfecho y alegre.

Bien, amigo Rofes -le interpelé-. Mucha es tu sorpresa. ¿Qué ves pues, en todo ello, de extraño, incomprensible u original?

Más aún me sorprende tu pregunta me atajó Rofes, pues debes recordar que no pocas veces hemos departido juntos sobre la repercusión que tiene en el comportamiento del individuo y en el grupo (a orientación pedagógica y de cómo la ciencia psicológica viene preocupándose cada vez más de ciertos fenómenos como la agresividad, la seducción, los impulsos del inconsciente, etc. Pero en vez de perdernos en un conceptualismo abstracto, voy a poner algunos ejemplos que nos sitúen en el área de una realidad concreta.

Primero: Siempre ha habido rivalidad entre maestro y alumnos; rivalidad que sólo puede atenuarse como hicisteis en Vallespir y sin duda alguna hacéis aquí mediante la práctica prolongada de la libertad y una dinámica cooperadora. Lo insólito en el caso que estáis viviendo es que no habíais tenido tiempo para integraros y, sin embargo, se ha hecho la fusión del grupo, así, súbitamente; pues trabajáis juntos, sin distinciones ni categorías y sin diferencias de edad ni otra discriminación.

Segundo: No hablaremos de los antagonismos que siempre existen entre profesores puesto que estás tu solo; pero aquí viven otras personas mayores y yo no veo que se hayan formado bandos ni que existan murmuraciones, envidias, ni síntoma alguno de rivalidad.

Tercero: El sentimiento de culpa que va instalándose en nosotros desde muy niños por efecto de los innumerables tabús y prohibiciones de nuestra cultura patriarcal autoritaria, y que suele acentuarse cuando se vive en internado, resta siempre al individuo espontaneidad para manifestarse y lo llena de inseguridad y de recelos. Aquí en cambio, todos se expresan con naturalidad, cada uno pregunta sin remilgos e interviene en las discusiones con mucha seguridad, sin miedo a equivocarse, y cuando alguien se equivoca, no halla inconveniente en rectificar y todo se acaba en amable sonrisa. ¿Qué ha pasado para que ese tipo de inhibiciones que vienen repitiéndose de generación en generación hayan dejado de producirse entre vosotros? Cómo explicarse, en suma, esa corriente de igualdad y de sencilla confianza que os funde en un grupo homogéneo?

Los chicos sonreían entre perplejos y complacidos; pues si bien no comprendían del todo aquel lenguaje, sí sabían interpretar el elogio que estaba haciendo de nuestro desenvolvimiento comunitario.

Yo por mi parte, muy interesado en el discurso de Rofes desde que lo inició, iba reflexionando y ordenando mis ideas a medida que él hablaba, haciéndose cada vez más diáfana y transparente a mis ojos la base primera en la que se apoyaba todo el edificio de nuestra ejemplar convivencia.

Hubo una breve pausa al termino de su exposición. Yo esperé pensando que los muchachos querrían aportar su criterio; pero viendo que no se decidían, tomé la palabra con ánimo de ayudarles y de que ellos me ayudaran a su vez a dilucidar un tema cuya explicación podía ser útil para enjuiciar otras experiencias menos afortunadas.

Más o menos dije lo siguiente; Creo, amigo Cosme, que en tu última pregunta se halla el meollo de la cuestión. En primer lugar deberíamos tener presente que en estas comarcas se ha hecho una revolución profunda, ya que las viejas estructuras se han roto y los pueblos se organizan a base

de propiedad colectiva y de igualdad social. Ello implica una libertad que les permite intervenir directamente en todo cuanto se viene realizando en cada localidad. Los muchachos aquí presentes pues, por ser hijos de militantes anarcosindicalistas que esperaban esta oportunidad, han asimilado rápidamente la nueva situación. Luego por ser hijos de quienes son y por haber respirado a pleno pulmón esa libertad solidaria me aceptan a mí como uno de los suyos. Como además han visto que coincidimos en todo tenemos las mismas aspiraciones y defendemos la libertad con idéntico entusiasmo ha sido fácil derrumbar la imagen de poder que separa al maestro de sus alumnos y establecer una relación igualitaria en la que no caben las categorías ni otras discriminaciones. Formamos por tanto, un grupo de compañeros que trabajan juntos para alcanzar un objetivo muy concreto con el que nos sentimos todos plenamente identificados.

En cuanto a la culpabilidad, ¿de dónde nace? De la censura de los mayores, de su inclinación a moralizar y atiborrar la cabeza de los chicos con deberes, prohibiciones, reprimendas y otras zarandajas impidiendo el natural desarrollo de su inteligencia y de su iniciativa realizadora. Es la culpabilidad que a ellos mismos les inculcaron y que luego han de proyectar sobre los demás para deshacerse de ella. Aquí, que molestar a los jóvenes con normas de conducta en escabeche ya no tiene objeto puesto que se trabaja con alegría y se vive intensamente, ese sentimiento nefasto no puede existir. La culpabilidad no tiene cabida en los individuos cuando éstos se sienten útiles pudiendo valorizarse a sí mismos como ante los demás por la aprobación de sus propios actos.

Lo mismo podríamos decir de la rivalidad entre adultos o entre los jóvenes. Nada de eso puede producirse en nuestro ambiente puesto que todo lo hacemos en cooperación y no hay verdades preconcebidas que, cuando las hay, desembocan fatalmente en la formación de bandos y en la lucha entre ellos, unas veces soterrada, otras abierta. Nosotros buscamos la verdad. Partimos de ese principio, y cuando no sabemos algo, lo que ocurre con frecuencia, indagamos, medimos, analizamos y comparamos, y en esa búsqueda nadie se considera más que otro y todos nos sentimos igualmente responsables y útiles. Cuando el sentido de la cooperación prima, nada hay que pueda dividir al grupo ni existe otro

estimulo que pueda comparársele como fuente de creatividad, de goce inefable y de vida plena.

Estoy completamente de acuerdo dijo Rofes y yo no pongo en duda vuestra dinámica cooperadora puesto que la estoy viendo con mis propios ojos; pero lo que sigo sin explicarme es cómo habéis llegado a ella y a establecer esos vínculos de fraternidad, así, tan espontáneamente.

- Tal vez, amigo Rofes, me haya dejado lo más importante. Es decir: Habitualmente, los mayores consideran a los jóvenes, de cualquier edad que sean, como seres inferiores a los que hay que orientar en casi todo su desenvolvimiento; actitud discriminadora que representa el mayor freno a la iniciativa juvenil. Aquí, queriendo que el elemento de cohesión y de entendimiento sea en primer término el afecto, nos hemos considerado desde el primer instante todos iguales. Esto es lo que de ordinario no se tiene en cuenta y lo que mantiene en parte el eterno conflicto entre generaciones. Si se reúnen uno o varios adultos con un grupo de adolescentes y los primeros llevan en mente la idea de que hay unos seres maduros que saben y otros menores que tienen que aprender, el grupo de participación solidaria no puede organizarse. En nuestro caso, lo más importante y decisivo ha sido el que desde el primer instante, yo con mis 31 años y los chicos con catorce o dieciséis, hemos participado en igualdad de condiciones en todas las actividades del grupo organización, administración, trabajo, etcétera hemos aprendido unos de otros, cooperando, y nada se ha hecho de cuanto afectara al conjunto sin el acuerdo unánime de la asamblea. Es decir, que tan considerada ha sido la intervención de Benjamín -el más pequeño- como la de Peñalver -el mayor -como la mía.

-Yo -intervino Dueso- que he ido varios años a la Escuela tradicional y que he trabajado como subordinado en una administración, he podido sopesar bien cuanto acaba de decir Félix; pues sólo aquí he podido exponer mis ideas, hacer las críticas que considero oportunas y participar de lleno en todo lo que afecta a nuestra vida. Y creo que sí, que eso de habernos considerado como adultos desde el principio nos ha hecho sentirnos iguales y felices. He de reconocer que a mí

no se me había ocurrido pensar en ello. Lo vivía satisfecho, sin más preocupación; pero ahora comprendo, gracias a las preguntas del doctor y a las explicaciones de Félix, la importancia que tiene el que los jóvenes sean considerados por los adultos y tengan acceso a una acción libre y responsable.

Intervinieron otros jóvenes para matizar algunos aspectos desde sus particulares puntos de vista, y Rofes, como guiado por un tenaz propósito de no dejar ni un cabo suelto, aún insistió: Todo se va haciendo a mis ojos bastante claro; pero hay algo que me parece un poco sospechoso. Tanta unanimidad... ¿No hay de tu parte una especie de seducción que, como un imán, orienta la opinión de los chicos en la dirección de tus propios criterios?

- Es posible le dije con sonrisa irónica y no quise continuar hablando. Preferí que lo hicieran los chicos, quienes no se quedaron cortos en poner ejemplos apoyándose en algunos de los debates más recientes, donde se demostraba con creces que eran ellos los que llevaban casi siempre la iniciativa y que en varias ocasiones, aún cuando hubiera oposición de mi parte, era yo el que había tenido que inclinarme ante sus enjuiciamientos y decisiones. También ocurría a veces que unos estaban de mi parte y otros no. Por fin, después de haberse despachado a su gusto, los zagales me rogaron que expusiera yo mis argumentos; lo que hice, aunque dirigiéndome a Rofes especialmente y con muy pocas palabras:

- Para seducir, querido Cosme, así como para orientar a un individuo o grupo de manera aviesa o subrepticia, han de concurrir al menos una de estas tres premisas: un cuerpo de doctrina que defender, un sentimiento de dominación o el deseo de un privilegio económico. Pero como nosotros lo que queremos es la verdad y el bien para todos y pensamos que esto sólo puede alcanzarse por cauces de cooperación y de libertad, por eso hemos logrado constituir el grupo homogéneo en el que no caben la autoridad, ni actitudes seductoras ni orientación unilateral por parte de nadie.

Nuestro amigo asintió con su sonrisa habitual y se dio por terminada la reunión con el acostumbrado alborozo de aquellos jóvenes cuya vitalidad y entusiasmo nos contagiaba a todos pese a los avatares de una guerra que enturbiaba nuestro horizonte.

A Rofes le aguardaban muchas obligaciones en Barcelona y nos dejó, no sin recomendarnos que tomáramos buena nota de cuanto hiciéramos todos los días; ya que sin darnos cuenta nos dijo estábamos abriendo surco en un campo inédito de la Pedagogía.

Las mejores notas para un trabajo serio de investigación y de análisis hubieran sido sin lugar a dudas los apuntes, y monografías que en tan corto tiempo pudimos elaborar; pero, desgraciadamente, todo quedó abandonado en el momento de la retirada de Aragón, que fue muy apresurada y, como puede suponerse, en condiciones de máximo peligro y de angustia.

UN INCIDENTE Y UNA LECCIÓN DE LIBERTAD

Frecuentemente los domingos salíamos a los pueblos en misión de solidaridad pedagógica y de recreo. El grupo mayoritario, con el que solía salir yo, se componía principalmente de los muchachos que constituían el cuadro escénico, y como nos juntábamos casi una veintena hacíamos el viaje en un camión de la colectividad de Monzón. Casi siempre hacíamos teatro en dos pueblos: en uno por la mañana y en otro por la tarde, y en los entreactos alguno de los chicos pronunciaba un corto discurso. Yo intenté introducir una novedad verbal que sólo daba resultado la segunda o tercera vez que volvíamos al pueblo. Consistía en preguntar al auditorio de qué querían que hablásemos, incitándoles a manifestarse sin temor sobre aquellos temas que atrajesen mayormente su atención. De ese modo, en vez de pronunciar largas conferencias más o menos doctas y aburridas, suscitábamos el diálogo y salían a flote los problemas que acuciaban a nuestros campesinos y sus familias sobre el campo, la colectividad, la guerra, las nuevas técnicas agrícolas, etc. Este procedimiento les extrañaba mucho al principio, pero pronto se acostumbraron y cada vez eran más los interrogantes y las personas que participaban.

Otro pequeño grupo y a veces dos, compuesto cada uno de ellos de tres o cuatro chicos de los mayores, salían por su lado, a menudo en bicicleta, para visitar a las juventudes de uno u otro pueblo o para echar una mirada a la colectividad y ofrecerles ayuda en materia de administración, de orientación técnica o de otra índole que estuviera a nuestro alcance.

Al regreso nos juntábamos en la Escuela y hacíamos el recuento de las novedades que todos traíamos; lo que a la vez que nos ponía en contacto con la realidad de aquellos pueblos, nos proporcionaba temas de discusión y motivos de análisis muy interesantes que eran aprovechados para nuestro periódico y para la composición de alguna monografía. Nunca nos faltó materia para el periódico mural de la Escuela, para el de las Juventudes de Monzón ni para nuestro boletín mensual.

Tanto es así que todos los lunes nos reuníamos para hacer el análisis psicosociológico sobre el funcionamiento de alguna de las colectividades visitadas. Y esos trabajos, al permitirnos estudiar con cierto detalle muchas particularidades y no pocas deficiencias que deseábamos poder

corregir un día, nos servían de entrenamiento y nos facilitaban el conocimiento de aquella realidad apasionante.

Uno de esos lunes, Joaquín, que había estado visitando su pueblo, vino impresionado, y con su carácter reflexivo y profundo escribió cuanto había observado y comentado con algunos chicos de su edad relativo al comportamiento de una de las colectividades de la comarca en la que habían sucedido hechos violentos. En síntesis, condenaba vigorosamente el comportamiento de algunos colectivistas. y tomaba partido por las víctimas. Cuando leímos el artículo, los niños se exaltaron bastante y se entabló una viva polémica. Casi todos los chicos tenían alguna arbitrariedad que denunciar; pero no dejaba de ser curioso a este propósito cierta tendencia a justificar los abusos cometidos en sus respectivos pueblos y a condenar los de los otros.

Viendo el peligro de que surgieran bandos, ante aquel atisbo de rivalidad, intervine con el deseo de encauzar el análisis hacia la objetividad más estricta.

No pretendo, les dije, en sustancia oponerme a vuestras críticas ni disminuir un ápice vuestro sentido de justicia; pero os pediría que os esforzarais en seguirme para abarcar las circunstancias que han promovido los hechos que condenáis. Recordad que los hombres que han organizado y sostienen las colectividades han sido durante años y años maltratados y perseguidos por el caciquismo y la guardia civil, y que por eso mismo están muy celosos de las libertades conquistadas y miran con acre desconfianza a sus enemigos de siempre. Por otro lado, vosotros sabéis que fueron las fuerzas de la reacción las que se sublevaron y que en cada pueblo se han hallado listas en las que las derechas inscriban a los hombres de izquierda que deseaban eliminar. Y eso no es un supuesto o una fantasía, ya que donde la reacción triunfó esos hombres fueron eliminados. En esa situación y viviendo una guerra cruel como la nuestra, no puede sorprendernos que los trabajadores vigilen y que en ocasiones incluso se extralimiten por miedo a una regresión despótica y mortífera. Esa amenaza está ahí y no podemos olvidarla.

Ahora bien, vosotros reaccionáis con sensibilidad y humanismo, oponiendoos a cuanto supone represión o castigo y queriendo acabar con venganzas y discriminaciones sociales. Eso a mí me parece excelente y estoy convencido de que sólo así, aproximándonos los unos a los otros y por la cooperación libre, podremos estructurar una sociedad solidaria y pacifica; pero todo eso habrá de conseguirse paulatinamente y por el funcionalismo de una integración educativa. Me gustaría sin embargo, que reflexionarais acerca de vuestra presente actitud, ya que veis mayor culpabilidad en los hechos que han ocurrido en otros pueblos que en los que han sucedido en el vuestro propio, y eso no es justo.

La discusión y las informaciones sobre sucesos y situaciones sociales expuestas por los chicos nos ocuparon toda la mañana, alterando el orden de nuestro programa, lo que ya haba ocurrido en alguna otra ocasión. Sin embargo, la sesión fue utilísima y preparó a los jóvenes para ulteriores análisis sobre esos o parecidos conflictos. Y bajo el imperativo de aquella realidad incitante tuvimos oportunidad de apreciar el influjo que los condicionamientos ejercen sobre los hombres y los pueblos.

Pero la cosa no quedó ahí; pues pese a que después de la discusión, Joaquín suprimió algunas acusaciones directas y nombres, el Comité del pueblo aludido aunque esto se hiciera de modo camuflado nos escribió muy ofendido y culpándome a mí de aquel ataque. Ese Comité, igual que todo el mundo, suponía que yo era el responsable directo de cuanto se guisaba en la Escuela. Se notaba que los de fuera no consideraban a los muchachos como adultos con capacidad determinativa y ejecutora.

Yo contesté al secretario del Comité en los mejores términos pidiéndole que viniera a vernos, ya que sería mucho mejor para todos dialogar sobre lo que a él le parecía una “intromisión contraproducente” y ver si efectivamente era así o si por el contrario la actitud de los muchachos debía ser interpretada en función de los propósitos revolucionarios que decíamos defender.

Empleamos toda una mañana en aclarar situaciones y perspectivas. Vinieron dos, y precisamente el que se sentía más enojado era pariente próximo de Joaquín.

Durante la primera hora fueron los chicos quienes llevaron la voz cantante defendiendo la ética libertaria y la dignidad del hombre. Cierto que los dos miembros del Comité eran jóvenes bastante preparados y situaron bien el momento difícil que atravesábamos; pero una vehemente rectitud animaba a los chicos, quienes con su aluvión de intervenciones asediaban de tal modo a los visitantes que rogué a la asamblea un momento de reflexión y el permiso para intervenir. En primer lugar intenté demostrar a los invitados que no era yo el responsable directo del trabajo ni de cuanto se hacía en la escuela; ya que cada muchacho poseía una personalidad, iniciativa y un sentido crítico tan respetable y valioso como el mío propio.

Aunque para situarnos en el meollo de esta conversación -añadí- y sintetizándolo al máximo, quiero deciros que hemos de convenir en lo fundamental; o sea: que si nos apellidamos libertarios y queremos ser consecuentes con cuanto ello significa, hemos de admitir la crítica y dar oportunidad para que todo el mundo se manifieste. Eso es lo que han hecho los chicos: manifestarse y lo que tendríamos que propiciar nosotros en todo instante. Además, y eso es para mí más importante, la libertad implica respeto, diálogo y acuerdo; jamás utilización de la violencia como medio disuasorio o impositivo. Es verdad, como habéis señalado, que vivimos momentos difíciles en los que la libertad corre muy grave riesgo; pero ello no es óbice para que vayamos ejercitándonos en el aprendizaje de unas relaciones sociales más igualitarias y armoniosas por la praxis de todos los días. Tampoco podemos olvidar que esta Escuela de Militantes se ha propuesto la formación de los jóvenes en la libertad y la cooperación responsable viviendo precisamente esa libertad solidaria a todo pulmón. Por todo ello, pues, y no negligiendo la prudencia que nos aconseja el delicado momento que atravesamos, creo que los mayores deberíamos agradecer a los jóvenes las críticas y recomendaciones que puedan hacernos, puesto que a la vez que practican una función social, sirven de espejo en el que podemos ver la imagen de nuestros actos, acertados o erróneos. Ya que si el despotismo tiene miedo a la verdad y a la crítica, nosotros únicamente por la libre expresión podremos avanzar con paso seguro hacia la consolidación del apoyo mutuo y del acuerdo.

Aún se le dieron vueltas y giros a la situación y a las conveniencias del momento; pero al fin de la sesión todos los asistentes habíamos

reflexionado y aprendido bastante sobre los mecanismos de la libertad federal y del respeto mutuo.

Y como resumen de aquella sesión, al día siguiente apareció en el periódico mural un sustancioso escrito en el que se exponían con argumentos sólidos y acento ponderado el peligro que suponen los líderes como elementos de disgregación, sembradores de confusionismo, y esto mucho más aún si cabe, en momentos como los que estamos viviendo de convulsión revolucionaria.

VISITAS TRASCENDENTALES

Ya cuando acordamos instaurar la Escuela de Militantes, convinimos que la pondríamos al servicio del Comité Regional de la C.N.T. y así se lo comunicamos, adjuntándoles una copia del Proyecto. El C.R. nos acusó recibo de todo y contestó que tratarían el asunto de la Escuela en una Plenaria o Pleno regional. Así quedó de momento la cosa; si bien, por la convocatoria que cursaron, pudimos seguir el proceso y conocer las conclusiones. Sin embargo, esperábamos el comunicado del C.R. que nos trasladara y confirmara el acuerdo.

Cuando menos lo esperábamos, el secretario del C.R., compañero Francisco Muñoz, vino a vernos aprovechando una entrevista que tenía que celebrar en Monzón con algunos mandos del frente. Con su seriedad habitual y sin parábolas, a lo que no tenía inclinación, nos participó que el Pleno había aprobado que la Escuela de Monzón fuera de carácter regional, que mantuviera relación permanente con el Comité Regional y que se le había acordado una subvención de 25.000 pesetas mensuales que el tesorero del C.R. haría efectivas regularmente.

Le pareció muy bien lo que hacíamos y después de ojear algunos trabajos, los talleres y el huerto, nos deseó continuidad, nos dio ánimos y nos pidió que le enviramos información de nuestro desenvolvimiento de modo regular.

Al despedirnos, el amigo Paco, tan cargado de preocupaciones y de responsabilidad, nos sonrió y nos expresó la confianza que le inspiraba nuestro Centro como plantel de militantes para el futuro.

La comisión administrativa de la Escuela se encargó de hacer llegar al C.R. alguna comunicación de cuando en cuando. En cambio el C.R. jamás cumplió el compromiso económico ni nosotros se lo recordamos tampoco. Cada vez íbamos sorteando mejor el temporal y pensamos que bastantes problemas tenía el C.R. con sus luchas políticas y la guerra para que también lo atosigáramos nosotros. Quizás haya quien piense, situándose en el valor de la moneda de hoy, que aquella cantidad era irrisoria; aunque si sabe que un kilo de pan valía 60 céntimos, un kilo de carne 3,50, una gallina 4 pesetas y una docena de huevos entre una peseta

y 1,50, constatar que aquellas 25.000 equivalen a un millón de pesetas de mil novecientos setenta y ocho.

¿Cómo nos arreglábamos? La Comarcal comenzó por subvenir a nuestras necesidades, y una colectividad nos regaló una vaca que daba unos 15 litros de leche diarios; instalamos algunas gallinas que nos proporcionaban suficientes huevos, teníamos conejos y del huerto comenzamos a recoger verduras, ya en primavera, en cantidad más que suficiente. Pero además, algunos milicianos nos mandaban del frente, de las diez pesetas que era su sueldo, alguna que otra cantidad. Esas circunstancias y nuestra sobriedad, nos permitieron pasar sin pedir nada a la Regional. Los chicos por otro lado no exigieron nunca disponer de un peculio personal. ¿Para qué lo querían? Estaban siempre ocupados, no iban a los cafés, y si algún día raramente querían ir al cine de Monzón, como éste era de la colectividad, tenían entrada libre.

Algunos días después de la visita de Muñoz, recibimos la del amigo Luis Montoliu que venía a vernos en nombre del Consejo de Aragón. Nos saludó con su jovialidad característica y empezó a explicarme el motivo de su visita. Como era la hora de iniciar las clases de la tarde, le dije: Espera, Montoliu; es mejor que nos lo cuentes a todos reunidos. Ya sabes que aquí vivimos en colectividad de participación estricta y es preciso que todos nos enteremos del asunto que te trae puesto que todos hemos de dar nuestra opinión.

Le presenté a los chicos y le rogué que él mismo nos expusiera el motivo de su presencia entre nosotros.

En breves palabras nos dijo que el Consejo lamentaba que no le hubiéramos participado nuestra fundación, siendo para ellos muy desagradable haberse enterado de la existencia de la Escuela por conductos extraoficiales. Los miembros del Consejo opinaban que por ser los representantes de la Región y casi todos compañeros, debían relacionarse con nosotros y ayudarnos económicamente o de otro modo si lo precisáramos.

Sin duda, le respondí, que tanto nosotros como la Comarcal hemos sido incorrectos y negligentes con el Consejo; pero ya comprenderás que no ha sido por menosprecio ni desconsideración. Os suponíamos enterados, bien a través de algún pleno, bien en vuestros recorridos por la Comarca o en vuestros intercambios con el C.R. De cualquier modo, os ruego que no lo toméis a mal; además, ya sabéis lo poco dados que somos al uso de protocolos ni otros formulismos burocráticos. Como la Escuela se debe a las colectividades, nos pareció, aunque de una manera formal no nos lo hayamos planteado siquiera, que bastaba nuestro contacto con ellas y con el C.R. de la C.N.T., que es, en definitiva, la organización que las hizo nacer y la que sigue defendiéndolas.

A propósito de tu ofrecimiento de ayuda, te lo agradecemos de todo corazón; aunque por ahora nada precisamos, pues todas nuestras necesidades están ampliamente cubiertas. Gracias una vez más y te ruego en nombre de todos transmitas a los compañeros del Consejo nuestro sincero reconocimiento y saludos.

Y una vez cumplida esta misión deseo aclararte que si los chicos no han intervenido, contrariamente a su costumbre de participar en todos nuestros problemas, es porque saben muy poco del Consejo ni de otras actividades políticas. Pero no ocurre esto por sectarismo o inhibición. Tenemos tanta premura en abarcar los procesos de la colectivización y de nuestra formación que apenas queda tiempo para introducirnos en otros acontecimientos sociales que deben interesarnos también.

Montoliu quedó bastante satisfecho, según manifestó con frases de aprobación y el deseo de seguir manteniendo la relación con nosotros. Y viendo a los muchachos tan atentos pero sin soltar prenda, exclamó: "¡Y vosotros! ¿No decís nada? Pues... ¡bien os explicáis por esos pueblos, según me han dicho!..."

Entonces, intervino Blanco: Después de haber hablado Félix, ¿qué más podía decirse? No creo que valiera la pena abundar en lo mismo.

Se oyeron varias exclamaciones de aprobación y la voz de Pueyo, que añadió: Es que nosotros no acostumbramos a hacer como algunos

compañeros cenetistas que toman la palabra y se tiran su gran discurso para decir lo mismo que ya ha dicho otro.

Nos sonreímos todos y Montoliu asintió con entusiasmo: ¡Qué oportuno, muchacho! Has dado en medio del clavo; ojalá vosotros sepáis comportaros sin caer en esos hábitos inconvenientes.

Montoliu siguió conversando a gusto con los chicos, del federalismo, de las colectividades y, sobre todo, de pedagogía tema que a él le interesaba especialmente. Quedó maravillado al ver lo cuidado que estaba el huerto y al fin tuvo que despedirse de nosotros llevándose una excelente impresión y dejándonos un grato recuerdo.

También estuvo a vernos por aquellos días la simpática Carmen del Comité Regional de Juventudes. Ella no venía a ofrecernos nada; pero sí a expresar el deseo de que entre su Organización y la Escuela hubiera más asiduos contactos y mayor coincidencia a ser posible en nuestras respectivas, tareas. Lamentamos, tanto ella como nosotros, el que no hubiera más chicas en la Escuela, eran media docena entre más de cuarenta chicos, pues ello representaba para ellas un gran hándicap que les impedía manifestarse con la misma decisión que los muchachos; sobre todo teniendo en cuenta que apenas si acababan de salir del marco tradicional que venía oprimiendo a la mujer desde siglos.

Se insistió sobre la conveniencia de que los contactos fueran más asiduos; Carmen prometió que nos enviaría muchachas de Caspe y también de las que se habían evadido de Zaragoza, pero al fin todo quedó en promesas, pues ni las chicas llegaron ni hubo mayor número de intercambios tampoco. Llegaron eso sí, jóvenes de comarcas lejanas; de modo que si hasta entonces todos los internos eran de la comarca de Monzón y unos pocos de la del Cinca, a partir de las mencionadas visitas tuvimos entre nosotros algunos muchachos de Alcañiz, otros de Zaragoza refugiados, claro está e incluso un joven de Mas de las Matas.

CAPITULO 5

UNA ESTANCIA EFÍMERA Y PROFUNDA

Los trabajos iban desarrollándose normalmente, nuestras excursiones dominicales por los pueblos nos permitían ir trenzando una red de intercambios y afectos y el huerto estaba completamente cultivado. Todo iba discurriendo por los cauces previstos, para satisfacción de quienes constituíamos la Escuela y de las colectividades circundantes, cuando un hermoso día de abril nos llega una carta del amigo Viñuales desde el frente en la que nos anunciaba la visita de un amigo suyo.

"Hay entre nosotros un compañero profesor -nos decía- que habiendo oído hablar de esa Escuela está muy interesado en verla y en poder vivir entre vosotros aunque sólo sea unas horas. Yo no he podido informarle ampliamente puesto que nunca he estado ahí; pero como le he contado lo que yo conocía directamente de vuestra labor en Barcelona, arde en deseos de visitaros. Es catalán, muy preocupado por lo nuestro y ansioso de ver experiencias pedagógicas.

Como piensa acercarse pronto por ahí, ya lo juzgaréis vosotros mismos."Se despedía con un fraternal saludo y firmaba: Evaristo.

A nuestro inteligente y generoso Viñuales a la sazón capitán de la "Roja y Negra" sólo volvería a verle otra vez, en Albalate, antes de que se suicidara en el puerto de Alicante con la desesperación de ver que el pueblo español había sido sacrificado alevosamente por las presuntas democracias del mundo entero.

En efecto, tal como el amigo Viñuales había anunciado, dos o tres días después de haber recibido su carta, ya avanzada la noche, llegó el amigo Jorge; precisamente mientras yo estaba en la Escuela de "Mujeres Libres", a donde había ido para dar una charla sobre "Los cuidados del bebé en su primer año". No sabía yo mucho de eso por entonces; aunque entre lo que publicaba la revista "Estudios" y los libros que poseíamos al respecto, pude salir del paso bastante bien. El caso fue que a mi regreso me encontré con Jorge enzarzado ya con los chicos, que se habían quedado ensayando una pieza de teatro, muy divertida por cierto. Apenas entrar nos habíamos dado cuenta de que el profesor estaba ya completamente ambientado y riendo de buena gana ante los gestos de Pituso, personaje de dicha obra, que se limpiaba los mocos graciosamente con su bocamanga.

Iniciamos la conversación, y apenas habían transcurrido unos minutos cuando manifestó sus deseos de participar al día siguiente en las tareas de la Escuela como un alumno más, a lo que todos accedimos con mucho gusto. Luego, haciéndole preguntas sobre Barcelona, sobre la vida en el frente, nuestros amigos de las trincheras, etc., se fue prolongando la tertulia hasta que sonadas ya las once nos fuimos a descansar despidiéndonos hasta la mañana siguiente.

Al otro día, nos levantamos como de costumbre a las siete, hicimos un poco de gimnasia en el jardín más como ejercicio de expresión corporal que como entrenamiento de agilidad y de fuerza y nos dispersamos a los diez minutos, unos corriendo hacia las duchas y otros hacia los lavabos para refrescarse la cara. A las siete y veinte, la pareja de turno de la cocina ya tenía puestas las mesas, con pan, confitura, almendras y un gran cacharro con leche caliente, otro con malta y sendos azucareros para que cada uno pudiera servirse a su gusto. Todo el mundo se sirvió de prisa, aunque sin dejar de charlar ni de hacer bromas que eran celebradas por algunos con estruendosas carcajadas. Jorge no pudo menos que acercarse a mí y decirme sonriendo: ¡Vaya colmena bulliciosa! ¡Y qué apetito trajinan! ¿Todos los días es igual?

> *- Claro, le respondí, este ambiente no puede improvisarse, forma parte de nuestro vivir. Pero, a su edad... ¿qué podemos pedirles?*

Después de almorzar todos fueron desfilando para hacer cada uno su cama y a las ocho u ocho y cinco ya estábamos en clase. Le explicamos a Jorge que aquella clase era libre. En ella cada uno podía elegir y desarrollar el trabajo que más le placiese en aquel momento: redactar algo de interés para el periódico, recoger datos en la biblioteca, hacer análisis gramaticales o cálculos matemáticos, estudiar un tema preferido, etc. Esto ultimo es lo que hicieron la mayoría, y en vista de ello Jorge tuvo la idea de describir las impresiones que habían vivido desde que tuvo el primer contacto con nosotros; lo que hizo con tanta gracia y sentimiento que después de dar los últimos toques a su trabajo éste fue elegido por unanimidad para el Periódico Mural y la revista de la Escuela.

- Lo que más me ha sorprendido de esta clase me confesó luego es que cada uno ha hecho lo que le ha parecido y sin embargo, nadie ha molestado a nadie. Estos muchachos, tan bulliciosos hace unos instantes y ahora tan activos y a la vez callados... ¿no es esto sorprendente?

- Es el producto de la libertad, le respondí; pues para que un individuo goce de libertad dentro del grupo, se ha de crear primero dentro del mismo un clima de confianza y de respeto. Entonces, si se trata de realizar algo en cooperación, los individuos que lo componen se ponen de acuerdo para distribuirse el trabajo, y esto, naturalmente, respetando al máximo las inclinaciones y aptitudes de cada uno. En cambio, si lo que se propone el grupo es que cada individuo exprese libremente su imaginación realizando aquello que en ese instante motiva desde lo más profundo su interés -que es nuestro caso en la sesión de esta mañana- dar cumplimiento a ese natural fluir de la persona, sólo es posible en condiciones óptimas de confianza, de seguridad y de silencio.

- Esto que acabas de exponer y que queda ratificado con creces por el comportamiento de los chicos esta mañana me está sugiriendo dos interrogantes, cuya respuesta deberá interesarnos a todos nosotros, creo yo. Uno viene preocupándome desde hace ya tiempo. Otro ha sido suscitado por la experiencia que acabo de vivir. El primero es: ¿Crees que puede haber libertad sin responsabilidad? Y el segundo: ¿Qué influjo ejercen estos trabajos imaginativos en la maduración de la libertad?

Viendo yo que los muchachos parecían estar pendientes de mi respuesta decidí contestar a Jorge en estos términos: Me han parecido muy pertinentes tus preguntas y yo rogaría a todos la atención que el tema merece, para poder reforzar mi opinión o para desmentirla si cuanto voy a decir os pareciera equivocado.

La libertad, según mi criterio, es la corriente y el cauce que van configurando al hombre; pero y esto ha de entenderse bien al hombre consciente que convive con sus iguales y que sabe darles lo mismo que de

ellos exige: respeto a su persona, a los compromisos libremente aceptados y al vuelo de su imaginación. Es decir, que la libertad sólo merece ese nombre cuando el individuo actúa dentro de una ética de cooperación y de una dinámica tendente a que todos los hombres alcancen su plenitud. Dicho de otro modo: Si la libertad es la praxis que posibilita la expansión de la persona humana y ello no puede hacerse al margen del grupo solidario, puesto que sin él no habría hombre, cae de su peso que únicamente cuando el individuo se siente responsable intrínsecamente podemos decir que es un hombre libre. Afirmar pues, como algunos hacen, que la libertad está en hacer lo que te viene en gana es comportarse como un animal que desconoce las necesidades del grupo y actúa sin importarle un comino la libertad y el bienestar del otro.

De ahí que podamos afirmar sin eufemismos ni ambages que donde no hay responsabilidad no existe la libertad y que sin una voluntad responsable no puede haber hombre auténtico.

En cuanto a tu segunda pregunta, Jorge, en la experiencia que tú mismo has vivido hoy podrás hallar la respuesta. Para ser libres son necesarias muchas cosas, unas de índole personal, otras que se refieren al medio; pero fundamentalmente hay una que se hace ineludible desde cualquier ángulo que te lo mires; es decir: saberse emancipar de la rutina y explorar nuevos caminos que nos permitan hallar la mejor solución a nuestros problemas en un momento difícil. Cuando el padre o el maestro dictan al chico todo lo que éste ha de hacer, fieles ellos mismos a la tradición, inculcan al joven hábitos rutinarios que lo mantendrán encadenado al marchamo cansino de la historia, habiendo atrofiado en él el instrumento que nos hizo hombres: nuestro cerebro imaginante. Si por el contrario, padres y maestros, mediante el enfoque crítico de cuanto les oprime y molesta saben dar a los jóvenes plena libertad para enjuiciar, investigar, imaginar y manifestarse, habrán establecido las condiciones indispensables para que puedan ir vigorizando su personalidad y convertirse realmente en seres independientes y responsables. Porque si es verdad que para hacer juicios lo menos erróneos posible hemos de ensanchar el abanico de nuestros conocimientos, es más importante todavía la forma en que esos conocimientos se adquieren; pues está demostrado y cada uno tiene la prueba en la experiencia hecha por sí mismo que se olvida pronto

aquello que se nos da preparado y amasado desde fuera sin que haya intervenido para nada ese deseo profundo que moviliza el interés del individuo y pone alas a su imaginación creadora. Libertad para pensar y manifestarse, si, aún a sabiendas que nos habremos de equivocar muchas veces es el precio de una personalidad responsable. Llegando aquí me callé, pues estaba observando a Dueso desde hacía un momento y me daba la impresión que estaba impaciente por decir algo.

- Bueno, Félix me cortó, casi en la primera parte de tu exposición has hecho mucho hincapié en la cooperación solidaria y en realzar el grupo. Yo creo, sin embargo, que primero es la libertad del individuo; porque sin hombres libres ni es fácil agruparse ni hacer nada válido.

Como si la intervención de Dueso hubiera suscitado en Jorge alguna remembranza y sin darme tiempo para yo contestar, salió el amigo con estas palabras: Aunque no veo mucha contradicción entre lo expuesto por ti, Félix, y lo que apunta Dueso, sus palabras me han sugerido algo que vengo reflexionando repetidamente y que he procurado estudiar en la medida que me ha sido posible. Me refiero a la egolatría de los hombres, a la creencia que cada uno tiene de que es el ombligo del mundo, al deseo de pasar siempre por encima de los demás. Entonces... ¿si se cultiva de modo preeminente la libertad del individuo no se puede desorbitar ese egocentrismo y hacer aún más difícil la solidaridad entre los hombres y los pueblos?

- Ahí reside en efecto el trasfondo del problema, contesté, en que la libertad responsable únicamente puede desarrollarse en el seno de la comunidad. Cierto que si comprendemos que donde no hay responsabilidad y respeto mutuo no puede existir la libertad, llegamos infaliblemente al mismo resultado. Luego no podemos olvidar un instante que estos dos dinamismos humanos -libertad y solidaridad- han de cultivarse de modo simultáneo; ya que, donde no hay solidaridad la libertad es imposible y viceversa.

Y aquí se interrumpió el interesante debate, dado que el horario nos venía pisando los talones y que ninguna objeción de importancia se manifestaba. De ahí que, según el plan de estudios establecido y sin

muchos preámbulos pasáramos al trabajo de la contabilidad y al análisis pedagógico de la manera siguiente:

Se dividieron los grupos, quedando Jorge y yo un poco a la expectativa. El quería observar para ver cómo iba a desarrollarse el trabajo y yo estaba pendiente de nuestro amigo para auxiliarle en cuantas explicaciones apeteciera a fin de captar mejor la dinámica de nuestra Escuela. Puso su atención primero en el grupo que estudiaba la contabilidad y esto a base de fichas sueltas y simplificándolo al máximo. Se trataba de las diferentes secciones de una colectividad de producción, consumo, servicios, etc. y en las que cada muchacho o equipo ordenaba la correspondiente partida, para terminar confrontando las diferentes secciones al objeto de hacer una síntesis esquemática de la contabilidad global. A Jorge le pareció que los chicos trabajaban meticulosamente y lo dejaban todo muy bien articulado.

De allí pasamos a observar el grupo de psicopedagogía. Este se había dividido en dos equipos, cada uno para analizar un campo diferente. Por ejemplo: el primero se ocupaba de leer, comentar y tomar notas de la obra de Claparède "La Psicología del niño". Los del segundo equipo leían y comentaban asimismo la obra de Karchensteiner, pareciéndonos que había en el comentario mayor calor y una crítica más asidua. La Escuela del Trabajo de este pedagogo alemán resultaba en principio muy interesante, sobre todo teniendo en cuenta el momento histórico en el que había sido escrita; pero comparando aquellos textos con cuanto los chicos estaban viviendo, el método de Karchensteiner apoyándose en el trabajo y en la responsabilidad de sus ejecutantes y propugnando la creación de talleres y huertas les parecía muy bueno todo pero demasiado artificial y dirigido. Escuchemos lo que decía Pérez en el preciso momento que fuimos a parar a su lado:

- Eso no puede ser interesante para los chicos. A mí que no me digan. Donde no participo no puedo sentirme satisfecho.

Nos detuvimos y Jorge quiso intervenir en la crítica. Como profesor aquello le importaba mucho y, especialmente, como hombre que iba descubriendo un mundo nuevo al socaire de aquella guerra revolucionaria.

De ahí que preguntara: ¿Entonces, vosotros creéis que donde hay dirección no puede existir verdadero interés ni responsabilidad efectiva?

- Incuestionablemente, replicó el rebelde Pérez. A mí, si me mandan me han fastidiado. Obedecer ¿qué remedio? como se obedece al jefe de oficina o como obedecía yo a mi padre; por la fuerza, y en ese caso no puedes estar a gusto ni sentirte responsable. Eso creo que está bastante claro, ¿no?

Todos aprobaron, y Jorge, después de pensarlo unos segundos, respondió con emoción profunda: Tu expresión es tan convincente que no comprendo cómo no se me había ocurrido a mí antes. Sí, a mí, que presumo de profesor y de haber estado en el extranjero para poderme dar aires nuevos. Sin embargo, he de confesar que desde que se inició esta lucha que hoy sufrimos, voy aprendiendo de la sabiduría del pueblo más que de los textos y de los profesores consagrados.

- Bueno -dijeron Pérez y Ballarín- nosotros tampoco habíamos pensado antes en todas estas cosas. Es ahora cuando, al romper con la rutina tradicional y mirar la vida cara a cara, empezamos a darnos cuenta. Tal vez sin haber venido aquí no hubiéramos tenido tiempo ni ocasión de conocer ciertas teorías ni de desarrollar nuestro sentido crítico como lo estamos haciendo. Aunque, naturalmente, nos falta aún mucho.

- Y bien - me preguntó Jorge apartándose un poco del grupo, que seguía sus análisis sobre la Escuela del Trabajo - ¿qué interés, según tu opinión, puede tener para estos jóvenes el estudio psicopedagógico que están haciendo si van a dedicarse más tarde a la administración de las colectividades?

- Estos chicos, amigo Jorge, han de ser ejemplos vivos de la sociedad nueva; sociedad que ha de superar a la tradicional en todas las esferas, y de ahí el que nuestras colectividades precisen con urgencia no sólo hombres que sepan administrar sino que sean al mismo tiempo auténticos animadores capaces de dinamizar la convivencia en una perspectiva

solidaria y en todas partes: en el trabajo, en la administración, en el ocio, y en esta dimensión las actividades artísticas, el dialogo ameno y la amistad cordial. ¿Supones tu que todo elIo es factible sin un conocimiento del hombre y de sus intercomunicaciones cotidianas?

- No, por supuesto, dijo Jorge; pero sigue.

- Estos jóvenes y todos nosotros, si efectivamente queremos ser orientadores útiles de una sociedad solidaria, tenemos que conocer técnicas psicopedagógicas y mecanismos sociológicos que nos ayuden a salir del camino trillado y a solucionar los múltiples problemas que la comunicación nos plantea a diario. Si lo fiamos todo al azar o a la improvisación, como ha solido hacerse a menudo, difícilmente consolidaremos las estructuras del apoyo mutuo.

- Todo eso me parece bastante lógico, interrumpió Jorge; aunque si fuera cierto que los conocedores en pedagogía y psicología se comportan como ciudadanos correctos, los profesores y maestros seríamos modelos de conducta y de fraternidad ciudadana, y yo confieso muy humilde y dolorosamente que no he visto esa favorable distinción por parte alguna.

- Tu razonamiento es justo; pero nos induciría a confusión si no aclarásemos tres aspectos al menos, que me parecen fundamentales para la relación: conocimientos psicopedagógicos, humanización cooperadora y comportamiento del profesorado. En primer lugar, en las Normales y en instituciones más altas de orientación pedagógica no se estudia nada de eso; a lo sumo se aprenden de memoria nombres, fechas y conceptos básicos de una teoría o de un autor para salir airoso de un examen; pero no se analizan ni se profundizan humana y exhaustivamente en su contenido científico ni en la problemática convivencial. A ese propósito los exámenes son una tortura de selectividad que establece la rivalidad entre el profesor y el alumno, fenómeno que impide la comunicación y el trabajo en equipo.

El segundo aspecto que me interesaba realzar, y que es consecuencia del primero, es que no habiendo profundizado en el estudio del hombre como ente social que sólo puede alcanzar su bienestar por la cooperación más estrecha, los pseudo-conocimientos que los estudiantes de la enseñanza adquieren, los utilizan como símbolos y escudos de superioridad. Los manejarán por tanto estrictamente y pondrán gran cuidado en separar su clase del pueblo ignorante que no conoce esos términos cabalísticos.

Y el tercer aspecto, el más lamentable para mí, es que esos enseñantes encargados de educar a los pueblos no hacen otra cosa que transmitir las mismas fórmulas mágicas a otros para que sigan a su vez reforzando una clase privilegiada que continuará, no sólo manteniendo la sociedad en sabedores privilegiados e ignorantes sometidos, sino que asimismo fomentará esa división y seguirá consagrando ese supuesto saber, del que son víctimas y propagadores. ¿Es posible con ese método eliminar las diferencias sociales y conseguir la plenitud personal de cada ciudadano, que es a lo que debe aspirar la educación auténtica?

- No tengo nada que objetar, dijo Jorge. Por el contrario, he de sentirme satisfecho de tu exposición que ya había yo esquematizado en mi pensamiento; pero, ¿no te parece que esa actitud discriminadora no es exclusiva de los educadores? A mí me ha parecido ver que incluso entre los compañeros del frente los hombres tienden a ser cada uno más que el otro, a poner de relieve de algún modo una superioridad real o ficticia.

- Has puesto el dedo en la llaga que más me duele y que resuena en mi mente sin descanso. Hijos de una historia que viene ensalzando sin tregua al héroe, al que manda o posee, todos estamos infectados de ese maldito narcisismo. Por ejemplo, y sumergiéndonos en tu expresión, casi todos los ciudadanos que reflexionan han comprendido que el despotismo y la explotación atropellan la libertad y la dignidad de quienes las padecen; pero muy pocos se han dado cuenta aún de que al señalar a un semejante como más torpe o inferior en no importa qué manifestación, lo herimos y por consiguiente atacamos su libertad;

porque el desconsiderado se inhibe, se margina y ya no puede expresarse sencilla y espontáneamente.

Volviendo al tema de la escuela, es incuestionable que el afán de superioridad de los maestros no es exclusivo de ellos ni mucho menos; pero creo que deberíamos pensar que habiendo sido esa institución la que más ha condicionado a los hombres en las últimas décadas, ser indispensable cambiarla totalmente si queremos que en lugar de un grillete, la escuela sea una ráfaga de libertad. De ahí que los educadores deberán poner más cuidado en liberarse de los atavismos del pasado mediante la cincelación de una ética igualitaria.

Los muchachos nos reclamaron para iniciar la tercera clase que aquel día trataba sobre "La toma de las fábricas por los Sindicatos Italianos en 1920". Un equipo había recogido datos y tenía sobre la mesa periódicos y algunas obras que relataban hechos y comentarios. La clase comenzó muy viva porque desde el primer momento quisieron los muchachos comparar aquellos acontecimientos con los que vivíamos en España y se inició una discusión entusiasta y apasionada.

Después de análisis, equiparamientos y censuras, Jorge hizo un examen que todos acogimos como bastante exacto y aleccionador. Dijo aproximadamente:

- De cuanto hemos hablado se deduce que los sindicalistas italianos habían reflexionado poco acerca de las complejidades que implica la toma de la economía en sus manos. Les faltaba perspectiva federal y una toma de conciencia de la responsabilidad revolucionaria. Sin embargo, su actitud resuelta e incluso su fracaso, han sido motivo estimulante para que los sindicalistas conscientes del mundo examinen sus posibilidades más detenidamente y estudien en el futuro con mayor objetividad.

En España, por cuanto nos muestran las industrias catalanas colectivizadas y las colectividades agrarias de Aragón, el sindicalismo estaba más maduro; pero, ¿lo estaba suficientemente? Por algunos ejemplos que habéis expuesto y otras cosas que yo mismo he podido observar, me

atreveré a decir que no; aunque a pesar de ello la colectivización marcha y resuelve sus más urgentes problemas; se trata pues de ir rectificando errores y de crear las condiciones óptimas para que su articulación y sus resultados sean cada día más satisfactorios para todos. ¿No os parece?

Después de una aprobación general, recogieron los chicos los trabajos y notas y salimos al huerto. Era la hora de despejar la mente y de dar satisfacción a los músculos. Una vez en el huerto, Jorge tomó una azada; aunque no supiera exactamente cómo servirse de ella ni qué es lo que iba a hacer. Se quedó primero mirando y contemplando a los muchachos cómo se repartían las faenas. Claro que cada día, antes de dejar la labor hablábamos o hablaban; porque yo apenas bajaba al huerto. Aprovechaba esas horas para responder la correspondencia o hacer algún trabajo que me pedían algunas colectividades. Volviéndose hacia mí me preguntó Jorge:

-¿Y ahora qué miden, qué están haciendo?

-Hoy van a preparar la tierra para sembrar el melonar. Unos miden el espacio porque hemos quedado en que haríamos unos mil metros cuadrados, de los que calculamos van a salir de tres a cinco mil melones; suficientes para saciarnos e invitar a los visitantes, que habían dudado de que estos estudiantes trabajaran responsablemente el campo. Aquellos dos echan abono y el resto, con las azadas, remueven y afinan la tierra, mientras los de atrás irán trazando los bancos y señalarán "clotas" para sembrar en ellas las pepitas de melón.

-¿Y yo qué hago?, dímelo.

-Puedes unirte a los que remueven el suelo, es lo más sencillo. Yo también me pondré a tu lado.

-iEn!, -gritó Agustín-, a ver ese Dueso si nos acaba de contar la historia de ayer. ¿Dónde estás, cuentista?

No tardó en aparecer el requerido, que poniéndose delante de los cavadores inició su charla irónica y jocosa donde la había dejado el día anterior. Era uno de los cuentos del "Decamerón" y los chicos se reían animando las azadas; porque el narrador, añadía, sal y pimienta a todas las escenas. De ese modo no terminaba nunca y siempre quedaba en suspenso su historia.

Jorge, queriendo seguir el ritmo de aquellos muchachos habituados al ejercicio, sudaba la gota gorda y tenía los riñones hechos cisco.

- A esto, como a todo, hay que acostumbrarse, amigo. Deja la azada y vamos, que te mostraré la piscina y lo que hemos sembrado o plantado ya en el huerto.

Puso alguna resistencia; pero dejamos el tajo y seguimos conversando, mientras le enseñaba el patatar ya muy ufano, los tomates recién plantados, las judías y otras hortalizas. Así, entre exclamaciones de admiración por la cordialidad y laboriosidad de aquellos jóvenes, la paz del campo y nuestro armonioso convivir, llegamos a la hora de comer y volvimos a reunimos todos en la mesa.

Sirvieron lechuga con cebolla y aceitunas; luego, arroz condimentado con alcachofas, coliflor y otras verduras; queso, flan y naranjas para postre. La comida estuvo tan animada y era tal el discutir en cada mesa sobre temas diversos, que Jorge, pendiente del jubiloso parloteo, apenas se daba cuenta del menú. Pero se volvió hacia mí de pronto y me preguntó:

- ¿Es que sois vegetarianos?

- Sí, nosotros, los hermanos, cuando vivíamos solos, practicábamos el vegetarianismo y esto desde hace años. Claro que un vegetarianismo amplio y racional; porque sabiendo que hay aminoácidos como el triptófano por ejemplo, que no se encuentra en los vegetales, comemos bastantes derivados de animal: leche, queso y huevos. Al iniciarse nuestra convivencia aquí, les propuse este régimen apoyándome en los escasos conocimientos dietéticos que yo poseía, y como esto gozaba

de cierta mística entre los libertarios, los muchachos lo acogieron con agrado. La verdad es que no pueden notar gran diferencia, ya que las verduras y guisos que hacemos aquí se parecen mucho a lo que antes comían.

Sin embargo, unos meses más tarde, por imperativos de la guerra y por tranquilizar a algunos padres que temían por la salud de sus hijos, comenzamos a introducir en el menú alguna ración de carne o pescado. Hay que decir, que estudiando la dietética aprendimos que una alimentación omnívora se adaptaba mejor al equilibrio psicosomático.

Después de comer, los muchachos se dispersaron por toda la casa y nosotros nos subimos a la biblioteca, bastante bien surtida ya por entonces.

- Esta es la hora que utilizamos de ordinario para leer, si alguna visita no nos lo impide le dije. Hay tantas cosas siempre pendientes... revistas, libros o comunicados, que lo más difícil es poder seguir el curso de los acontecimientos como desearíamos.

Jorge se lanzó a la descubierta de obras y todo se lo hubiera llevado. Por fin, exclamó:

- Si esta maldita guerra terminara, cómo me gustara venir aquí y zambullirme con vosotros en esa actividad de explorador compañerismo...

Las 3 de la tarde se hicieron en seguida y volvimos a clase. Jorge, muy competente en matemáticas, se introdujo de lleno en ellas y al oírle los chicos hablar de fórmulas y de operaciones desconocidas para ellos, se arremolinaron a su entorno, y, en vez de distribuirse en equipos como todos los días dado que sus necesidades y grado de conocimientos eran diferentes, aquella tarde estuvieron oyendo a Jorge quien les explicaba mecanismos y signos matemáticos que podían abreviar mucho sus operaciones. Viendo su disposición admirativa les dijo Jorge, cambiando de tono: ¿Habéis notado cómo sin darme cuenta me he erigido en un ser superior que se envanece de su saber?

Los chicos protestaron, fingiéndose enfadados, pero inmediatamente se lamentaron de que no pudiera quedarse con nosotros para aprender todos aquellos secretos de las matemáticas, que tan mal les habían enseñado siempre.

Como era hora de cambiar de asignatura, los muchachos se dividieron en dos grupos: uno para seguir estudiando análisis de terrenos y otro para continuar el estudio de las epizootias más corrientes en los animales domésticos. Con ambos grupos estuvimos y como a Jorge no le cautivaba demasiado ni la una ni la otra disciplina, comenzó a formularme preguntas sobre cuanto atraía su atención a propósito de nuestro trabajo. No obstante, aquel interés se cortó pronto, porque era miércoles y ese día de cada semana venía el boticario Laguna a enseñar a manejar a los chicos el microscopio. A pesar de ser un hombre más bien del viejo régimen, le pedimos ese favor y venía con mucho gusto y simpatía a mostrar cuanto sabía de ese arte,

Así que llegó se reunieron los muchachos a su alrededor y comenzaron a poner en los objetivos briznas de hierba, patas de mosquitos, gotas de agua de distintas fuentes y uno tras otro la gozaban viendo formas y microbios con los que ni habían soñado. El farmacéutico se sentía contagiado por aquel entusiasmo y al ver que sus explicaciones eran calurosamente acogidas, el hombre se iba integrando en nuestro marco de manera natural y espontánea.

Cuando el boticario se fue, le dijeron los chicos a Jorge con tono convincente:

> *- ¿Por qué no te quedas? Mañana viene el químico, que es casi tan joven como tú y también muy simpático; te gustará conocerlo.*

Jorge telefoneó al Cuerpo de Tren para dar satisfacción a los muchachos y, en efecto, al día siguiente, hacia las cinco y media de la tarde, salía un camión que podría llevarle al frente. Claro que sólo tenía permiso para un día; pero... por otro más...

En el estudio esquemático del origen del Hombre y de la Sociedad, que era la tercera clase que iniciábamos ahora, teníamos que investigar la organización de la Guerra como institución y el fenómeno de la esclavitud como resultado de la consolidación del Poder y de la explotación. Por no disponer de buenos textos, habíamos quedado en que sería yo quien expusiera el tema de cada lección, para comentarlo y discutirlo entre todos. Bosquejé las líneas generales de ese periodo confuso de los inicios del Neolítico y a continuación, como de costumbre, se precipitaron preguntas y objeciones. Jorge fue el que más hincapié hizo en aclarar la relación entre autoridad y propiedad, porque a causa de informaciones escolásticas mal intencionadas, no podía asimilar que la propiedad fuera consecuencia del poder.

Las dilucidaciones fueron fáciles, porque a nadie escapa la lógica del siguiente aserto: ¿se prestara alguien de buen grado a ser esclavo y sirviente de otro? Si unos hombres han tenido que someterse a la servidumbre, es incuestionable que ha sido a la fuerza. Luego, antes que propiedad y que esa discriminación entre ricos y pobres tuvo que haber un poder organizado. Y ese poder se afianzó por el ejercicio de la guerra. La guerra reclama ejércitos jerarquizados con seres que mandan y otros que obedecen y ese es el esquema maldito que sigue oprimiendo a los hombres. Con otras palabras: si en un poblado de campesinos donde la propiedad es común uno de entre ellos proclamara que se hacía dueño de una parte del término, los otros se le reirían sin hacerle caso. De lo que se deduce que para apropiarse de algo, el usurpador necesita una fuerza que apoye su injusticia. De ahí que antes de apropiarse de cualquier riqueza, fuera precisa la institución de un poder que mantuviera y legalizara el robo.

Entonces repuso Jorge, como asiéndose a un argumento incisivo, si nuestra pelea de liberación la llevamos a cabo mediante un ejército y por el vehículo de la guerra, ¿podemos realmente emanciparnos de esa autoridad tradicionalmente nefasta?

> *- En efecto, no es el mejor dinamismo la guerra en la que estamos implicados para afianzar la revolución; pero por encima de las teorías y especulaciones, está la realidad, y en nuestro caso no hemos sido los*

enemigos de la guerra quienes la hemos provocado, sino que nos han arrastrado los defensores del Poder con una amenaza a muerte, que han hecho ya extensiva a regiones inmensas, para todos los que no aceptemos sumisos su política de látigo y cadenas. Sin embargo, yo presumo, no lo sé con certeza, que un ejército que ha tomado por lema la destrucción del poder y de las armas que lo sostienen, podrá, en caso favorable, enfrentarse con ese arcaico problema y resolverlo. Pero no todo depende de nosotros. En el bando republicano hay muchas fuerzas autoritarias que seguirán apoyándose en el ejército. A pesar de ello, un imperativo de supervivencia nos obliga a luchar para defender la libertad y la revolución hasta donde nos sea posible.

Apurados los argumentos y llegada la hora de ir al huerto, porque como estábamos a finales de abril habíamos cambiado el horario de la tarde, descendimos de nuevo al aire libre. Aquella tarde birbamos patatas y yo quise ayudarles, dado que estaba allí. Las matas eran ya muy lozanas y había que tener cuidado en no deteriorar las raicitas; así se lo expliqué a Jorge que quiso colaborar con su buena voluntad. Hablábamos y seguíamos el ritmo de los chicos; aunque notando Jorge que todos se callaban y que sólo se oía el tarantán de las azadas y la voz de Dueso, preguntó:

- ¿Pero es que Dueso no trabaja? ¿Hace de encargado o qué?

- Ese es un cuentista, respondió Blanco.

-¿Cómo un cuentista? -replicó riendo el aludido-, ahora mismo cojo una azada y que os cuente estas historias vuestra abuela. Y como vieron que se iba decidido, gritaron varias voces: Ah no; ¡eso no! Tu sigue la historia y las patatas ya las entrecavaremos nosotros...

- ¿Has visto? pregunté a Jorge. ¿No te hace pensar nada esa reacción?

- No sé, replicó; pero pienso que les gusta más oír el cuento aún a costa de efectuar el trabajo de Dueso.

-Evidentemente; pero a mí me sugiere algo más, añadí. Quiero decir que en circunstancias múltiples un grupo social puede dispensar de la tarea productiva a uno de sus miembros para que divierta o alegre a los demás con su arte o su gracia. Y eso nos puede llevar a esta consecuencia; que si la producción es necesaria, no lo es menos la amistad y el recreo. Lo que nos dice de modo fehaciente que toda rigidez es inadecuada y a menudo nociva.

Terminada la bina, nos lavamos un poco y fuimos a cenar. El menú, como de ordinario, se componía de una verdura patata, col y cebolla, con cuyo caldo hacíamos previamente una sopa fina de pan; seguidamente, unas tortillas de espárragos, que también eran del huerto; aunque como la esparraguera ya estaba allí, nosotros sólo tuvimos que cuidarla y recoger los espárragos a medida que iban creciendo. Sacaron unos higos secos como postre, mientras algunos chicos decían: Bueno, ya comienzan a engordar las cerezas...

UNA GRATA VELADA

Aquella noche suspendimos la lectura comentada, en atención de Jorge que se marchaba de nuevo al frente; pero tuvimos más asistencia que de costumbre. Muy de tarde en tarde alguna vez acudían a nuestras veladas muchachos de las Juventudes. Aquella noche vinieron, además de un amigo de Las Corts que se reincorporaba al frente, Marión Oncín, las Maurinas y algunos zagales de las Juventudes.

Abrimos la velada diciéndoles que si bien habíamos alterado el orden habitual porque Jorge tenía que irse, esperábamos que todos participáramos en la discusión como de costumbre. Luego invitamos a Jorge a que nos hiciera la crítica de cuanto hubiera notado y que nos aportara las iniciativas que le parecieran pertinentes.

> *- Es demasiado pronto, confesó, y me hallo aún inmerso en una vagarosa emoción que me impide analizar cuanto aquí he descubierto. Más que una crítica o un estudio, que requieren una reflexión más elaborada, querría más bien formular algunos interrogantes que hierven en mi cabeza.*

Lo primero es que no puedo concebir la cooperación libre y espontánea que existe entre vosotros sin una autoridad, legalizada o carismática. Eso me lleva a suponer que tu, Félix, eres para estos chicos el padre; o sea, una especie de mago a cuyo influjo actúan. De no ser así ¿cómo podría haber tanta coincidencia en una tan amplia libertad?

> *- Algo de eso mismo ya has dejado entrever durante el tiempo pasado entre nosotros; aunque no comprendo por qué. Intentar explicarte una vez más los vínculos psicológicos de nuestra convivencia.*

Querría decir en primer término, que la libertad entre nosotros, en lo que a las clases se refiere especialmente, es harto limitada. Aquí no hacen los muchachos cuanto les interesa o acucia su imaginación, sino que estamos subordinados a un programa. Un programa trazado y aprobado por todos, pero programa al fin. Esa circunstancia, sin embargo, viene como anillo al dedo para analizar el hecho de que la libertad está condicionada muchas veces a las necesidades colectivas. Nosotros procuramos desenvolvernos en cada disciplina de la manera más libre y directa posible; pero sujetos

a un programa. Esa no es la libertad genuina; si bien lo determinamos así por el imperativo de la revolución y porque antes que la formación auténtica de nuestras personalidades respectivas, nos importaba el éxito de las colectividades. De ahí que sacrificáramos un poco nuestra libertad en aras de las exigencias de nuestro pueblo.

En esta actitud podemos observar una faceta muy especial de la autogestión. Como acabo de exponer no hay una libertad total en nuestro modo de trabajo; pero hay un compromiso mancomunadamente acordado, y por lo mismo, responsablemente asumido porque nos lo hemos propu esto con voluntad estricta y lo cumplimos a pesar de todo. Esto ocurrir muchas veces en una sociedad colectivizada en la que no siempre realizaremos lo que nos plazca sino lo que entendamos inteligentemente que es imprescindible o urgente para el bien de alguien o de todos en un momento dado. La autogestión por tanto no es sólo participación libre y responsable, conlleva asimismo un servicio de solidaridad que antepone a la libertad de cada uno el interés comunitario.

Y hecha esta aclaración, que pone los puntos sobre las íes y demuestra que hay entre nosotros una cooperación consciente, vayamos a examinar esa imagen del padre, porque en ocasiones, sin darme cuenta incluso, afirmo cosas con ademán de cierta autoridad; pero eso tiene que ser pasajero y sin consecuencias, porque de otro modo no habrá verdadera cooperación en el grupo. El padre tradicional ofrece dos imágenes; la del padre autoritario, que los hijos temen y rechazan, y la del padre demasiado benévolo que suele abdicar de la responsabilidad de orientar a los jóvenes. El primero puede organizar una familia rígida, una explotación jerarquizada o un cuartel. El segundo no puede organizar nada porque, negligente o poltrón, deja las cosas al azar. ¿Se parece nuestro cuadro a uno de esos modelos históricos?...

- Perdóname, antes de que prosigas interrumpió el amigo de Las Corts que era padre. ¿Quieres decir, pues, que todos los padres son nocivos por autoritarismo o negligencia?

- Atinada me parece tu intervención, amigo Budé proseguí, porque aún cuando yo me refería a los padres típicos de la tradición, hay

otra figura de padre que es capaz de asumir su responsabilidad sin imponer ni coartar. En ese caso, no se trata de una autoridad carismática que sabe camuflar su imposición, sino de un camarada que se coloca al nivel de sus hijos y coopera con ellos sencilla y afectuosamente.

- Bien intervino Jorge, cogiendo el argumento por los pelos, esa figura de padre podrías representarla tu...

- Coloquemos bien las expresiones y seamos sinceros, Jorge. Si he sabido explicarme, he querido decir que ese padre peregrino no ejerce autoridad; coopera, y tu formulabas el interrogante dudando de que sin autoridad nuestro grupo pudiera funcionar. Yo querría ser esa figura: la del hombre más experimentado que da cierta confianza, pero que no dirige ni coacciona. Si aceptáis que puede ser así y que el funcionamiento de la Escuela se apoya en la cooperación libre y responsable, nada tengo que añadir; aunque quisiera que comprendiéramos todos que la libertad y la conjunción de intereses del grupo son vínculos suficientes para consolidar una relativa convivencia.

Intervinieron seguidamente tres o cuatro jóvenes para afirmar que allí todo se decidía de común acuerdo y que, por lo tanto, si había alguna figura de padre, no era autoritaria, rematando el asunto Faure que casi nunca hablaba diciendo:

- Desde el otro día que oí a Félix demostrando que el acuerdo entre nosotros dependa de que a todos se nos consideraba como adultos, he visto muy claro lo que algunos no quieren creer; porque cuando en casa mi padre me consultaba como a un igual yo me sentía muy contento; pero cuando me daba órdenes, me disgustaba y me parecía que rebajaba mi persona.

- Otra duda quería exponer a vuestra consideración, dijo entonces Jorge. Desde el diecinueve de julio oigo hablar por todas partes de igualdad y de justicia social; pero viendo trabajar a estos chicos con una avidez cultural desbordante, se me ha ocurrido lo siguiente: ¿No será la

igualdad de oportunidades lo primero que deberíamos conquistar para satisfacer ese afán de saber que late en el pueblo?

- Excelente cuestión interrumpí, pues es lógico que el hombre se plantee como primera libertad la del derecho a comer y la de satisfacer sus necesidades biológicas, tanto más si tenemos en cuenta que los niños mal nutridos en su primera infancia, nunca alcanzarán un desarrollo cerebral completo; pero si el derecho a esta justicia económica es perentorio, únicamente la garantía de que el saber se halla al servicio de todos puede hacernos automáticamente hombres y garantizar la emancipación de los pueblos.

Eso es justamente lo que quisiéramos realzar con nuestro trabajo de cooperación educativa; es decir: que en un régimen de libertad la adquisición de los valores culturales podría ser tarea fácil. Ahora bien, si es de justicia que nadie quede excluido de una adecuada educación, sólo poniendo el acento en esa realidad superadora se pueden eliminar las discrepancias históricas y lograr generaciones realmente adultas que no toleren la pedantería de quienes se juzgan superiores. El que acapara la riqueza en detrimento de los otros es una persona que roba los bienes colectivos; pero los que impiden la plenitud de sus semejantes poniendo barreras a la adquisición de conocimientos, fomentan la superstición y !a ignorancia, matan al hombre potencial y atizan sin cesar la discordia y la guerra.

El tema interesó a todos y la discusión se prolongó bastante. Al fin coincidimos, sin embargo, en que uno de los imperativos más apremiantes de la Revolución habría de ser la conquista de unas perspectivas de educación para todos, sin tener en cuenta la edad ni la circunstancia de cada uno.

- Aún hay otro aspecto algo confuso en mi -expuso Jorge- que desearía me explicaras, o mejor que nos aclararas a los presentes. Esta tarde, mientras trabajábamos en el huerto, me has dicho como si hablaras para ti: "Este alegre dinamismo de los chicos cultivando la tierra, qué magníficas perspectivas va abriendo en mi mente!" ¿Qué querías significar concretamente?

- Es algo que todavía no he madurado bastante, pero que me ha sugerido proyecciones y cálculos que cada vez me afirman más en una idea que podría cambiar los cauces y el funcionalismo de la educación en el futuro. Cuando proyectamos esta Escuela, queríamos poder ayudar a las colectividades en su expansión emancipadora. Simultáneamente hemos ido constatando que en un medio sencillo y libre como éste, se podría asimismo perfilar la educación integral para todos de la que hablábamos antes. Ahora, he llegado además a otra conclusión; porque viendo el rendimiento de nuestro trabajo que se puede multiplicar con el mismo esfuerzo utilizando máquinas y racionalizándolo mejor, he constatado que con tres horas de labor los jóvenes pueden subvenir a todas sus necesidades. La educación, por lo mismo, podría resultar gratuita; o sea, que se puede realizar íntegramente sin que cueste a la sociedad un solo céntimo.

¿Imagináis lo que ello supone? Yo intuía que el equilibrio humano precisa de unos ejercicios musculares y de una gimnasia cerebral que dé satisfacción a la curiosidad exploradora de los hombres; pero no había imaginado en principio que esa combinación para el logro del equilibrio psicosomático podría a la vez solucionar el presupuesto abrumador que la enseñanza consume ¿y para qué? para someter a los jóvenes, como mulos de noria, a unos condicionamientos que disminuyen su curiosidad y los hacen enemigos unos de los otros. En la nueva generación que saldrá de esta perspectiva de cambio, ¿comprendéis el estímulo, la alegría y la seguridad que dará a los jóvenes saber que no son gravosos a nadie y que van configurando su personalidad y adquiriendo una solidez profesional y cívica por su propio esfuerzo?

Tras un reflexivo silencio, los asistentes no pertenecientes a la Escuela, dijeron asombrados: ¿Estás seguro de que eso es posible?

- Sí, totalmente. Este año cogeremos de sobra, para los que somos, patatas, legumbres, frutas y verduras; pero si tuviéramos un tractor y un simple motocultor, así como una instalación más mecanizada y racional para los animales, nos sobraría trigo, carne, huevos y otros productos. Y bien, ahora quiero apoyarme en el testimonio de los chicos, que son quienes trabajan. Pregunto: ¿las tres horas aproximadas que

dedicáis al laboreo del campo son para vosotros una pesada carga o un ejercicio que os satisface de algún modo? Tal como ha sido formulada esta pregunta lleva implícito cierta intencionalidad, ya lo sé; pero como va dirigida a quienes estáis experimentados en la tarea, no creo que pueda haceros vacilar ni, mucho menos, sugestionaros.

- Ya hemos dicho muchas veces asintieron algunos que ese ejercicio libre después de estar aquí sentados y calentándonos la cabeza, es un verdadero recreo.

- Sin embargo añadió Dueso, con alegre malicia, nunca nos habías participado esa idea de tanto alcance educativo.

- Es cierto; pero ya has oído antes que es una idea que viene madurando en mí desde hace muy poco y tenía necesidad de consolidarla con los hechos, antes de exponerla. Todavía no hubiera hablado de ello sin la intervención de Jorge.

- De todos modos, repuso Agustín bromeando, eso no cuenta para ti, Dueso, que eres de la burocracia, de los que no rompen mangos.

La risa se generalizó y como era ya muy tarde nos fuimos a descansar.

No obstante, el amigo de Las Corts y Jorge siguieron asaeteándome excitados por aquella proyección que podía mutar los fundamentos de la enseñanza.

Por fin, dijo Jorge, con tono meditativo: Si no hubiera visto trabajar a estos chicos, tu afirmación de que con unas horas de trabajo los estudiantes podrían subvenir a sus necesidades, sin duda que me hubiera hecho reír, al menos por dentro; pero ahora tu expresión me ha dejado en un suspenso y, por qué no decirlo, un tanto aturdido. ¿Imaginas lo que eso significara en la perspectiva educativa e incluso en el contexto social? De ser así y de poder extender el sistema, el hecho representaría una revolución de alcance incalculable. ¿Has pensado tú en eso?

- Sí, Jorge, le respondí, y a decir verdad, lo de sobrevivir con una corta jornada lo haba reflexionado mucho antes de que pudiera experimentarlo. Cuando organizamos una pequeña colectividad en el 1932, con algunas fincas de mi padre, ya intuí la posibilidad. Poseíamos un tractor y algunos animales y me pareció constatar que organizándonos de manera idónea era fácil vivir trabajando muchas menos horas de las que suelen hacerse; pero únicamente ahora he comprendido cuánto podría realizarse en la dimensión educativa combinando el trabajo manual con el estudio.

En cuanto a su trascendencia, como a ti, me parece digna de estudio y de darle una consideración de alcance universal. Aunque a pesar de los horizontes que abre y el germen de transformación que conlleva, no creo que la sociedad ni los educadores acogieran el método de inmediato. Hay demasiados condicionamientos clasistas e intereses creados que se oponen a nuestro funcionalismo de libertad y de trabajo.

Y como obstáculo fundamental se levanta el orgullo de los intelectuales. Incluso triunfando nuestra revolución y consolidando una República socializante de veras, costará mucho cambiar la mentalidad de quienes por hábito inveterado se creen superiores.

- Comprendo esas dificultades, asintió Jorge, pero es que la generalización del método tendrá consecuencias tan profundas en la economía y en el rendimiento pedagógico que opino que pese a todo tendrá que establecerse.

- Me gustaría mucho ser tan optimista como tu, Jorge; pero seguimos andando sobre terreno movedizo. Si me permitís, querría añadir algo que a juicio mio no es menos importante que esa dimensión económica y pedagógica.

Es cierto que la enseñanza será funcional y no costará nada a la comunidad; pero hay algo más importante todavía: me refiero a la formación de la personalidad de los jóvenes, quienes por este método de trabajo y de estudio conjugados, lograrán ir penetrando en las complejidades sociales

sin sorpresas ni violencia. Porque mientras labran la tierra y planifican los cultivos u otras actividades, van asimilando las costumbres del grupo con responsabilidad y pleno derecho; lo que quiere decir que asumirán con libertad de crítica el estatuto de los adultos y ya no se sentirán minimizados ni desdeñados. Y por esos mecanismos de afirmación cívica y económica, la crisis entre generaciones desaparecerá. Lo observo en estos chicos, que por la libre responsabilidad y el realce de su persona resuelven las suspicacias tradicionales y se hacen partícipes del quehacer común de manera alegre y confiada.

A la mañana siguiente, Jorge hizo algunos recados en la población, tomó notas de la biblioteca y vivió con nosotros el tiempo que le quedó libre, y, como suponían los chicos, al llegar el químico se hicieron ambos muy amigos. Fernando era un hombre joven que reía más que hablaba, y por ser de la U.G.T., como muchos obreros de la Azucarera, los más politizados de nuestros chicos lo provocaban a menudo; pero él sonreía y apenas aceptaba la polémica.

Como los muchachos ya sabían hacer análisis fiscos del terreno a base de sedimentaciones, Fernando les había enseñado a manejar probetas y a distinguir ciertos productos, aquella tarde iban a efectuar el análisis del humus que contenía el suelo del huerto. Así estuvieron manipulando durante más de media hora en medio de una conversación animada, mezclada de conceptos químicos y de ideas políticas; suscitadas aquella tarde más por Jorge que por los chavales.

Pero vino el chófer del camión que partía hacia el frente y Jorge se fue, no sin dejar un sentimiento de simpatía y de nostalgia entre todos nosotros. Nunca más volveríamos a verlo. Nos escribió una emotiva carta algunas semanas después de habernos visitado y... nada más. Hacia el año 1941, en Toulouse, le pregunté al malogrado amigo Ponzón, por Jorge; pero sólo supo decirme que suponía que había muerto en unos combates del "Carrascal"; si bien, no estaba muy seguro.

También Fernando nos dejó pronto, movilizado como todos los jóvenes del país y nos quedamos sin químico que orientara a los chicos en la manipulación de chirimbolos y elementos.

MISCELÁNEA

Mi hermano José, que había quedado herido de un balazo en el tobillo en un contraataque en Vivel del Río, al salir del hospital vino a pasar algunos días con nosotros y yo me alegré, no sólo por volver a verle, sino pensando que podría quedarse y así ayudarnos en los muchos proyectos que íbamos bosquejando a medida que las necesidades regionales aumentaban. Hablamos de todo y se interesó muchísimo por cuanto hacíamos; pero no accedió a quedarse en la Escuela ni en parte alguna de la retaguardia. El porvenir está en el frente, dijo muy seriamente, y es allí donde tenemos que vencer o morir.

Al insistirle en que debería quedarse con nosotros y que era una decisión que tenía que reflexionar detenidamente, me dijo con tono muy serio:

- Comprendo que cuanto estáis haciendo aquí tiene su valor; pero todo esto es muy aleatorio. ¿Crees que todas estas proyecciones y experiencias servirán de algo si perdemos la guerra?

- Creo que sí, le respondí con acento decidido. Pase lo que pase, José, cuanto hacemos aquí y sobre todo esas realizaciones de colectivización, quedarán como una aurora incitadora de lo que los hombres pueden hacer si saben cooperar y eliminar rivalidades y egoísmos.

- A pesar de tu expresión esperanzadora y un poco lírica comprendo que tienes razón; pero repito que todo eso me suena como algo vago y muy lejano. Lo que importa por encima de todo es ganar la guerra, y de ese modo asegurar la continuidad de tantos prometedores ensayos; porque, de lo contrario, todo esto se irá a pique y nosotros con ello.

Y con su sonrisa irónica, añadió: ¿No crees que estás demasiado entusiasmado con lo que estáis haciendo? ¿Demasiado seguro de ti y que olvidas un poco la tragedia en la que estamos sumergidos?

- Sin entusiasmo y entrega, le dije, no creo que valga la pena emprender nada. Yo estoy muy satisfecho de lo que efectúan los chicos ya que en su cooperar espontáneo hay una vida plena y un hermoso horizonte

de futuro. Me parece que estamos culminando lo que iniciamos en Vallespir, puesto que estos muchachos son mayores y hay además en su proyección un ansia de superación y una realidad de vida plena.

En cuanto a lo que tú llamas mi seguridad, ese ya es otro tema. Por un lado, me siento demasiado ignorante y eso lo noto más aquí, solo y carente de fuentes de documentación; aunque pienso que mientras la curiosidad nos espolee, el defecto no es grave; pues día a día podemos ir llenando el vacío de nuestra ignorancia.

Hay otras dimensiones de mi carácter que me preocupan más. Soy demasiado impaciente y a veces agresivo, y creo, no sé si me equivoco, que esa vehemencia es una muestra de inseguridad, de falta de control sobre sí y al mismo tiempo del deseo de influenciar a los demás. Esa constatación me inquieta y pese a que casi cada noche examino mis reacciones de la jornada y censuro mis impaciencias, no avanzo mucho en ese afán de pilotar serenamente mis impulsos.

En cuanto al volcán sobre el que nos movemos, ¿cómo podría ignorarlo? Aunque opino, que el peligro no debe obsesionarnos. Cada circunstancia ofrece unas posibilidades y nuestro deber es utilizarlas inteligente y responsablemente, ¿no te parece?

- Me satisface mucho oírte así, asintió José, ya que tu autocrítica me ha parecido muy en su punto, y ojalá el fin de la guerra nos fuera favorable para que puedas proseguir tus rectificaciones y tu tarea; porque si nos es adversa[3].

3 Treinta y siete años más tarde y después de una odisea demasiado prolongada recuerdo aquellas reflexiones y veo con más claridad áreas vagarosas entonces. He colmado algunos abismos de ignorancia con nuevos conocimientos que los investigadores han descubierto y he penetrado sobre todo en lo intimo de mí mismo. Cierto que no he llegado al dominio total de mis impulsos pero al descubrir el proceso formativo de nuestro cerebro reptiliano no me inquieta el origen de esos atavismos sino el modo consciente de embridarlos. Porque teniendo en cuenta que el clima solidario elimina agresividades y egocentrismos -lo que pudimos demostrar tanto por las vivencias en aquel internado como por la realización de las colectividades en las que se creó la atmósfera social de libertad y de apoyo mutuo que los hombres precisan para alcanzar su plenitud- del mismo modo vitalizando cada

Al día siguiente se fue mi hermano de turnée por aquellos pueblos, aunque no tardaría mucho en regresar de nuevo. Al mismo tiempo, habiéndome nombrado la Comarcal para asistir a un Pleno de la F.A.I., había aceptado porque se trataba de estar fuera de la Escuela un día tan solo, y como José pudo realizar su viaje por la comarca rápidamente, pasó por Monzón y salimos juntos. En un camión que iba hacia el frente fuimos hasta Candasnos, donde tenía que entrevistarse mi hermano con un grupo de compañeros.

La discusión con ellos giró en torno a la necesidad, según su opinión, de hacer presión sobre ciertos campesinos individualistas para que ingresaran en la colectividad. José, si bien aconsejando formas respetuosas, también se manifestó de acuerdo con la idea de presionar alegando que, en fin de cuentas, eran los campesinos mismos quienes iban a salir beneficiados de ello. Yo entonces tuve que intervenir muy enérgicamente para demostrar su error, recordándoles quiénes éramos y qué representábamos. Equivocados o no, aquellos agricultores querían continuar trabajando sus parcelas y no teníamos ningún derecho a obligarles a entrar en la colectividad bajo ningún pretexto. La discusión adquirió tonos ásperos; pero al fin, se acordó dejar en libertad a los campesinos como hasta entonces.

Ya estaba acostumbrado a esa suerte de intervenciones y no me sorprendía la reacción de muchos compañeros, celosos de consolidar la revolución; pero me sorprendió muy ingratamente que José, con quien habíamos

---

uno de nosotros la armonía interior, podríamos llegar a la intercomunicación más satisfactoria; lo que no es imposible si después de bien informados nos lo proponemos conscientemente. Yo, por ejemplo, que sigo siendo ignorante en múltiples dimensiones humanas y preso todavía de apetitos y tendencias, mantengo viva mi curiosidad y trato de someter al examen de la conciencia todos mis impulsos, he conseguido no tener odio a nadie y me considero capaz de comprender a todos los hombres, aceptándolos como son aunque unos me inspiren más simpatía que otros o ejerzan mayor atractivo; habiendo llegado a la conclusión -y esto es lo realmente importante- que mediante esa libertad responsable del individuo y la práctica de la autogestión en todas las actividades sociales, por el propio funcionalismo de la solidaridad creadora que emana de la dinámica dialogante desaparecerán la violencia y las guerras.

analizado tantos problemas juntos, ahora se dejara llevar por impresiones de oportunismo circunstancial.

Cuando salimos a la carretera para coger un camión que nos llevara a Caspe, me dijo mi hermano un poco excitado:

- Esa devoción a la libertad me parece algo exagerada en el momento difícil que vivimos. Si seguimos así, buen pelo va a lucirnos.

- Entonces, ¿qué? le dije con cierta ironía; ¿vamos a renunciar a ella y equipararnos a los partidos clásicos con sus modelos jerárquicos y sus maquiavelismos?

- Yo no diría tanto -replicó José- algo picado, pero ojeando ayer el "Mundo Obrero" observé unos planteamientos en defensa de la República que han de cuajar muy bien en ciertas gentes. Y por otro lado, vemos cómo se adhieren al Partido Comunista más intelectuales que a la C.N.T. ¿Por qué?

- ¿Y ello te sorprende? ¿Qué significa la República para los timoratos propietarios y los burócratas? La continuidad de lo conocido, de la autoridad, de la división de las clases y de un gobierno que garantice la injusticia. Todo eso les va muy bien a los comunistas porque apoyándose en el miedo a la revolución de esa clase media, ellos podrán apoderarse del Estado y entonces... Ya sabemos lo que ocurrirá: que la burocracia le seguirá siendo fiel en su juego. Lo realmente extraño es que tú no lo veas.

En cuanto a la inclinación de los intelectuales, eso es mucho más claro. ¿Qué pretenden la mayoría de ellos? Seguir siendo una categoría distinguida para gozar de ciertos privilegios a expensas de la miseria del pueblo. Es decir, procurar que el tinglado de las discriminaciones y de la injusticia persista para continuar ellos en el machito. Ahora miran al partido como una tabla de salvación porque ni conocen sus intenciones efectivas ni han sabido solidarizarse con el pueblo. Pero no creo que

la actitud de los comunistas sea nueva para ti ni tampoco la de los intelectuales encogidos y siempre temerosos de la libertad, y sobre todo de la igualdad entre los hombres. Ellos se han dejado condicionar para presumir y para mandar y cuanto se salga de su órbita lo rechazan, les da miedo.

Con tono reflexivo y como si hablara para si, balbuceó José: Tienes razón, sí; hemos de ser más reflexivos y no dejarnos llevar por el primer impulso.

Un coche que pasaba con unos compañeros nos recogió y se cortó el diálogo, que ya no se reanudaría nunca más[4].

Habiéndome confirmado el acuerdo de que José se quedara allí de secretario del Comité Regional de la específica (con la condición de que estaría solamente hasta que se hubiera curado) yo regresé a la escuela. Antes de irse al frente vino a vemos en una visita relámpago, y recordando lo que le había sugerido de quedarse en la Escuela, me recomendó a un profesor de matemáticas, amigo suyo y que estaba en el frente muy a disgusto, para que trabajara con nosotros. La cosa me cogió de improviso y consulté con los chicos, a quienes la idea de tener a otro joven para investigar les pareció muy bien.

No tardó en venir Carlos, que así se llamaba el joven profesor, y efectivamente, era un hombre simpático, inteligente y con mucho don de gentes. Todos lo acogimos con agrado y en seguida se familiarizó con la Escuela.

Sin embargo, pasadas las primeras horas, los chicos comenzaron a protestar: porque fumaba -aunque no en clase- le gustaban las bebidas y sugería a los chicos mayores organizar en la Escuela algún baile los sábados por la noche o los domingos para relacionarse más con las chicas[5].

4 Habiendo surgido el tema unos cuatro años más tarde en el campo de concentración de No, me remito al Apéndice 3, donde el tema sobre los intelectuales es tratado con mayor extensión.

5 No se comprende esta reacción sin penetrar en el ascetismo de los Jóvenes en aquel primer período de la guerra.

Cuando los muchachos me hablaron de todo eso un tanto alarmados, les dije:

- Lo peor es que no lo ha expuesto en asamblea; ya que al hablar detrás, con algunos, no ha respetado nuestros hábitos de cooperación y de acción directa.

- Además -añadió Peñalver con un tono de reproche- ayer, por ejemplo, cuando nos dio la clase de matemáticas, se puso en el encerado y después de trazar signos y fórmulas nos mandó con cierta autoridad que resolviéramos todo aquello. No le contestamos por educación; pero le demostramos que el modo de enseñar escolástico y represivo no nos iba.

Quedamos en reunirnos aquella misma noche para situar nuestra posible cooperación en una línea diáfana. Yo quedé pensativo y reflexionando que aquella idea de tener más relación con las muchachas y de organizar bailes u otras fiestas, no estaba mal; pero que el momento era poco propicio, ya que aquellos chicos vivían la revolución y las tareas de la Escuela con tanta responsabilidad que no lo tolerarían.

Iniciamos la asamblea con algunos temas que teníamos pendientes sobre visitas a determinados pueblos los próximos domingos, algunas respuestas a los milicianos de dos o tres Brigadas y unas charlas que teníamos que dar en la Escuela de Madres que mantenían "Mujeres Libres". Y una vez zanjados esos aspectos, me dirigí a Carlos diciéndole esto aproximadamente:

- Algunos chicos se han lamentado, Carlos, de que les has propuesto organizar bailes en la Escuela, de que orientas tus clases con un estilo tradicional y de que se ve en ti al profesor que sabe y quiere distinguirse. Yo creo que todo eso es debido a que no te has integrado en nuestro ambiente ni te has compenetrado suficientemente con las exigencias de la revolución. Pero aún así, te rogamos todos nosotros que cuantas

proposiciones o críticas desees hacer, las hagas aquí, en la asamblea; porque de ese modo discutiremos abiertamente y procuraremos ponernos de acuerdo.

- No creo yo -respondió Carlos- que organizar aquí alguna fiesta sea un mal; porque estos muchachos necesitan comunicarse y habrían de tener algo más de alegría y de vivacidad. En cuanto a mi estilo de dar las clases, ese es el que me han enseñado. Y a propósito de exponer en Asamblea cuanto se nos ocurre, será muy democrático, pero me parece demasiado formulismo y rigidez.

En los rostros de los chicos se veía disgusto y lo notó mucho más por el tono con que fueron hechas sus respuestas.

- A mí me parece -comenzó Dueso, rompiendo el fuego- que aquí no es alegría precisamente lo que nos falta. Bromeamos y reímos casi siempre como has podido comprobar, y con ese mismo regocijo emprendemos todas las tareas. No estamos ahora en tiempos de bailes y jaranas, sino en un momento difícil en el que hay que ganar una guerra y afirmar la revolución.

- Y en lo que respecta a las asambleas -añadió Pérez- no estoy de acuerdo contigo en nada; porque lo que se dice fuera de aquí con intención de ir creando una opinión contraria al funcionalismo de la Escuela me parece un chismorreo que no puede tener otra finalidad que dividirnos y buscar la guerra donde reina la paz. Sólo en las reuniones, donde todo el mundo dice lo que piensa, bueno o malo, podemos entendernos y ponernos de acuerdo; eso es.

- A propósito del modo de hacer la clase -dijo lenta y moderadamente Pueyo- creo que deberías haberte fijado cómo solemos trabajar nosotros. Yo he oído decir a mi padre: "cuando vayas a un sitio desconocido, mira primero cómo viven, antes de querer criticar o imponer tus costumbres". Y eso me parece sensato. Nosotros tenemos el hábito, creo que acertado, de trabajar en cooperación y de ver en el maestro a un

compañero más que en ocasiones puede ayudarnos a resolver algo; pero que ni manda ni se desentiende de aquello que estamos haciendo.

Pituso lo atacó porque fumaba; Patricio, porque era aficionado a la bebida. Entonces, viendo que la rivalidad iba tomando cuerpo, me permití decir:

- Perdonad, queridos; pero he de advertiros que me disgusta ese acento condenatorio que empleáis. Carlos no está acostumbrado a nuestra vida, ha sido formado por la vieja escuela y pertenece a una categoría social distinta. Pensad en ello y en que no es posible que todo eso pueda borrarse de la noche a la mañana. Si Carlos quiere, le sobra inteligencia para adaptarse a nuestro ritmo de vida; pero no es atacándole como lograremos que se integre satisfecho en nuestros trabajos y preocupaciones, sino dialogando y dándole opción a que se exprese libre y serenamente.

Como por un lado era difícil que continuara en la Escuela puesto que estaba comprendido en la edad que se hallaba movilizada, y por otro los chicos no lo aceptaban de buen grado, pronto volvió a las trincheras; si bien, su paso por allí no dejó un grato recuerdo.

• • •

Un nuevo motivo de polémica fue el proyecto que redactaron los más pequeños de la Escuela -Pituso, Bosque, Abizanda y otros- consistente en crear una organización infantil denominada “Los pequeños libertarios”. Los fundadores habían visto organizaciones infantiles de tendencia socialista o comunista y querían salirles al paso. Se animaban aún más al ver que tanto por parte de los chicos de Monzón como por los de otros pueblos circundantes esta idea había sido bien acogida. De ahí que sin pérdida de tiempo se aprestaran a formar los grupos.

Ya tenían elaborados los estatutos y una especie de manifiesto cuando me comunicaron su plan, pidiéndome parecer y si sería oportuno llevarlo a la asamblea, pese a que la organización proyectada era extra-escolar. A groso modo les contesté que, naturalmente, había que exponerlo

en la asamblea, pensando sobre todo en que la idea había nacido allí. Y a propósito del criterio que la cosa me parecía, objeto que no sería empresa fácil el que los niños supieran interpretar el contenido de las ideas libertarias, pero que todo cuanto incidiera en valorar y difundir la libertad lo consideraba plausible.

Mi opinión, que aunque algo dubitativa se mostraba más bien favorable, les infundí ánimo; por lo que, antes ya de celebrarse la asamblea habían estructurado un esquema orgánico e incluso planificado la salida de un Boletín.

En la reunión, las opiniones estuvieron muy divididas. La verdad es que los mayores, a quienes el asunto no les pareció demasiado importante, al principio animaban a Pituso -el más entusiasta- entre puyas y bromas. Coincidió por aquellos días el ingreso de un zagal casi tan joven como los más pequeños de la Escuela: Adolfo Hernández, sobrino del compañero Muñoz, secretario éste a la sazón del Comité Regional de la C.N.T. Hernández se opuso muy decidida y combativamente a la idea de la organización infantil, argumentando del siguiente modo:

> *-Queréis formar una organización de chicos para combatir a los socialistas y comunistas. Con ello, en lugar de hacer libertarios vais a fomentar el dogmatismo y a establecer un frente de lucha. Los chicos tenemos que aprender y no comenzar por crear grupos que nos conviertan en rivales unos de otros.*

La polémica se mantuvo viva algunos días, y aún cuando los "Pequeños libertarios" se organizaron en la comarca, la cosa no se extendió más allá. En cuanto a mí, el razonamiento de Adolfo me impresionó mucho, haciéndome reflexionar muy profundamente durante algunos días. Evidentemente, las estructuras condicionan y a menudo limitan. Adolfo tenía razón al decir que aquel organismo combativo, aunque se denominara libertario, deformaría más que formaría. Los conceptos muchas veces no bastan, ya que, en última instancia, lo que de verdad cuenta es el contenido.

LA ESCUELA DE MADRES

Aquella noche, "Mujeres Libres" habían anunciado una conferencia-coloquio con motivo de la llegada del frente del doctor Merino y otros dos o tres compañeros interesados en disertar sobre el tema "La Mujer y la Revolución". La sala estaba casi llena cuando llegamos con algunos jóvenes del Internado. aún cuando la mayoría de los asistentes eran compañeros, no faltó el elemento masculino, creándose un ambiente de gran camaradería en el que destacaba la armonía y el buen humor. La secretaria de "Mujeres Libres" abrió el acto y el compañero Merino tomó la palabra con bastante naturalidad y amable sencillez.

El tono de su voz era claro, la expresión fácil y el contenido de la conferencia muy clásico en nuestros medios. Se refirió esencialmente a la libertad femenina, al papel importantísimo de la mujer en la sociedad, a su derecho de participación en todas las manifestaciones, etc., poniendo sobre todo el acento en la necesidad de emancipar a las amas de casa de las supersticiones y del tradicionalismo que las ha venido reduciendo hasta aquí a un rol pasivo rutinario. La disertación resultó muy amena gracias a la fluidez de que hizo uso el orador; pero, a decir verdad, a nadie logró interesar de manera realmente profunda. Cuando terminó y después de que algunos asistentes hicieran comentarios y preguntas, unas muchachas me invitaron a que yo dijera algo, no sin antes expresar su sorpresa de que yo hubiera permanecido tan callado hasta el último momento.

La verdad es que ganas de intervenir no me faltaban; pero estuve indeciso. Temía disgustar al orador y a los otros muchachos que venían del frente con tan excelente disposición; pues para mí, quienes estaban exponiendo sus vidas en defensa del pueblo se hacían acreedores a nuestro respeto y merecían mucha consideración. Por fin, sintiéndome obligado a tomar la palabra ante el deseo expreso de dichas jóvenes y sin ánimo de zaherir a nadie, dije:

> *- En primer lugar quiero agradecer al compañero Merino la exposición tan diáfana como elocuente que acaba de hacernos; aunque desearía*

> *añadir algo que me parece muy importante y que puede ser motivo de satisfacción para todos. Los que vivimos en contacto diario con las gentes del pueblo hemos podido constatar que gran parte de cuanto ha venido propugnando el orador a lo largo de su discurso ya se ha hecho realidad entre nosotros de manera funcional y espontánea. Cierto que desde el frente no es fácil compulsar el hondo cambio que se ha producido en lo que respecta a la vida de la mujer; pero nosotros, los que vivimos aquí lo tocamos muy directamente todos los días.*

De los aspectos revolucionarios que con mayor claridad se destacan en el panorama social de Aragón, dos hay que se vienen perfilando con especial relieve: la despreocupación general por lo religioso y la liberación de la mujer. Del primero, que tiene mucho significado, no haremos ahora el comentario; pero por lo que hace referencia al cambio efectuado en las costumbres femeninas es realmente sorprendente. ¿Cómo interpretar dicho fenómeno? A mí se me ocurre la siguiente explicación: Si bien la mujer ha estado sometida durante siglos y siglos, es de suponer que nunca fue aceptado por ella tamaño sometimiento. Tuvo que adaptarse de algún modo a los imperativos de una sociedad patriarcal en la que el hombre, valiéndose de la fuerza, empleó todas las artimañas imaginables para institucionalizar el atropello y la injusticia. La religión, no sólo minimiza la importancia de la mujer haciéndola derivar de una costilla del primer hombre sino que la culpabiliza acusándola de haberlo inducido a comer el fruto prohibido. La jurisprudencia, decreta leyes que consideran a la mujer menor de edad y, como tal, obligada a vivir bajo la tutela del hombre. Luego si bien queda claro que la subordinación femenina arranca del hombre cazador investido de la fuerza que le dan las armas, han sido el peso de la religión, las leyes y las costumbres lo que ha venido a reforzarla luego.

Pero si las mujeres son las madres de los hombres, las que nos llevan tanto tiempo en su regazo, nos educan, nos brindan lenguaje, hábitos y conocimientos, ¿cómo se ha podido creer en su inferioridad? Por supuesto que ellas nunca lo creyeron. Tuvieron que adaptarse y fingir hipócritamente esa supuesta inferioridad porque se les negaba por la fuerza bruta el acceso a un estatuto igualitario, pero en el fondo estaban convencidas de la validez de su propio criterio y de que eran objeto de la

más flagrante injusticia. Justipreciándolo así, es fácil comprender cómo al romperse el tinglado autoritario que sostenía las cadenas invisibles trenzadas de tabús y supersticiones, las mujeres se hayan liberado de súbito rompiendo con el cúmulo de opresiones que desde tiempos inmemoriales venían padeciendo. En el seno de las colectividades, las mujeres trabajan, participan en las asambleas, se reúnen con jóvenes y adultos y se sienten sus iguales. Las muchachas ya no tienen que pedir permiso a sus padres para salir después de cenar y éstos ponen confianza en sus hijos, saliendo juntos incluso en muchas ocasiones; pues el estrecho círculo que limitaba otrora la vida del hogar ha saltado con alegre estrépito al influjo de la colectividad que constituye una familia mucho más amplia donde la solidaridad se viene ejercitando incesantemente. Porque al ser propiedad de todos la tierra, los animales, las máquinas y cuanto se produce, el egoísmo de la familia aislada ya no tiene razón de ser ni puede producirse el cálculo discriminatorio y de casta que antes había llegado incluso a establecer como condición indispensable para autorizar el matrimonio de una pareja que fueran equivalentes el patrimonio del mozo y de la moza. La colectividad, al fusionar a las gentes por el vehículo de intereses comunes, ha roto con cuantos obstáculos se oponían al apoyo mutuo y a la fraternidad humana.

Muy significativo también y altamente esperanzador es el hecho de que las familias individualistas, aunque algo más tímida y lentamente, vayan adquiriendo confianza y asimilando las nuevas costumbres. Sus mujeres han ido perdiendo el miedo y asumen su libertad con gesto decidido al igual que nuestras compañeras. No podía ser de otro modo salvo en aquellas familias donde, por haberles sido arrebatados unos privilegios que las distinguía del pueblo llano, ha quedado latente un resentimiento profundo. En estos casos que se están dando de modo inevitable, las mujeres, excesivamente condicionadas por un sentimiento de superioridad que les fue inculcado de forma machacona, están lejos todavía de poder aceptar nuestro estatuto igualitario y su único recurso por ahora es permanecer encerradas obsesivamente en el recuerdo de un pasado que,!ay!, ojalá no vuelva.

Resumiendo pues: si el temor sacralizado se ha desvanecido casi por completo, pues la religión apenas cuenta entre nosotros y si no hay leyes

restrictivas ni amos que impongan sus arbitrariedades, es lógico que la mayoría de las gentes se hayan sabido unir para estructurar la sociedad de manera más justa. Por otro lado, si tenemos en cuenta que la mayor injusticia y de consecuencias más dramáticas para la especie ha sido la discriminación de la mujer, ya que relegar a segundo plano a la madre, fuente del afecto y artífice de la educación, es más que injusto criminal; era de esperar que al ofrecerse la ocasión propicia, las mujeres conquistaran con gesto activo su libertad y que lo hicieran así, tan naturalmente, sin tiempo apenas para reflexionar y sin darse cuenta de la importancia que este hecho en sí lleva. Sin embargo, es lo que a mi me ha sorprendido mayormente: la rapidez con que nuestras compañeras han logrado emanciparse y el goce exteriorizado que se descubre en cada uno de sus gestos, En cualquier pueblo al que vayamos con propósitos de realizar charlas, dialogar con la gente o representar teatro, observamos que las mujeres se expresan con espontáneo gracejo y sin el temor convencional de otros tiempos. Este hecho para mí al menos es de un valor social tan profundo que aunque no fuera más que por vivir su experiencia valía la pena haber hecho la revolución.

Muy interesante me parece asimismo la mutación lograda en el seno de la familia; ya que esta institución, generalmente combatida en virtud del freno que constituye siempre contra la liberación de la juventud, al perder el autoritarismo impositivo de otrora ha pasado de súbito a ser el centro del afecto y seguridad que todos anhelamos; lo que nos prueba de manera indiscutible que la autoridad es un factor represivo y de perturbación en todas las áreas donde se mueve el hombre. En los momentos que estamos viviendo, la familia, al igual que la colectividad, habiendo desechado la autoridad y el privilegio y establecido en su seno una relación de autogestión igualitaria, ha liberado totalmente a sus miembros y apartado de un golpe cuantos estorbos se oponían a una vida espontánea y fraterna.

Estas constataciones y en especial la que concierne a la liberación de la mujer son las que me han movido esta noche a tomar la palabra y a proclamar bien alto que todo ha sido posible gracias al colectivismo que abolió de una vez la autoridad, la propiedad y la burocracia.

Y si mi expresión os parece triunfalista o exagerada, aquí hay varias compañeras de la colectividad, otras de "Mujeres Libres" e incluso algunas que no pertenecen a dichas entidades. Que ellas tomen la palabra para rubricar cuanto acabo de exponer o desmentirme si mis afirmaciones no se ajustan a la verdad sociológica de los hechos.

Hubo una ligera pausa, como de perplejidad y reflexión, que fue interrumpida seguidamente por ciertas exclamaciones aprobatorias, hasta que Marión dijo con acento resuelto: Me parece cierto todo lo que has dicho y especialmente eso de que todo ha ocurrido sin que las mujeres apenas lo hayamos pensado. Yo, por ejemplo, antes ni siquiera me atreva a pedir a mis padres permiso para salir de noche, mientras que ahora, salgo y entro como si tal cosa y a nadie le extraña mi actitud. Se da el caso además, que si bien yo pertenezco a "Mujeres Libres" y soy por añadidura miembro de la colectividad, mis padres no pertenecen a ella. Y este sentimiento de libertad creo que lo experimentamos todas. Mientras esto decía recorría la sala con su mirada buscando el asentimiento de las jóvenes allí presentes. Casi todas coincidieron en manifestaciones de aprobación, y en el ambiente, que poco antes se ofrecía jovial y un tanto ligero, algo como impregnado de meditación laboriosa se palpaba al terminar el acto; lo que quiere decir que cuanto se había dicho estaba siendo motivo de reflexión y ayudaría a valorar la trascendencia social de la gran transformación que se estaba realizando. Los compañeros del frente se despidieron de nosotros muy emocionados y cada uno de los asistentes se fue retirando en medio de la satisfacción general por los resultados estimulantes de aquella velada.

• • •

Otro acontecimiento que alteró durante algunos días nuestro existir fue el siguiente: El compañero Ponzán se presentó en la Escuela con ocho jóvenes del frente para que vivieran y estudiaran con nosotros. Eran muchachos huidos de Huesca hacía ya bastantes meses y que habían sufrido los avatares del vivir en la línea de fuego. Si no todos, los más eran demasiado jóvenes aún para permanecer en las trincheras y de ahí que Ponzán, con la mejor intención del mundo, pensara en traerlos a nuestro internado. Y así lo hizo; aunque muy pronto constatamos que su

adaptación a nuestro clima no iba a ser fácil dado que la guerra corrompe pronto y atrofia la sensibilidad de los hombres. A decir verdad, el trato diario con la muerte había marchitado la alegría juvenil de aquellos muchachos, dándoles en cambio la chabacanería de quienes se hacen adultos de manera precipitada.

A ninguno de los muchachos de la Escuela se le había ocurrido nunca fumar ni echar mano del vino en la comida, pese a que casi todos lo bebían de ordinario en sus casas; pero los recién llegados del frente no podían pasar sin lo uno ni lo otro. Además, no les atraía el estudio y algunos, por añadidura, se reían del entusiasmo que ponían los nuestros en laborar la tierra.

Sostuvimos discusiones en la asamblea y fuera de ella, se burlaron de la Escuela en el Sindicato y en sus conversaciones con los milicianos que estaban de descanso en Monzón, y ello pese a que en las reuniones, donde eran rebatidos sus argumentos, acabaran casi siempre dándonos la razón. Total: que de los ocho recién venidos, cinco regresaron a las trincheras y los tres restantes se adaptaron con gran aprovechamiento al ritmo dinámico y entusiasta de la Escuela.

• • •

Pero la guerra proseguía su andadura devastadora y las colectividades se quedaban cada día más desprovistas de administradores y animadores. Por ambas exigencias, al comenzar el verano, los chicos mayores tuvieron que abandonar la Escuela: Dueso, Peñalver, Pérez, Santamaría y Ruzafi tuvieron que incorporarse al frente donde el inteligente y nervioso Pérez moriría en el primer combate; Faure fue a hacerse cargo de la colectividad de Albalate; Agustín, de la de Albelda; Pueyo, de la de Binéfar; Lázaro, de la de Monzón y Palacín, de la de Tamarite. Poco después irían a otras colectividades Cajigós, Treno y Badía, mientras Blanco era nombrado para el Comité Regional de Juventudes Libertarias y Garreta para la Comarcal de Monzón.

Como vamos viendo, pues, los imperativos de la guerra y de la revolución reclamaban la contribución de aquellos excelentes muchachos antes

de que hubieran podido consolidar su formación ética y profesional, teniendo que incorporarse unos al frente y otros a actividades de mucha responsabilidad. Nuevos jóvenes venían a llenar el vacío que ellos dejaban en la Escuela; aunque los últimos en llegar poco se beneficiaran ya de aquel laborar en libertad por una personalidad íntegra al servicio de una sociedad más solidaria y justa.

UN TRASCENDENTAL INCIDENTE

El 19 de julio de aquel 1937 no salimos a ningún pueblo, contrariamente a como solíamos hacer los días festivos. Ello fue motivado porque hacia el mediodía se esperaba a los compañeros Ricardo Sanz, jefe de la Columna Durruti; y Montoliu, miembro del Consejo de Aragón, que venían a Monzón para dar un mitin; lo que dio lugar a que después de comer yo me quedara en casa, algunos chicos se fueran a sus pueblos y el resto pasearan por la población o aprovecharan para visitar las Juventudes.

Hacia media tarde, estábamos leyendo bajo unos árboles del huerto, cuando llegaron Garreta y Seira muy agitados, diciendo:

- !Tendrás que venir rápido! !Ahí, en el cine, cerca del puente, están hablando unos comunistas en contra de las colectividades y nadie contesta!

- ¿Los comunistas aquí? -les pregunté-, y ¿hay mucha gente?

- Sí - respondió Garreta, que era de Monzón-. Lo han organizado unos jóvenes que dicen ser socialistas: el chico de Banzo, los de Gómez y otros. Allí hemos visto a Aure, Moreno, Salas, al padre de Lázaro, con otros compañeros y algunos muchachos de las Juventudes. Todos maldicen por lo bajo, pero ninguno se atreve a presentar la cara a esos farsantes. Por eso hemos venido, para que tú les cantes las cuarenta y no sigan mintiendo.

No sentía ningún deseo de ir a pelearme, ni maldita la gana que tenía de salir de casa; pero tanto insistieron los dos zagales y con tal vehemencia, que me fui con ellos hacia el cine.

Efectivamente, cuando entramos estaba vociferando José Duque, jefe del Partido Comunista de Aragón, y al oírle se me sublevó la sangre. Aquel individuo había sido expulsado de la C.N.T. de Zaragoza a causa de su vivir poco honesto, y ahora despotricaba rabiosamente contra las realizaciones de la C.N.T. en la región, mintiendo descaradamente o exagerando la nota sobre algunos defectos. Estaba diciendo, por ejemplo:

> *"- Cuando la guerra exige nuestro esfuerzo, los anarquistas se dedican a organizar colectividades. Y lo peor no es que las organicen, sino que obliguen a los campesinos a entrar en ellas amenazándolos con las armas. ¿No es eso la dictadura de la C.N.T.? Por ese camino sólo podemos ir a la ruina. ¿Qué saben de colectividades los campesinos? Primero hay que pasar por la democracia burguesa y luego ya colectivizaremos e impondremos el comunismo nosotros, los hombres del Partido, que sabemos lo que llevamos entre manos. Pero ahora hemos de permanecer todos unidos para ganar la guerra, y al que se desmande de las órdenes de la República hay que pegarle duro y acabar con tanto incontrolado, sean anarquistas o del P.O.U.M. ¡Estas son las consignas del partido comunista, el partido del pueblo, y a las que todos tenemos que ser fieles.!"*

No pudiendo aguantar ya más y viendo que el acto iba a terminar, sin moverme de donde estaba y levantando la voz repliqué:

> *-En cuanto acabas de decir, Duque, además de una sarta de mentiras, hay una contradicción flagrante. ¿Crees de verdad que podemos ir a la unidad de todos combatiendo e insultando a los hombres que luchan por la liberación del pueblo? ¿Quién barrió el paso a los fascistas en Aragón? ¿Quiénes hicieron la revolución en los pueblos y organizaron la vida bajo formas populares y democráticas? Tú, mejor que otros sabes que fue la C.N.T. y que gracias al valor de sus hombres tú vives*

y estás ahora aquí. ¿Y para qué? Para combatir y condenar a quienes posibilitaron ese cambio social con su decisión y su valentía. ¿Eso te parece correcto?

Respecto a las colectividades hay dos afirmaciones tuyas, que han de ser examinadas aparte. Dices, de manera muy irresponsable, que han sido organizadas a la fuerza y bajo la amenaza de la dictadura anarquista. ¿Dónde has visto tú eso? Aquí por ejemplo, hay una colectividad en la que viven y trabajan la mayoría de los campesinos de Monzón; pero en cambio, hay otros campesinos que siguen laborando sus tierras como quieren. Veamos si no, ¿qué es lo cierto, la verdad que podemos constatar aquí mismo o la mentira que tú proclamas?

Duque comenzó a balbucear, mientras la voz sosegada y fuerte del compañero Aure -colectivista- se impuso diciendo:

-Aquí, en Monzón, organizamos la colectividad en una asamblea de todo el pueblo y ningún hijo de su madre podrá probar que alguien utilizara las armas ni otra imposición. Si yo, como otros, llevé las mulas y la tierra a la colectividad, fue porque quise, porque ya estábamos hartos de caciquismos y queríamos vivir en libertad y sin nadie que nos dirigiera. Esa es la verdad y lo demás son triquiñuelas de políticos y caciques.

Se alborotó bastante la sala y se oyeron amenazas; pero aún pude dejar oír mi voz diciendo:

-Y esa teoría de que los campesinos son incapaces, lo mismo que el despropósito de que hay que dejarse explotar por los burgueses hasta que llegue el día en que los trabajadores sepan regir sus propios asuntos, se podía mantener antes, cuando obedeciendo a dogmas marxistas veíais la historia con antojeras y os tragabais las trolas de la mística de la doctrina; pero hoy, viendo a estos colectivistas cómo autogestionan el trabajo y la vida de los pueblos sin imposición ni graves conflictos, ¿cómo puedes negar la evidencia que discurre ante tus ojos? Pero claro, estáis condicionados a vuestros padres de la iglesia, y como Engels escribía que "El proletariado toma en sus manos el poder del

Estado y convierte primero los medios de producción en propiedad del Estado", vosotros querríais, al igual que en Rusia, ser los detentadores de ese Estado para manipular y oprimir a los pueblos. Sin embargo, tendríais que tener en cuenta al mismo Marx cuando en una de sus tantas contradicciones dice: "Todas las revoluciones políticas no han hecho más que perfeccionar la máquina del Estado". Luego entonces... ¿el Estado comunista no será una tiranía todavía más despótica? El interrogante sobra ya en nuestro tiempo viendo la dictadura soviética que es lo más represivo de cuantos regímenes existen.

Y otro aspecto es preciso que quede claro: Gracias a las colectividades, la producción ha aumentado en Aragón y se pueden cultivar más tierras; porque al poner las máquinas al servicio de todos y cooperar con entusiasmo adultos, ancianos y jóvenes, el rendimiento se multiplica y el trabajo es más racional y sugestivo.

Todos esos hechos están ahí, a la vista de quien quiera observarlos; pero que seas tú precisamente quien exponga esas mentiras, tú que has militado con nosotros el que te prestes a esa campaña de difamación por mantener la jefatura, es ya demasiado. No pude continuar porque una voz potente gritó: Así, ¿eres un tránsfuga, un vendido? Surgió un griterío ensordecedor, los del escenario desaparecieron por el foro y los asistentes fueron saliendo maldiciendo y comentando a voces; mientras nosotros, que éramos ya la mitad de la Escuela, nos fuimos poco a poco hacia casa. No es preciso insistir en que esos atropellos obedecían a una estrategia manipulada por Stalin desde el Kremlin.

Garreta me preguntó, mientras recorríamos el camino de vuelta para casa: ¿No te parece que este atrevimiento de los comunistas es demasiado?

- Sí, le respondí, pero si unimos a esto los ataques que nos hacen en la prensa, todo parece vaticinar que están planeando algún hecho más grave en el que deben andar confabulados comunistas y otros presuntos sociorepublicanos.

En la Escuela, como en el pueblo, se prodigaron los comentarios; pero los comunistas no volvieron a celebrar actos públicos en Monzón.

LA RELIGIÓN EN LA LIBERTAD

Aquel domingo habíamos estado a primera hora de la tarde en Purroy, y al atardecer, teníamos anunciada la función en Campurrells, en la iglesia, donde, como de costumbre, los chicos representaban una obra y en los entreactos a veces al terminar la representación dialogábamos con los espectadores. En Campurrells no habíamos estado antes y por lo mismo esa costumbre de pedir a los colectivistas que iniciaran el diálogo para poder charlar de cuanto personal o colectivamente les interesaba, les dejó sorprendidos y se produjeron algunas pausas un tanto enojosas. En Campurrells por otra parte, no había una fuerte tradición cenetista y de ahí que se notara cierto embarazo. No obstante, la conversación fue animándose y pronto notamos que entre los asistentes había personas curiosas que nos interrogaban sobre temas poco habituales, ajenos por tanto al desenvolvimiento colectivista que era el que nos ocupaba de ordinario. Surgieron preguntas sobre sociología e historia y el diálogo tomó cierta altura y calor.

De pronto, una maestra joven, que había planteado antes algunos problemas sobre educación, dijo con cierta vacilación en la voz:

-Dado que venimos conversando sobre muchas cosas con un tono de respeto y de libertad que a mí me encanta, quisiera formular la pregunta siguiente: ¿Qué opináis los libertarios, -y dirigiéndose a mí- qué piensas tú acerca de la religión en la esfera social?

- Importante y oportuna cuestión le respondí, que apenas nadie se atreve a suscitar ahora. ¿Por qué, por miedo, por indiferencia? Yo supongo que por ambas cosas; aunque mejor será que nos extendamos sobre un tema tan profundo y que tan absorbentemente ha dominado a los pueblos durante siglos.

El fenómeno religioso tiene a juicio mío cuatro dimensiones básicas: el deseo de explicación sobre orígenes y fenómenos, la búsqueda de protección, la evasión de una realidad ingrata y la religación entusiasta hacia algo que nos cautiva emocionalmente. Cierto que el análisis de estos aspectos, aunque sea lacónicamente, nos ocupará bastante tiempo y

querría antes rogaros a todos si estáis dispuestos a escuchar, para, en caso contrario, advertir a quienes no les interesa el tema que pueden irse. La explicación, además de larga puede ser árida o enojosa para algunos y yo no querría hacerme pesado.

Algunas voces dijeron que siguiera y nadie se movió de su asiento a pesar de que era ya tarde.

A propósito de la primera dimensión -proseguí- los hombres primitivos que no conocían aún el planeta ni la fenoménica meteorológica tenían que sentirse muy impresionados ante la tormenta, el rayo, las inundaciones, el invierno, la noche, las catástrofes telúricas -como terremotos y volcanes-, etc., y sobre todo frente a la muerte cuando fueron capaces de anticipar los hechos y tomaron conciencia de que tenían que morir. Todo esto que a los animales superiores aterra y sobre lo que no pueden interrogarse tuvo que preocupar con mucha hondura a los hombres del paleolítico. Y como no tenían respuestas verídicas, digamos científicas, imaginaron seres sobrenaturales con poder suficiente para producir esos hechos grandiosos. Así debió surgir el sentimiento religioso con su cohorte de admiración y de pánico en los hombres que vivían hace muchos miles de años.

Con el culto a los muertos y el sentimiento de una vida supraterrenal, enterraron a sus deudos con víveres y enseres; ya que naturalmente, si existan divinidades poderosas que podían castigar y premiar, se hacía indispensable buscar su protección. ¿Cómo? Atrayéndolos con dádivas y reverencias que calmaran sus posibles disgustos. Aquí tenemos la dimensión proteccionista que, a imagen del reaccionar de los hombres, atribuimos a los dioses tal como ocurre en todas las manifestaciones religiosas; lo que nos prueba de manera diáfana que cuanto se refiere a las divinidades es obra del pensamiento humano. ¿Quién no ha pedido algo a un Dios o a un Santo cuando creía en ellos? ¿Y para qué bendecía el cura del pueblo los campos a primeros de mayo sino para pedir a Dios que lloviera y evitara de heladas y pedrisco a las cosechas? Es decir, que ante nuestra impotencia para impedir o favorecer ciertos actos, nos dirigimos a lo sobrenatural para que nos saque las castañas del fuego. Es un deseo que en la realidad se cumple pocas veces; aunque lo último que

los hombres pierden es la esperanza, y más aún cuando esos hábitos se nos han impuesto desde niños con acento de emotividad sacralizada y mágica.

En cuanto a la religiosidad como vehículo de evasión, si bien ha debido ser más frecuente en otros tiempos históricos, sigue siendo bastante corriente en nuestros días; pues así como la mayoría de nosotros hemos sabido rebelarnos ante la opresión de una familia autoritaria, de una escuela represiva y de una sociedad violenta e injusta, otros no han tenido fuerza suficiente o argumentos válidos para superar ese estadio y oponerse a toda autoridad abusiva, viniera de donde viniera, ni a la explotación de los patronos, y, no hallando otra defensa, se han refugiado resignadamente en la religión -mahometana, cristiana, budista u otra- según el rea de influencia en la que estas personas se hallasen ubicadas. Sí todavía hoy, la evasión de un medio hostil empuja a muchas gentes a la credulidad en un más allá que les compense de las injusticias sufridas aquí y ahora.

La otra dimensión, la más elevada y humana según mi criterio, es la curiosidad metafísica. El hombre quiere explorar el origen de mundos y fenómenos y profundizar en los arcanos de muchas cosas: en los mecanismos de la vida, del pensamiento, del macrocosmos, etc., y en lugar de investigar científicamente esa fenoménica tan sugestiva, acostumbra demasiadas veces a especular con posibles fuerzas misteriosas o divinidades inasequibles; lo que está en perfectísimo derecho de hacer puesto que a nadie perjudica con ello sino es a sí mismo. El grave daño está cuando a partir de esas especulaciones se estructuran doctrinas y quieren imponerse a los demás por la fuerza. Aquí entramos en las religiones de Estado y en el meollo del tema suscitado por nuestra compañera maestra.

¿Por qué en este momento, aquí en Aragón, nadie habla de asuntos religiosos? ¿Es por miedo? Tal vez sea así para ciertas personas, un tanto marginadas, que viven la revolución con mucho recelo y que, indudablemente, se complacen en rezar a escondidas con un sentimiento ambivalente de conmiseración y de odio. Pero la inmensa mayoría de nuestro pueblo, en especial los colectivistas, que trabajan y viven sin las angustias de antes, se han despreocupado totalmente de lo religioso.

Para interpretar este fenómeno es preciso tener en cuenta que en España, donde el Cristianismo fue impuesto por la fuerza- la burocracia eclesiástica trató siempre a las gentes de manera despótica; lo que ha sido motivo de que se fuera incubando entre las capas sociales más oprimidas un sentimiento general de rechazo hacia la Iglesia. Ello quiere decir que si el pueblo se sometía a la práctica de los múltiples ritos y ceremonias era por miedo: se bautizaba a los niños, se casaba a los novios, se enterraba a los muertos, y todos los actos importantes de la vida se hacían a través de la Iglesia; pero como una rutina que nos había sido impuesta; no investida, por tanto, de sentimiento religioso.

Hemos de considerar asimismo que si la religión surgió como un producto de la debilidad y del miedo del hombre, sólo combatiendo la ignorancia y apoyándonos en la cooperación sincera con los otros al objeto de configurar una personalidad sólida, segura de sí misma, podemos disipar el miedo. De ahí que, en lo que respecta a Aragón, si bien nuestros conocimientos no son todo lo amplios que debieran ser, el apoyo mutuo que entre nosotros se practica hace que las angustias hijas de las competiciones antagónicas no tengan lugar y que los miedos se desvanezcan. Nuestro lema principal es la solidaridad, por haber comprendido que no hay otro camino para llegar a ser felices, y la familia, en virtud de que todo es de todos y nadie es más que el otro, también se está despojando del egoísmo secular y abriéndose al exterior con los brazos extendidos.

En estas condiciones, es obvio señalar que cada uno es muy libre de imaginar Dioses y Paraísos o de elaborar doctrinas -y ¿por qué no si todo individuo ha de tener opción a pensar como mejor entienda?, pero querer imponer su dogma a los demás ya es harina de otro costal, y al que eso hiciera habrá que salirle al paso sin contemplaciones; porque está muy claro: Todo cuanto se apoye en la autoridad y la opresión es fermento de guerra y va contra la salud del pueblo. Este es, para acabar, mi pensamiento, coincidente como podéis ver con la perspectiva libertaria. Ahora, si queréis y os parece oportuno -compañera que has preguntado y amigos todos, podemos seguir debatiendo para dar a quienes lo deseen la oportunidad de manifestarse sobre el tema.

La compañera aludida, tomó la palabra para decir que, sintiéndose en cierto modo satisfecha pero a la vez un poco confusa, necesitaba reflexionar detenidamente sobre cuanto se había dicho y que nada más se le ocurra por el momento.

Seguidamente, en medio de un gran silencio, otro joven intervino con verbo un tanto precipitado y vehemente: "Nada tengo que oponer -comenzó diciendo- a todo lo que aquí se ha expuesto; pero yo te pediría que nos explicaras con mayor detalle el mal que hace la religión induciendo a los hombres a resignarse y sembrando su mente de fantasmas terroríficos; ya que ello los hace miedosos, sumisos como borregos e incapaces de rebelarse contra toda opresión e injusticia.

- Tu expresión -atajé yo rápidamente- demuestra que has reflexionado sobre el alcance sociopolítico de la religión; pero como nuestro propósito de esta noche no era atacarla, sino estudiar sus orígenes como fenómeno psicosociológico de carácter universal, si te parece podríamos dar por satisfecha tu demanda. Ya que, a decir verdad, tú mismo en pocas palabras has sabido condensar de manera muy gráfica lo esencial de cuanto yo podría deciros a ese respecto; porque, en efecto: si la religiosidad disminuye la curiosidad exploradora de los ciudadanos y los sumerge en el miedo, será siempre, como tú bien dices, un enorme obstáculo para conquistar la libertad y poder avanzar por cauces de solidaridad y de justicia. La experiencia nos demuestra, por otra parte tenemos un ejemplo vivo en esta región, que cuando las cadenas se rompen la religiosidad se evapora. Pero ello no basta y hemos de seguir luchando para lograr la máxima libertad por medio de una información más amplia que acabe de raíz con todos los fantasmas y dogmas.

- De acuerdo, se apresuró a replicar el mismo joven, pero este vivir autogestionado no es moneda corriente en nuestro mundo, y mientras sigan sometidas las gentes a la política reinante, las religiones continuarán frenando su iniciativa y poniendo barreras en su camino.

Un murmullo de asentimiento fue el broche que cerró esta asamblea a la que dimos fin un poco más tarde de lo acostumbrado y de la que todo el mundo parecía estar satisfecho.

Cenamos luego en el Balneario, y allí estaba también el joven cuya intervención en la asamblea tanto me había impresionado; pero fue mayor aún el impacto cuando me enteré que era comisario de un batallón que estaba allí de paso.

NUESTRA CONTINUIDAD Y NUEVAS VISITAS

Nuestro trabajo rendía estimulantes frutos en direcciones varias: educativas, productivas y, en especial, de cooperación afectuosa. Los muchachos que habían ido a trabajar a las colectividades, pese a su preparación insuficiente asumían su responsabilidad correctamente y a satisfacción de los colectivistas; el cultivo del huerto y el recreo de los pocos animales que poseíamos, cumplían eficazmente nuestras previsiones, y en la Escuela todo iba desarrollándose en medio de una actividad agradable.

Ahora bien, dado que la edad de los chicos era cada día inferior, ya que todos los que iban ingresando oscilaban entre los trece y quince años, las clases se hacían de manera más libre como corresponde al período adolescente, en el que los muchachos, si bien es verdad que han de adquirir una base sociocultural relativamente consolidada, ello sólo puede conseguirse óptimamente al ritmo que su maduración natural va jalonando. Incluso el horario era menos rígido y la comunicación con el exterior más asidua; ya que además de continuar nuestras excursiones domingueras con el teatro, las conferencias y algunas exposiciones de arte y de música, las gentes de los pueblos venían a visitarnos con frecuencia, y los jóvenes de Monzón, las chicas sobre todo, acudían a nuestras veladas y formaban parte inclusive del grupo artístico.

Uno de aquellos días, Helios, miembro del Comité Comarcal de Binéfar, vino a pedirnos que le hiciéramos un manifiesto y a ver si podíamos prestarles un par de chicos para llevar la contabilidad puesto que uno de los contables había sido movilizado. Mientras que hablábamos de las posibilidades restringidas teniendo en cuenta que la mayoría de los chicos

eran aún muy jóvenes, salimos al huerto donde estaban arrancando las patatas, y al comprobar que las iban pesando a medida que las sacaban de la tierra, pregunté:

-¿Las pesáis para saber cuántas habéis cogido? !Vaya trabajito!

-Para saber los kilos que hemos recolectado y para saber algo más -respondió Paricio, quien, con Miralvés y Montolíu componía la comisión de agricultura-.

Helios, aunque era un joven estudioso y había tenido un hermano en la Escuela, apenas nos había visitado y sabía poco de nuestros quehaceres cotidianos. De modo que volvió a preguntar:

-Pero... ¿qué es ese algo más? Me gustara saberlo.

-¿Tienes ahí el capítulo de las patatas? -preguntó Paricio dirigiéndose a Montolíu.

-Sí, claro, respondió éste; aunque deberíamos terminar de pesarlas para darle el resultado total. !Nos falta ya tan pocas...!

-Como sólo faltan tres o cuatro pesadas -intervino Miralvés- le voy a dar a éste satisfacción -refiriéndose a Helios- y entre tanto vosotros acabaréis de pesar y sumaréis toda la cosecha. Y dirigiéndose a Helios:

-Mira: terreno, dos mil metros cuadrados. Labor preparatoria, un jornal de un par de mulas con labrado a fondo, atablado y vuelta a remover, 25 pesetas. Tres toneladas de estiércol de vaca, conejo y gallinaza, 20 pesetas. Doce quilos de amoniaco en la mitad del terreno y 12 de ciamina en el resto, 25 kilos de super para todo y 8 kilos de potasa en la mitad y 12 en la parcela. Valor del abono, 30 pesetas. Para revolver el terreno y sembrar las patatas, 60 horas de labor a mano, a peseta la hora, 60 pesetas. La semilla, 200 kilos a 50 céntimos, 100

pesetas. Entre binado y riego, 15 horas y 10 de arrancarlas, 25 horas, a igual precio: 25 pesetas.

Total de gastos, sin contar el valor de la tierra, 265 pesetas. Y volviéndose a sus compañeros preguntó: ¿Cuál es el peso final?

-3.450 kilos.

-Buena cosecha -exclamó Helios, y calculando rápidamente continuó: -A cuarenta céntimos que están ahora, 1.416 ptas. ¿Es eso?

Los chicos contestaron afirmativamente y Helios les felicitó por su minuciosidad estadística.

• • •

Por aquellos días, con motivo de una plenaria Comarcal, vinieron a vernos los compañeros Ric -de Binéfar-, Monter -de Binaced- y otros; pero yo aproveché la presencia de estos dos para recordarles la afirmación que me habían hecho hacía sólo unos dos meses. Los chicos les habían obsequiado con unos melones de nuestro huerto, y los delegados se relaman mientras hacían las mayores alabanzas al sabroso fruto, cuando yo les dije:

-¿Os acordáis, Monter y Ric, de lo que me dijisteis hace apenas dos meses? Cuando yo os explicaba que los chicos hallarían gusto en trabajar el huerto, me contestasteis: ¿Tú crees que los zagales van a trabajar? ¿Estudiantes y coger la azada? !Bueno...!

-Pues, ya lo veis; estudian, trabajan y estoy seguro de que aprenden así mucho más y con mejor provecho, precisamente por eso: porque trabajan. No es que vuestra afirmación de entonces me sorprendiera. Estamos condicionados a valorar el trabajo intelectual por encima del manual, y no nos damos cuenta del grave daño que lleva implícito esta discriminación: los capitalistas miman a los supuestos intelectuales y al

objeto de formar una categoría superior los inducen a que desprecien el trabajo que se hace con las manos. Y nosotros que pretendemos cambiar las cosas pensamos a menudo como ellos, sin reflexionar que el hombre es un ser complejo que solamente puede alcanzar su equilibrio si desarrolla todas sus posibilidades: las del músculo y las de la mente. Luego a eso hemos de ir, amigos: a que todos sepamos trabajar, crear y adquirir conocimientos para mantener viva la

curiosidad, sin la cual el hombre queda amputado de una de sus dimensiones más humanas.

• • •

Dos o tres días más tarde vino a visitarnos el compañero Agustín Souchy que iba en gira de documentación y propaganda. Se extrañó de que no le hubieran hablado de nuestra institución, respondiéndole yo que en la Ciudad Condal tenían cosas más urgentes de las que ocuparse y que aquel era otro mundo. Además, seguí diciéndole, no tenemos mucho interés en que nos conozcan, ya que nuestro propósito fundamental es trabajar intensamente y hemos de evitar la afluencia de demasiadas visitas. De ahí que nos hayamos negado a veces a recibir a los periodistas de nuestros voceros y de que, con el mismo fin, advirtiéramos a Gastón Leval que no expandiera mucho la noticia de nuestra existencia.

También Souchy estuvo en el huerto y comió melones con los chicos. Curioseó, un poco por encima, nuestros trabajos, ojeó un poco en la biblioteca, hizo algunas preguntas, sorprendido al contemplar actividades tan diversas, y despidiéndose de nosotros dado que aquella misma tarde lo esperaban en Lérida, prometió que volvería a vernos; pero ya nunca más la ocasión tendríamos de escuchar su amable gracejo ni su franca sonrisa.

VALOR SOCIAL DEL ARTE

Hacia primeros de agosto de 1937 llegó a la Escuela un hombre, tímido y de modesta apariencia, con unas frases de presentación del doctor Rofes rogándonos que lo recibiéramos muy atentamente ya que al parecer tenía cosas interesantes que comunicarnos. Leídas las breves líneas y acogido el visitante como era habitual en nosotros, le instamos a que recorriera la Escuela y sus instalaciones si era ese su deseo y a que hiciera cuantas objeciones o sugerencias le parecieran oportunas.

Nuestro tímido visitante, después de expresar con ademán delicado su agradecimiento por nuestra cordial acogida dijo que, en efecto, deseaba vivamente departir con nosotros sobre un tema que le traía un tanto preocupado. Desayunó, pues, no sin cierto embarazo ante la insistente mirada de los chicos, que observaban perplejos al silencioso y curioso visitante. Terminado el desayuno iniciamos la tarea como cada día, y Pepe -que así dijo llamarse nuestro nuevo amigo- seguía observando, tomando notas de vez en cuando, ojeando algún libro de la biblioteca y yendo de aquí para allí sin hacer ruido alguno ni interrumpir a nadie.

Cuando salimos al huerto, el trabajo que hacían los chicos pareció interesarle a juzgar por las preguntas que hacía a unos y a otros sobre los métodos de cultivo, rendimientos, etc. Habló luego conmigo a propósito de la feliz combinación del trabajo intelectual con el manual y del equilibrio que ello proporciona.

Impresionado Pepe por cuanto había visto y oído en tan pocas horas, hacia el mediodía me llamó muy discretamente para decirme: “Bien a pesar mío no podré permanecer aquí mucho tiempo; por lo que mi necesidad de hablar contigo es inaplazable. Quiero decir que, si bien desde que Rofes me habló de esta Escuela mi deseo de comunicar con vosotros fue inmediato, ahora, tras haber constatado que nuestro común amigo no exageraba y que existen entre nosotros, sin duda, muchos puntos comunes, dicha necesidad se hace sentir con mayor apremio, sobre todo cuando pienso que muy pronto me veré obligado a dejaros. Dime, por favor, cuándo podrás concederme un rato para departir juntos sosegada y ampliamente.”

Ante el sesgo un tanto misterioso que parecía dar a su preámbulo no pude menos que sonreír, diciéndole: "Podremos conversar cuando quieras; aunque sería preferible que lo hiciéramos en presencia de los muchachos. Aquí todo lo hacemos en común, y cualquier cosa que desees participarnos será de gran interés para todos."

- Comprendo y admiro el clima de confianza que aquí impera -me replicó-. Sin embargo, aún así, encontraría enorme dificultad para exponer mis reflexiones delante de todos. No tengo costumbre y no podría, estoy seguro.

- ¿Que no podrías expresarte delante de estos chicos siendo como son tan cordiales y sencillos? !No lo comprendo! -exclamé yo, sorprendido-. Ya he tenido ocasión de comprobar este fenómeno -asintió ruborizándose-. Una vez, unos amigos, muy condescendientes, me obligaron a pronunciar una conferencia sobre un tema artístico. Pues bien, a pesar de haberme preparado y de armarme de coraje, a los cinco minutos ya no supe continuar. !Que no puedo! Me es imposible hablar en público. Pero ahora es muy distinto -le dije para animarle- debes hacerte la idea de que estás en tu casa.

-Agradezco tus palabras y tu noble empeño -insistió-, pero yo sé que no podría. Perdonadme.

- Me dejas perplejo -le contesté yo- y me gustaría saber qué vivencias de tu infancia han podido influir de ese modo en tu personalidad. Porque... ya no eres un chaval, ¿verdad, Pepe? ¿Qué edad tienes ahora?

-Treinta y dos años -respondió- y te aseguro que me da vergüenza ser así. Pero crecí en un medio misógeno y sin contacto con otros niños. Luego no debe extrañarte mi carácter introvertido y el que me sienta un poco así como marginado.

- Por tu explicación -le repliqué- veo que conoces las bases de la psicología y su conceptualismo. Por lo tanto, no insistiré a propósito

de tus reparos. Ahora bien, sí quiero decirte cuán grato sera para todos que vinieras a pasar algún tiempo con nosotros. Considero que ello podría ayudarte a superar algunas de tus inhibiciones.

- Yo también lo pienso -asintió, bajando la cabeza-. Tal vez fuera mi mejor terapia; aunque... hoy por hoy me es imposible. No obstante...

-Bien -terminé yo, cambiando el rumbo de la conversación-. Si te afirmas en tu deseo de hablar a solas conmigo tendremos que esperar a la noche, ya que durante el día tenemos ocupado todo el tiempo y no podría atenderte con la amplitud y la calma que el caso requiere.

• • •

Cuando al terminar la jornada, Pepe vino a sentarse a mi lado en un rincón de la biblioteca, fue él quien inició la conversación en los siguientes términos:

- No creas que en cuanto voy a decirte hay nada trascendental o misterioso; aunque, para mí, claro está, tenga su importancia. Empezar por confesarte que he vivido casi siempre entre cuadros y libros puesto que mis dos pasiones favoritas han sido la lectura y la pintura. He de decirte que mi padre murió cuando yo era aún muy joven y que crecí entre mujeres y abuelos; hacia los que jamás experimenté rechazo pero con quienes tampoco me sentí identificado, y quizá sea debido a esto el que hallara yo tanta satisfacción en la lectura y la pintura hasta convertirse en mi único refugio. He leído pues, mucho, he comparado las vertientes fundamentales del pensamiento sociológico y he llegado a la conclusión de que la única trayectoria para el equilibrio del hombre es la libertad. Llegué a tener conocimiento de que existían en España asociaciones libertarias gracias a su prensa que yo leía con verdadera fruición, aunque nunca estableciera contactos con ninguno de sus militantes. De modo que mi acción en el campo anarquista se redujo a construir en abstracto sociedades maravillosas en las que imperase la fraternidad y la justicia. Pero se produjo el 19 de julio y me vi

impulsado contra toda previsión a mezclarme con el pueblo, ese pueblo con el que siempre había deseado fundirme y del que apenas sabía nada.

En esta situación, al exponer mis simpatías por el anarquismo y el conocimiento teórico que de él tengo por haber leído a Bakunin, Kropotkin, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella y otros pensadores, me nombraron delegado de recuperación e inventariado de obras de arte; lo que me ha permitido recorrer algunas provincias y conocer a muchas gentes.

Pues bien, a lo que iba: En todas partes me ha sorprendido desagradable y tristemente la falta de interés que nuestros compañeros sienten por el arte. Al primer aborde tal vez supongas como ya han hecho otros que ante los imperativos de la guerra el arte es algo baladí. Pero yo no puedo conformarme con ese criterio; pues estoy convencido de que cuando un individuo no siente el valor humano que reside en el arte carece de una de las aptitudes más intrínsecas del hombre y no puede ser un libertario auténtico. Lo explicaré de otro modo:

Casi todas las doctrinas políticas -y el Marxismo más intensamente- ponen el acento en la producción y en la economía como si fuéramos máquinas de elaborar productos y no seres vivos que han de gozar de la amistad y de la belleza. Para comprender mejor esa dimensión del hombre sigamos un poco el proceso de su hominización, y ¿qué es lo primero que hizo el hombre? No fue producir, sino crear obras de arte. Miles de años antes de cultivar la tierra o de tener rebaños, los hombres pintaban en las paredes de las cavernas y en las rocas de los desfiladeros, esculpían imágenes y decoraban sus cuerpos con figuras de colores atractivos. En una palabra: salían de la pura animalidad poniendo al descubierto su imaginación artística.

Vinieron más tarde los Estados -que sometieron a los pueblos a la servidumbre del trabajo- y las Religiones -que sacralizaron esa servidumbre-; siendo mutiladas las gentes de su porción más noble, y por tanto, embrutecidas. Era esto como pretender borrar de nuestra condición humana lo que tantos milenios había costado al homínido,

a lo largo de un proceso interminable, para dejarlo estructurado e integrado en nuestro cerebro. Pero los usurpadores de la riqueza y de la conciencia colectiva no renunciaron por ello a la posesión de las obras artísticas y de ahí que se rodearan de profesionales del arte para tener bellas pinturas y esculturas, magníficos palacios y suntuosos templos. En esa misma línea seguirán actuando los Estados Modernos, que desde las Monarquías absolutas, pasando por las Repúblicas liberales hasta los Estados llamados socialistas han reservado para sus élites la posesión del bienestar y de la belleza y condenado a los pueblos a vivir en la fealdad, el tedio y la servidumbre.

Si todo eso, pues, nos parece horrible, pienso que nosotros, libertarios, no podemos repetir los mismos errores y negligencias de quienes solo “aman” al pueblo para despojarlo. Y puesto que hemos de devolver al ciudadano medio toda su calidad humana, nada tan eficaz como fomentar por todos los medios el sentimiento estético y el desarrollo del arte y dedicar al embellecimiento de cuanto nos rodea gran parte de nuestro esfuerzo y de nuestra economía.

Deberíamos introducir el arte en la escuela a todos sus niveles, cultivar el folklore, dar a nuestros proyectos urbanísticos toda la armonía y belleza que el progreso técnico nos permite, dedicar más tiempo a la música y procurar, en suma, que un sentimiento estético lo impregne todo: el trabajo, el recreo, las comunicaciones y el diálogo. A propósito del diálogo se me ocurre, precisamente, algo que ha dejado en mi ánimo muy dolorosa impresión: se trata de la falta de consideración y de respeto que se observa en nuestras asambleas; donde la presencia de demasiadas actitudes violentas hace que estas reuniones, más que vehículos de aproximación e instrumentos de catarsis para superar los malos hábitos tradicionales, sean simples receptáculos de nuestro mal humor y de nuestras intolerancias. Yo diría... que les falta a nuestras relaciones el sentido de lo bello.

¿Qué me respondes, amigo Félix?, ¿podemos proyectar una sociedad libertaria sin perfilar antes una perspectiva que brinde a los hombres, por el vehículo de la solidaridad y del arte, un aprendizaje de su plenitud?

El inesperado discurso de Pepe me dejó, a decir verdad, muy impresionado, tanto por la coherencia de sus razonamientos como por la figura humanista que de sus maduradas reflexiones iba emergiendo. Sin embargo, responder a sus requerimientos no era para mí cosa fácil; pues si bien yo haba pensado muchas veces en el valor social del arte, no me parecía viable en lo inmediato llevar a la práctica la idea de nuestro bien intencionado artista, que sin esperar mi respuesta y tras una breve pausa, continuaba diciendo:

- Si desde esta escuela, que ejerce tanto influjo en la región, difundiérais la necesidad de realzar el arte, el germen de esta idea ira fecundando por el impulso que estos jóvenes darán a su expansión y desarrollo. Pues sigo pensando que mientras las nociones éticas no emanen de un sentimiento estético profundo, la revolución ser muy deficiente o no se hará de modo alguno.

Llegado este momento decidí contestarle en los siguientes términos poco más o menos:

- Perdona, Pepe, si cuanto voy a decirte frena un poco tu ímpetu. Pero es necesario no ocultarte la distancia que se abre entre tu pensamiento y la realidad social que nos circunda. Estamos viviendo un momento histórico extraordinario pero que viene determinado por una convulsión violenta ajena a nuestra voluntad. Ello condiciona dramáticamente todos nuestros actos por unos imperativos de supervivencia frente a los muchos enemigos que nos cercan por los cuatro costados: trincheras, partidos políticos, arraigadas tradiciones y múltiples privilegios que se resisten sin tregua. ¿Piensas que en esas circunstancias pueden las gentes preocuparse ni mucho ni poco de la estética? ¿Has reflexionado sobre cómo hay que incidir en las costumbres para despertar intereses nuevos? Aquí, por ejemplo, si los trabajadores se inclinaron hacia el colectivismo fue porque comprendieron que en su desenvolvimiento solidario había una seguridad económica y una dignificación de los hombres. Pero ello no quiere decir que la totalidad de estos campesinos se hubieran identificado plenamente con el Comunismo Libertario. Este se está forjando por la acción

cotidiana; puesto que algunos de sus valores básicos -diálogo amistoso, participación responsable, ética solidaria, etc.- sólo con el tiempo y la praxis autogestionaria pueden ir calando en la conciencia de los individuos hasta convertirse en prácticas habituales. No podemos perder de vista un instante que los seres humanos no cambian de súbito sus comportamientos y aspiraciones, sino que hace falta un período más o menos largo de tiempo y una circunstancia favorable. Propiciemos ésta, pues, siempre que nos sea posible y dejemos que el tiempo la vaya madurando al socaire de los muchos obstáculos que se irán interfiriendo sobre la marcha. Sí, amigo Pepe, la dimensión estética es una condición esencialmente humana; pero... cada estación trae su clima y lo primero es vivir, no lo olvidemos.

Se había hecho muy tarde y ya íbamos a retirarnos cuando el fantasma de la guerra vino a acaparar nuestra atención. Pepe, poniéndose muy triste exclamó con melancólico acento: !Ah, la guerra, la guerra! Ese sí que es un problema que me desborda y oprime; pues nada hay tan monstruoso ni que más se contradiga con el humanismo que el arte encierra. De ahí que por más vueltas que le dé no consigo reconciliarme conmigo mismo.

- A mí también -le dije- viene preocupándome muy seriamente ese conflicto bélico en el que estamos metidos; aunque, no estando en mis manos resolverlo, mejor es no obsesionarse y esperar serenamente que llegue el desenlace. Entretanto, mantengámonos fieles a la ética solidaria que emana de nuestros principios libertarios y seamos útiles a la causa colectiva en la medida de lo posible.

- Sí -replicó Pepe-. Sin embargo, no considero obvio pensar en lo que va a suceder si perdemos la guerra. Bueno; si perdemos no es difícil vaticinar dónde iremos: a la fosa común. Pero... ¿y si la ganáramos? ¿no quedaríamos aniquilados por nuestras propias contradicciones? Ser libertarios y establecer jerarquías militares por imperativos de esta lucha a muerte, obedecer órdenes de arriba por mucho que hayamos invocado la disciplina como exigencia de la guerra, alimentar odios y fomentar menosprecios al socaire de las luchas internas que nos corroen,

todo ello no me negarás que constituye un cuadro bastante sombrío. ¿Acaso ves tú otra salida?

- Ya te he dicho, querido Pepe, que no soy amigo de dar vueltas en torno al mismo problema cuando no está en mis manos solucionarlo; pero ya que pides mi criterio te lo voy a dar. Desde que comenzó la lucha, ésta ha venido atormentándome, puesto que no es la condición que mejor se ajuste a una perspectiva libertaria. Tengo en cuenta, naturalmente, que no fuimos nosotros quienes la provocamos. Nos empujaron a ella los enemigos eternos del pueblo, los que siempre trataron de suprimir el menor atisbo de libertad y eliminar a quienes no soportan las cadenas. Para nosotros, pues, era un problema de vida o muerte y no había otra alternativa que lanzarse a la calle. Y eso es lo que hicimos; si bien, el pueblo, catalizado por nuestro gesto, supo intuir asimismo el peligro y secundarnos con actitud unánime y valiente. Por vez primera pues, la España popular coincidió con nosotros y supo barrer al fascismo allí donde nuestros hombres supieron actuar con ademán resuelto. Pero teníamos muchos factores en contra: En primer lugar carecíamos de fuerza decisiva en varios lugares de la Península, y los partidos políticos, con más vocación de llevarse la mayor parte del pastel que de aportar su esfuerzo a la causa común, fueron dividiendo la voluntad antifascista de los trabajadores. Por otro lado teníamos la enemiga del Capitalismo Internacional, cuyo deseo de precipitar nuestra derrota se puso bien pronto de manifiesto. Ahí está como prueba la burda y grotesca patraña de la "no intervención" mientras las fuerzas de Hitler y Mussolini continúan asolando nuestras ciudades. Es en verdad una situación difícil, que se nos impuso y en la que estamos metidos hasta el hombro. Y tengo el convencimiento de que no pasarán muchos años sin que algunos de nuestros actos, por demasiado contradictorios, sean censurados por las nuevas generaciones sin tener en cuenta los imponderables que nos impidieron actuar de modo más acorde con nuestros principios básicos. !Ah! si al menos supieran extraer la lección y buscar cauces más idóneos a la perspectiva libertaria...

- Que no son precisamente los que la guerra propicia, ya lo ves -dijo Pepe-. Pues yo no creo que los hombres que se forjan en las trincheras sean los más aptos para proyectar una sociedad de libertad y de apoyo mutuo. Pienso que así como es difícil configurar una conducta ética sin la fuerza de un sentimiento estético, ha de ser casi imposible organizar el comunismo libertario a partir de una situación de guerra en la que se van estructurando hábitos tan opuestos a la solidaridad y al diálogo. Tenemos no pocos compañeros ostentando el grado de comandantes o de jefes de división que han de dar órdenes a rajatabla a sus subordinados. Y está demostrado que entre los hombres que mandan y los que obedecen se abre un abismo poco menos que insondable: porque los primeros, por la fuerza de la costumbre, van estructurando una psicología de seres superiores e intransigentes, mientras que los segundos, al paso que pierden iniciativa y se sienten marginados, van depositando en su psiquis el morbo virulento de un resentimiento profundo. ¿No crees como yo que en toda discriminación reside el germen de la autoridad, de la injusticia, de la discordia y del miedo?

Yo, muy sorprendido ante la imagen antropológica que Pepe acababa de diseñarme, le pregunté curioso: ¿Podrías aclararme qué valor tienen para ti ciertos conceptos clave que has vertido como cosa sabida? Me refiero a la relación entre estética y ética y a la repercusión sociológica del miedo.

- Agradezco el interrogante -interfirió Pepe sonriendo-, pues la verdad es que no me atrevía a abundar en consideraciones por temor a fatigarte. Sí, he de decirte en primer lugar que tengo plena conciencia de que ética y estética son dos nociones completamente diferenciadas que corresponden a áreas distintas del cerebro y a actitudes muy especificas del comportamiento. Sin embargo, he podido comprobar después de haber observado pacientemente a muchas y variadas gentes que es muy raro encontrar una conducta realmente ética cuando no va acompañada de la correspondiente sensibilización estética. Son dos elementos del carácter que se influyen recíprocamente. Es decir: aquellas personas que no han sido capaces de emocionarse ante una espléndida puesta de sol, un paisaje maravilloso, un hermoso cuadro

o una bella sinfonía, se han mostrado poco sensibles a los problemas sociales y escasamente dispuestas a la cooperación con los demás. Como si hubiera un paralelismo entre la sensibilidad para apreciar la armonía de figuras y matices -que corresponde a la dimensión estética- y la capacidad para distinguir y recombinar los valores humanos al objeto de lograr una convivencia mejor concertada, es decir, la ética.

El miedo, amigo Félix, es un fenómeno bastante complejo cuya raíz histórico-biológica tiene todavía en el hombre una resonancia muy profunda, y es lógico que así sea. En su lucha ciega por la conservación de las especies, la vida viene combatiendo desde hace mucho más de mil millones de años, y en ese miedo al depredador se fueron forjando todas las defensas vitales. El hombre pues, sabe mucho de ese miedo, que ha quedado anclado en la memoria filogenética de la especie. Pero sabe también, gracias a su cerebro humano, que por la fuerza del apoyo mutuo podrá llegar a superarlo, y a establecer nuevos hábitos de cooperación solidaria; ya que, si la discordia y el miedo han ocupado y ocupan un lugar preponderante en nuestros intercambios no es porque le falten al hombre aptitudes para una relación confiada y amistosa con sus semejantes sino porque todo en nuestro sistema autoritario viene condicionándonos desde muy niños a la rivalidad discriminadora. La lucha cruenta que hoy divide a España no es sino la rivalidad llevada al paroxismo de la guerra; con lo que estamos muy lejos todavía del proceso de cooperación solidaria que ha de presidir nuestra marcha hacia el Comunismo Libertario.

- Así es en efecto -asentí yo- pero nos embarcaron en esta nave y habrá que seguir navegando hasta llegar a alguna orilla y sin descorazonarse ante una posible derrota. Pues es probable que perdamos la guerra y que tras ella el fascismo europeo tenga proyectado invadir el suelo de esas mal llamadas democracias que hoy nos dejan en la estacada creyéndose a salvo de los horrores de la guerra. Ello no obstante, la experiencia revolucionaria que aquí se está llevando a cabo servirá de ejemplo más pronto o más tarde a las nuevas generaciones anhelantes de solidaridad y de justicia; porque la trocha inédita que hemos abierto en nuestra región al organizar su desenvolvimiento social sin

autoridad, propiedad ni burocracia, no podrán borrarla fácilmente de la memoria de estos pueblos. De ahí que nuestra obligación ineludible sea la de continuar trabajando sin desmayo en la línea autogestionaria que emprendimos desde el primer instante; por dos razones: en primer lugar porque esta tarea revolucionaria en nada merma la lucha en los frentes de guerra sino que más bien favorece su éxito por los estímulos y la ayuda solidaria que aporta a los combatientes; y, en segundo término, porque si abatidos por la desesperanza nos cruzamos de brazos no haremos sino malograr la gran oportunidad que el momento nos brinda de demostrar al mundo cómo los pueblos son capaces de organizarse y gobernarse por sí solos cuando la tenaza autoritaria se rompe.

- Es verdad -corroboró Pepe, con el semblante iluminado súbitamente-. Lo que aquí estáis haciendo puede ser a la larga de una trascendencia social enorme. ¿Cómo yo, no había caído en ello? Aunque lo extraordinario del caso es que ni sus mismos protagonistas se dan cuenta de la importancia que tiene cuanto vienen realizando. Pero de pronto, la expresión de su rostro se torno sombra, y de un modo que sus palabras parecían desgranarse hacia dentro, continuó su discurso con las siguientes reflexiones: No; nada es sencillo en materia sociológica. Precisamente me viene a la mente un fenómeno sobre el que he pensado muchas veces y al que, por más vueltas que le dé, no consigo dar una explicación lógica. Es decir: Si desde Atenas, los partidos políticos vienen luchando por el poder y en sus luchas fratricidas han arrastrado a los pueblos, que no han obtenido en cambio más que opresión y siempre opresión, ¿cómo es posible que la gente aún se aliste en los partidos y se deje engañar por un puñado de aventureros que sólo pretenden medrar a expensas del pueblo? Ahí tenemos, sin ir más lejos, algunos casos de nuestra historia contemporánea en los que se pone de relieve el carácter irracional del citado fenómeno: Mussolini; Hitler -de cuya locura paranoica logró contagiar a todo un pueblo hundiéndolo en el crimen-; Franco: de cuyas listas negras nos hablan los compañeros evadidos; el Estado Soviético, cuyos crímenes se cuentan por millones y sus campos de concentración se hallan cada vez más repletos, debiendo señalar en este caso que entre las victimas ha habido gran número de

militantes del propio partido. Pese a ello se cuentan por millones en el mundo los jóvenes que abrazan la Dictadura del Proletariado y que son seguidores fanáticos del Partido Comunista. ¿Qué seducción ejerce sobre estos jóvenes un Partido que ha sembrado el terror y la muerte? ¿Es que no queda ya en ellos un ápice de sentido crítico ni de humanismo? Yo no puedo creerlo. Han de haber por fuerza otras factores que escapan a mi corto conocimiento.

- Son actitudes dogmáticas -amigo Pepe- hijas sobre todo de la ignorancia; porque si bien es verdad que los hechos están ahí y lógicamente todos los hombres medianamente preocupados y sensibles deberían sacar de ellos las mismas o parecidas enseñanzas, no ocurre así en virtud de unos condicionamientos que restan objetividad a nuestra percepción. Es posible que esos jóvenes, condicionados rígidamente a unos esquemas jerarquizados dentro de este sistema donde todo está previsto para que unos pocos dirijan y la mayoría obedezca, no hayan sido capaces todavía de plantearse la necesidad de una información seria sobre los hechos y de un análisis crítico exento de atrincheramientos a priori que son los que sirven de freno a los procesos mejor intencionados. Habiendo abrazado fanáticamente el esquema del Partido y hallándose en las condiciones más óptimas para acatar con los ojos cerrados su disciplina, el sentido crítico ya no cuenta. Así, por ejemplo, cuando alguien les habla de los abusos del stalinismo, o bien lo achacan a mera propaganda del imperialismo americano o bien, los asumen -todo depende de la consigna del momento- calificándolos de desvíos que "indudablemente" no pueden repetirse donde el proletariado ejerza su dictadura, sin que pase por su mente ni un instante que en realidad es sobre el proletariado como la dictadura se ejerce.

- Me has aclarado muchas cosas -dijo mi amigo con aire de satisfacción-. Sin adecuada información y sin una personalidad libremente cincelada, la elección es casi imposible y difícilmente podemos converger en los cauces que conducen a esa sociedad tan anhelada por todos. Bajo ningún concepto podemos condenar a quienes de una u otra forma se hallan prisioneros de sus condicionamientos e ignorancia, y nuestro

deber primero es el de informarnos para ayudar después a los otros en esa misma tarea; ya que -tú lo has dicho- han de ser el conocimiento y el sentido crítico los dos pilares sobre los que ha de apoyarse el hombre libre.

- Sí -atajé con rapidez- y esto me sugiere un interrogante: ¿Sabremos reflexionar sobre lo que exige de nosotros, libertarios, dicho planteamiento?

- Yo añadiría -continuó Pepe- de acuerdo con el sentimiento estético de cuyo papel psicosocial hemos hablado al comienzo de nuestra conversación, que mucho ganaríamos siendo fieles al pensamiento de Dostoyewski cuando dijo: "El mundo ha de salvarse por la bondad y la belleza".

Asentí con una sonrisa; pero algo más quería yo decir, cuando Pepe exclamó de pronto:

- Pero si ya es de día y tengo que coger el tren de las seis...! He de marcharme; no puedo quedarme más.

- Yo pensé que esperarías al menos hasta el mediodía y que charlarías un poco con los chicos.

- No, no puedo. Esta misma mañana he de hacer un inventario en el castillo de Albatarre y mañana tengo que estar en Barcelona. Me complacería enormemente permanecer algunas horas más en este remanso; pero no puede ser. Despídeme de todos y haré cuanto esté en mis manos por volver aquí. Te lo prometo.

- ¿Cuándo?

- Lo ignoro, porque cuando menos lo espere me movilizan, y...

- ¿Y qué?

Bajó la mirada y dijo, con voz casi imperceptible: No sé... no sé qué haré en realidad. Odiar la guerra desde lo más profundo y tomar parte en ella es algo tan incongruente... Pero levantando la voz añadió: la solidaridad con el pueblo ha de ser más fuerte que la razón, ¿no te parece?

Me dio la mano emocionado y desapareció apresuradamente.

Nunca volveríamos a saber de él.

Cuando poco después comenzaron a levantarse los chicos, Dueso me preguntó: -¿Se ha ido Pepe? y al responderle que sí, volvió a preguntarme: Parecía ser un hombre atormentado. Alguien de nosotros sugirió si sera un fraile arrepentido...

- No -dije sonriente y un tanto melancólico-. Es un hombre atormentado, eso sí; pero de gran capacidad observadora, de pensamiento realmente profundo y de ideas muy claras. Ya os contaré algo de cuanto ha dicho. Es todo muy interesante. Lástima que no haya querido hablar delante de vosotros; pero... ya os contaré.

NUBARRONES Y REPRESIONES

El clima social se deterioraba. Los hechos del tres de mayo nos habían perjudicado mucho. ¿Quién tiene razón, los que nos opusimos a que descendieran los milicianos del frente para defender la revolución o quienes por el contrario querían echar toda la carne en el asador y acabar con las provocaciones comunistas? A la distancia de tantos años el juicio es más fácil; pero en aquel momento, con la responsabilidad de la guerra y los compromisos adquiridos... También los comunistas los habían adquirido y los rompían cuando les parecía o cuando les obligaba a ello alguna inesperada consigna.

De cualquier manera, seguimos pensando en que ha de campear en la proyección libertaria una ética y una consecuencia humanista; de otro modo todos seríamos iguales.

Ahora el golpe iba a ser más premeditado y rotundo; porque los comunistas habían logrado dos premisas indispensables a su objetivo: desembarazarse de Largo Caballero, que se había mostrado rebelde al manejo del Partido, y que el gobierno se solidarizara con su plan de atacar a la C.N.T. en su sede de Aragón, destruyendo las colectividades. Aquella organización de federalismo libertario y de igualdad sociopolítica anulaba por su ejemplo evidente todas sus teorías de Dictadura del Proletariado y del Materialismo Histórico. ¿Para qué todo ese aparato represivo y ese cuerpo de doctrina si los trabajadores estaban mostrando que podían prescindir de todo ello con la práctica de una acción directa revalorizada por la autogestión?

Ya el día primero de agosto de aquel 1937 se concitaron en Barbastro, convocados por el partido comunista, además de sus más destacados representantes una docena de caciques republicanos, otros tantos socialistas pasados al comunismo y algunos notarios y boticarios antirrevolucionarios, junto con unos pocos terratenientes resentidos porque les habían colectivizado sus predios. Gentes, en fin, reaccionarias y enemigas del pueblo que se cobijaban bajo el Partido para ir contra las colectividades y volver a recuperar su propiedad y los privilegios de antes. Y allí, bajo la protección y la orientación de los comunistas, se confabularon para combatir el colectivismo y enviar desde aquel momento cartas al gobierno denunciando las colectividades

de cuanto se les ocurriera, falso o verdadero, dándole así al gobierno argumentos para decretar la disolución de la C.N.T. y tener un motivo para perseguir a sus representantes.

La maniobra era fácil con aquellas personas, y las cartas de queja contra las colectividades llovieron de inmediato. Todo ya preparado, el señor Prieto, decretó, el 11 de agosto, la disolución del Consejo de Aragón, con la detención de su presidente Joaquín Ascaso, de otros de sus miembros y del Comité Regional de la C.N.T. Pero antes había tenido una reunión secreta con Líster -jefe de la 11 División- en la que Prieto le encargó que atacara a las colectividades, como nos cuenta el mismo Líster en el documento que a continuación reproducimos:

"Él me explicó que el Gobierno había decidido disolver el Consejo de Aragón, pero que temía que los anarquistas se negasen a plegarse a esta orden... Además, había propuesto al Consejo de ministros, que aceptó, enviar fuerzas militares capaces de aplicar las decisiones del Gobierno. Prieto me declaró que no había orden escrita a propósito de la misión que me había sido confiada... que se trataba de un secreto entre el gobierno y yo y que debía liquidar sin vacilación y sin formalidades burocráticas o legales según me pareciera, pues detrás de mí tenía al Gobierno unánime... A los ojos de todo el mundo la División iría a Aragón a reposar y reorganizarse... "[6].

¿Por qué el socialista Prieto eligió a Líster precisamente? Porque ya durante el mes de abril se había distinguido persiguiendo a colectivistas en Castilla, deteniendo algunos, matando a otros y robando bastantes productos en algunas colectividades de Guadalajara, Madrid y Toledo. Ya entonces la C.N.T. se esforzó en no publicar esos atropellos, por no dar motivo a otra guerra civil: pero la prudencia no sirve de nada con los comunistas, guiados por su sola ambición de alcanzar el poder, sin reparar en las felonías ni en los crímenes que hayan de cometer en

6 Enrique Líster en "Nuestra Guerra", página 152, cuenta la entrevista que tuvo con Indalecio Prieto el 5 de agosto por la mañana.

el camino. No en vano han hecho suyo el lema “los fines justifican los medios”.

Cuando los compañeros del frente se enteraron de cómo eran saqueadas sus colectividades, las de sus pueblos, y que los comités y otros muchos compañeros eran encarcelados, quisieron ir en su defensa. El mismo Vivancos, Sanz, Jover y otros muchos se aprestaron a ponerse al frente de sus divisiones y barrer de una vez a tantos provocadores antirrevolucionarios. Pero de nuevo los comités responsables de la C.N.T. y de la F.A.I. enviaron delegaciones al frente para que no lo abandonaran. Los comunistas -argumentaban- buscan precisamente eso: que nosotros dejemos los frentes para que los fascistas invadan la región y así tener ocasión de denunciarnos de contrarrevolucionarios y ponernos el sanbenito para siempre. La única fuerza que puede impedirles en España la implantación de la dictadura somos los libertarios, y quieren deshacerse de nosotros a cualquier precio. Pero eso no lo lograrán ni ahora ni nunca; pues la corriente libertaria española hará imposible el triunfo de su dictadura contra el proletariado.

A pesar de los cálculos del Partido y del gobierno de Prieto y de Negrín, hubiera sido fácil dar la batalla a los comunistas y barrerlos de una vez. Y no lo afirmamos gratuitamente; porque junto a la fuerza aguerrida de los compañeros del frente, en la misma División de Líster haba muchos cenetistas camuflados que fueron al Comité Regional de la C.N.T. y al de la F.A.I., donde a la sazón estaba mi hermano de secretario, a ofrecerse para atacar al mismo Líster y desbaratar desde dentro los planes y la disciplina de la División. Tampoco se aceptó esa ayuda espontánea y se recomendó a quienes así se exponían que siguieran discretamente, y que si un día era necesario, antes que desaparecer daríamos el golpe definitivo.

También en los grupos de Guardias de Asalto que fueron a registrar colectividades haba varios compañeros, y a la Escuela vinieron algunos -entre ellos recuerdo a C. y B., que aún viven- a ofrecerse y a que fueran algunos muchachos a determinadas colectividades para advertirles que llevaban orden de registro y de efectuar algunas detenciones. Es decir: teníamos fuerza para dar la batalla; pero una vez más se impuso la

prudencia y el compromiso de "Renunciar a todo menos a la Victoria" como dijo Durruti.

Y a pesar de ello, aquellas brigadas que destruían las colectividades y detenían a los revolucionarios auténticos, nos acusaban de todo: de pactar con el fascismo, de defender a la burguesía, de arruinar la economía del país y de pretender hacer la revolución a expensas de la guerra. ¡Ellos precisamente! que habían perseguido a los revolucionarios y dado volumen al Partido con los burócratas burgueses que por ir contra la revolución de la C.N.T. se habían cobijado en él. La represión se desencadenó con brutalidad; aunque al ver la solidez de los colectivistas, que no se amedrentaban por las detenciones ni las salvajadas que cometían los soldados, tanto la División de Líster, como la -27 llamada de Carlos Marx- y la 30, compuesta de catalanistas -que también colaboró en destruir algunas colectividades en Teruel- empezaron a temer y moderar sus atropellos.

Y el mismo gobernador, Ignacio Mantecón, que fue enviado para reforzar la represión, se contuvo, poniendo en libertad a miembros del Consejo y al Comité Regional, porque se dio cuenta de que si los libertarios querían, saltarían todos en muy pocas horas.

Como testimonio de la actitud psicológica del Movimiento Libertario y de sus posiciones efectivas, copiamos a continuación unos párrafos de un documento de la F.A.I. que entonces discutimos con cierta bronquedad y que ahora nos brinda el magnífico libro de C. M. Lorenzo: "Les Anarchistes Espagnols et le Pouvoir":

> *"Informe de la F.A.I. al Movimiento Libertario Internacional:"*
>
> *"Hubiéramos podido aplastar a Líster y sus hombres si en un momento dado nuestras divisiones hubieran abandonado el frente y se hubieran lanzado sobre los que destruían las colectividades y perseguían a nuestros compañeros de retaguardia; pero nosotros les dijimos: Permaneced tranquilos. Vosotros no intervendréis más que en último extremo y de manera definitiva".*

Siguiendo la descripción de los hechos debemos reseñar que aquellas columnas, la de Líster, de Carlos Marx y la 30 división, se desparramaron por aquellos pueblos laboriosos y fueron deteniendo a los comités de la C.N.T. y de las colectividades, asaltando los locales, robando, maltratando y lo que es aún más inconcebible, tirando azúcar, aceite, vino y otros géneros por las calles, cuando el país sufría hambre y aquellas colectividades eran un almacén de reserva y un venero de producción, puesto que del año 1936 al 1937 el rendimiento global de las colectividades había aumentado en un 30 %.

Verdad es que a Monzón no se atrevieron a venir, porque estando allí descansando el batallón de "La Muerte"[7], pensaron como la zorra que "estaban verdes". No obstante, aún detuvieron a unos cuantos miembros del Ayuntamiento aunque por breves horas. Uno de los oficiales del citado batallón vino a vernos a los de la Escuela y a los del Comité Regional para preguntar si nos parecía oportuno que salieran por los pueblos próximos a pararles los pies a "los reaccionarios aquellos", éstas fueron sus palabras. El Comité les rogó que se mantuvieran quietos, y nosotros... ¿qué podíamos decirles? lamentábamos aquel vandalismo inexplicable, pero no teníamos representación ni fuerza determinante alguna.

Mi hermano José llegó aquel día precisamente a vernos, y como un capitán de la Guardia de Asalto, -él también ostentaba el mismo grado- le quiso desarmar, le contestó que cogiera la pistola por el cañón. Hubo revuelo, salimos de prisa y al llegar a la plaza, ya volvía mi hermano para casa después de haber afeado al capitán y a los guardias su papel de colaboradores del fascismo al desmoralizar y disminuir con su conducta el conjunto democrático que entonces más que nunca debería luchar codo con codo y sin fisuras.

No paró ahí la cosa. Enterado mi hermano de que en Albalate, las fuerzas de la columna Carlos Marx habían detenido a muchos antifascistas devolviendo animales y aperos de la colectividad a los antiguos dueños caciques, se fue sin advertirnos. Al enterarnos, ya de noche, yo pedí al

7 Se trataba de un batallón de libertarios especializado en asaltos a la bomba contra posiciones fortificadas.

compañero Bazán, chófer de la colectividad de Monzón, que me llevara a Albalate.

Al entrar en el pueblo y hablar con las primeras compañeras que encontré, me explicaron lo que haba pasado. Según ellas, las mujeres de los colectivistas al ver a José se apiñaron en su entorno y le contaron lo que sucedía. Entonces, él, siempre rodeado de mujeres, éstas en actitud levantisca, obligó al comandante a liberar a los presos -cosa imposible porque ya no estaban allí- y a devolver a la colectividad los animales y enseres que le habían usurpado. Hubo fuerte polémica; pero era tan decidida y amenazadora la postura de las mujeres que el comandante acabó ordenando la requerida devolución.

José le decía: -argumentaban las mujeres- ¿Qué van a hacer con mulos y aperos las viudas o las mujeres de los que han huido? ¿No se da cuenta que aquí no hay más que la colectividad para trabajar la tierra? ¿Que por ventura ya no hay jornaleros ni siervos?

-Muy bien, interrumpí; ¿pero dónde está ahora mi hermano?

Estaba muy cerca, en la cooperativa, donde revisaba papeles y les ayudaba a poner en orden la administración para que las nuevas autoridades opresoras no encontraran fallos legales en sus libros.

Llegamos a la cooperativa, donde Hernández, Faro y otros amigos nos acogieron con un gesto de satisfacción. Allí las fuerzas invasoras se habían portado con relativa discreción -me explicó Hernández- porque la cooperativa representaba a todo el pueblo y no sólo a la colectividad. Eso sí -continuó- al Comité de la Colectividad, con otros compañeros, se los han llevado presos e incluso los han amenazado con fusilarlos si no les entregaban unas armas que estaban únicamente en su imaginación.

Después de varios trámites y comentarios sobre la anómala situación, regresamos a Monzón, no sin cierta zozobra, ya que teníamos que cruzar dos o tres puestos de vigilancia que habían puesto en la carretera un batallón de la Carlos Marx. Todo se superó sin más inconvenientes, y

cuando llegamos a la Escuela, ya más de media noche, los chicos estaban esperándonos muy inquietos.

Al preguntarle a José cómo había osado enfrentarse con el comandante y su séquito yendo él solo, mi hermano contestó:

> *-!Hombre!, solo no estaba. Si hubieras visto a la Barona, a la Falaguera, a la de Saloja, a la Mara, la Macuca y a otras mujeres encendidas de coraje y decisión no dirías lo mismo. Además -añadió- ya al cruzar las primeras palabras con el comandante, notó en una mirada expresiva de un sargento que allí yo no estaba solo.*

De cualquier modo, dijo José algo fatigado, eso ya pasó y tenemos que prepararnos para otra. La danza es dura y agitada y, queramos o no, tendremos que bailarla.

Después de aquel día de ajetreo nos fuimos a descansar con el ánimo muy preocupado.

La Escuela tenía que vibrar al eco de esos acontecimientos, no sólo por ser un órgano de las colectividades y tener como misión la formación de militantes para el sindicalismo libertario, sino porque además venían a consultarnos los compañeros que iban de paso y los hombres de los comités que padecían directamente las represiones de las nuevas autoridades.

En ese ambiente de irritabilidad y de amenaza social, proseguíamos laborando e incluso soñando en ampliaciones de liberación y de apoyo mutuo. Veíamos con tanta claridad que si los jóvenes gozaran de un medio adecuado podían ascender a estadios de auténtica solidaridad humana, que nos resistíamos a ver los nubarrones que se cernían sobre nosotros por los cuatro costados.

LA ESCUELA Y LA REANIMACIÓN DE LAS COLECTIVIDADES

Los trágicos acontecimientos por los que pasaron las Colectividades afectaron de pleno a la Escuela como podremos ver a continuación. Disueltos los Comités, presos los compañeros más activos y mejor preparados, las Colectividades recibieron un golpe al que sus enemigos y cuantos observaban desde fuera pudieron considerar definitivo. Pero no sólo no fue así, sino que aquella absurda persecución vivificó la razón de ser de las Colectividades y su interno dinamismo.

Verdad es que en casi todos los pueblos, la Colectividad disminuyó en número, ya que algunos pequeños propietarios pusilánimes se salieron; pero los que se quedaron se afianzaron más en sus convicciones, sintiéndose más identificados con un sistema que iba vigorizando la solidaridad y la confianza recíprocas en aquellos momentos difíciles.

Puedo afirmar eso con datos fehacientes: Al verse, los hombres de cuarenta años para arriba, ante la gran responsabilidad que los acontecimientos ponían en sus manos, vinieron a la Escuela -y esto desde los diversos pueblos- donde celebrábamos reuniones de alcance comarcal y se trazaban las líneas generales para la constitución de nuevas juntas de las Colectividades.

No me parece oportuno describir aquí con detalle cuánto pude aprender de aquellos hombres rudos del campo y de cómo descubrí en ellos el fondo democrático y solidario que late en los entresijos del pueblo; pero puedo asegurar sin equívocos, que en las reuniones que durante aquellos días celebramos en la Escuela, aprendí más de sociología práctica que en todo el resto de mi vida. Esta afirmación parecer desorbitada pero no lo es. En mis experiencias anteriores había chocado siempre con una barrera de ideas preconcebidas y de narcisismos camuflados, mientras que ahora, con estos hombres sencillos y ansiosos de hacer algo por la comunidad sin pensar en ellos un sólo instante, emergía de súbito ante mí el hombre de la aldea comunal que se siente fundido con las necesidades de todos y que olvidando su parcela y su casa, quiere salvar al pueblo integrándose en la corriente colectiva.

La última afirmación chocará sin duda a más de un lector, incrédulo de que aquellos hombres poco preparados sociológicamente

mostraran tan gran solidez en defensa de la colectivización. Pero así fue, y pese a que no gozaban de la preparación necesaria para administrar la colectividad con holgura -defecto que ellos mismos reconocían con encantadora sencillez y humildad- pusieron tanta perseverancia y voluntad, que tanto la orientación y realización del trabajo como la distribución y la administración en su conjunto siguieron realizándose con admirable puntualidad y corrección. Sin embargo, lo que más me sorprendió y aleccionó a propósito de la conducta humana fue su sencillez y su inmensa sabiduría en el ámbito de lo concreto. Aquellos hombres hablaban con muy buen tino y no discutiendo por principios ni matices ideológicos, sino yendo al grano directamente y haciendo suyo sin rodeos ni monsergas cualquier proyecto inteligente que alguien sugiriera. No se vea en ellos el afán de sobresalir ni intención de molestar al otro, sino que buscaban primordialmente el bien de todos y el mejor acuerdo. Oyéndoles y viéndoles actuar con ademán sobrio y responsable recordé no sin amargura a los teóricos marxistas y no marxistas que desdeñan a los hombres del campo como si fueran inferiores.

Los chicos de nuestra Escuela ayudaron muchísimo en la reconstrucción de las Colectividades a pesar de su extrema juventud: yendo en bicicleta de un pueblo a otro, escribiendo lo que los mayores les dictaban y supliendo con su celo y esfuerzo en las tareas que habían quedado vacantes a otros hombres más experimentados y competentes.

Las cosas fueron volviendo a su cauce; pues el Gobierno de Madrid y el señor Mantecón comprendieron que destruyendo las colectividades y persiguiendo a los colectivistas la producción en Aragón disminuiría considerablemente y se producirían serios conflictos en todos los pueblos. Y así era en verdad; ya que, si los hombres jóvenes habían tenido que huir o estaban presos, los viejos y las mujeres se levantaban en defensa de las Colectividades, e hicieron saber al Gobierno su firme propósito de no dar un golpe más si no se legalizaban de nuevo. Esta actitud decidida y enérgica de los colectivistas obligó al ministro comunista Uribe a relanzar otro decreto que devolviera a las Colectividades su derecho a discurrir de nuevo por cauces de legalidad. Pese, pues, a la represión y al criminal comportamiento de aquellas fuerzas obedientes a la consigna comunista

y al Gobierno, en Aragón el colectivismo se afianzaba y los pueblos se sentían cada vez más responsablemente unidos,

Nuestras actividades continuaron y la colaboración con los pueblos de la comarca aumentaba; pero el ambiente se iba enrareciendo y la inquietud nos angustiaba a todos. La guerra iba de mal en peor, las realizaciones revolucionarias eran combatidas por muchos y la desconfianza se infiltraba en la retaguardia de manera asfixiante e insidiosa. Así las cosas, hacia finales de setiembre sufrimos en Monzón un bombardeo criminal que hizo muchos muertos y heridos. Como la Escuela estaba situada entre la Azucarera y la estación del ferrocarril, algunas bombas cayeron en el huerto, y Jesús, Bosque y Joaquín resultaron heridos. Por fortuna, a pesar de que lo de Jesús parecía grave fue aparatoso más bien y no tuvo fatales consecuencias; pero a los chicos les cogió pánico y propusieron que cambiáramos de emplazamiento. Al Comité de la C.N.T. de Monzón no le pareció bien la idea y a mí tampoco dado que en Monzón siempre gozaríamos de cierta tolerancia; pero los chicos se habían empeñado en marchar, sobre todo los de Albelda, quienes argumentaban que la Colectividad del pueblo disponía de una torre que sería muy adecuada para la Escuela y no pararon hasta que nos trasladamos a dicha torre -Torre de Moncasi-.

Cuando el amigo Mur me dijo, con cierto tono recriminatorio, que si nos íbamos era porque yo quería, pensé que, en efecto, si yo me hubiera impuesto podíamos haber continuado en Monzón; pero... ¿qué hubiera significado el hecho? Que de haber sucedido alguna desgracia, las familias me hubieran culpado a mí. Por otra parte, con mi actitud impositiva hubiera quedado roto el estatuto de libre cooperación que nos había vinculado hasta entonces.

De cualquier modo, aquel cambio me hizo estar preocupado durante unos días; porque además de perder la colaboración y el respaldo que la Colectividad y la Comarcal de Monzón nos brindaban, rompíamos el contacto con la juventud del pueblo y asimismo con "Mujeres Libres" y su escuela de Madres. Esta, que venía siendo orientada por Pepi, Marión y dos o tres mujeres más de la Colectividad, al marcharnos nosotros iría languideciendo hasta que al fin quedó desatendida completamente.

Hacia finales de noviembre pues, celebramos la última reunión en nuestra casa de Monzón. La Comisión administrativa, con Pepi, Trenc, Ferrer y Carmen, presentó el estado de cuentas dejando en caja alrededor de cuatro mil pesetas y al día siguiente emprendimos la marcha hacia nuestro nuevo domicilio. En la Colectividad de Monzón quedaron los animales y las hortalizas de nuestro huerto, y en éste el eco sonoro de cálidos gorjeos que en nuestro nostálgico recuerdo se dejaran oír muchas veces, ora alternando con el murmullo de las acequias, ora con el alegre parloteo de unos jóvenes.

NUESTRA ACELERADA DECADENCIA

La colectividad de Albelda nos acogió muy cordialmente y hallamos en la misma personas de gran responsabilidad y afecto; pero la torre era poco confortable y quedaba lejos del pueblo. Por otro lado, el duro invierno del 1937 al 1938 aumentaba la incomodidad y hacía imposible el trabajo del campo. Teníamos que permanecer recogidos en el interior, y como no había otro medio de calefacción que el hogar y algunos braseros, había días que estábamos en clase a cero grados. A esa temperatura resultaba difícil escribir y hacer otras cosas. Sin embargo, a fuerza de voluntad seguíamos trabajando; si bien, con menos entusiasmo que antes.

Esperábamos con cierta ilusión el buen tiempo para preparar algunos bancales y realizar una tarea más grata y variada; pero nuestro giroscopio había tomado la vía empinada y todo iría torciéndose en lo sucesivo.

Teníamos gran extensión de tierra e instalaciones para el recreo de animales; pero todo iba quedando en proyectos puesto que carecíamos de los medios que en Monzón habíamos tenido. La colectividad era fructífera y nos haba acogido con bastante entusiasmo. A pesar de ello, no era fácil organizar veladas en las noches de invierno estando ubicada la escuela a una hora del poblado. Se organizaron, no obstante, algunos cursillos y veladas artísticas a la vez que realizamos exposiciones poltico-sociales y controversias con algunos soldados de las brigadas internacionales que descansaban en la zona.

Como por estas fechas el ejército republicano tomó Teruel, las organizaciones del pueblo y los jefes de las brigadas en descanso organizaron en Albelda una especie de mitin al que me invitaron a intervenir. Fue un acto frío, de puro formulismo, en el que tres o cuatro comandantes y coroneles alemanes invocaron el antifascismo y la guerra de liberación con acento marxificante y tono de mando.

Para mí aquel mitin fue muy significativo y me llenó de pesadumbre. No había participación popular ni entusiasmo revolucionario, y pese a que yo quise realzar la libertad del pueblo y la acción de las colectividades, mi expresión apenas tuvo eco en aquel ambiente en el que había dos o tres militares extranjeros por cada campesino.

Una de aquellas noches, mientras estábamos siguiendo nuestra lectura comentada, llegaron mi hermano Francisco, Mayo, López y otros amigos de Las Corts que venían del frente en una misión específica. Nos alegramos, como es de suponer; pero tanto en ellos como en nosotros el entusiasmo había decaído y veíamos el porvenir con matices cada día menos sonrosados.

En ese clima, a mediados del mes de febrero, una mañana se presentó una patrulla de guardias de asalto con un oficio del Sr. Mantecón, ordenándonos evacuar la Torre de Moncasí inmediatamente, por dos razones: porque la dueña reclamaba su finca y porque nuestra Escuela era clandestina.

Al principio me reí y quise tomar la noticia a chacota; pero el sargento se puso muy serio y mandó que desalojáramos en seguida.

Ya un tanto nervioso le dije: "En primer lugar esta propiedad era de un fascista que se levanto contra la República. Por eso la colectividad la requisó y continuará cultivándola. ¿O es que va a venir la dueña a trabajarla con unos asalariados que no existen?

En segundo lugar, ¿qué significa eso de clandestino? Lo clandestino es algo que se esconde, y nosotros que yo sepa trabajamos a la luz del día e incluso diciendo por los pueblos todo cuanto hacemos. ¿Dónde está pues, la clandestinidad?

-Yo vengo a cumplir órdenes, me atajó el sargento; pero dígame, ¿puede enseñarme algún documento de una autoridad actual que dé legalidad a esta Escuela?

-Esta es una Escuela del pueblo, instituida y mantenida por él, que es la más alta autoridad que puede existir.

-Bobadas de anarquistas, replicó el sargento despectivo. Y alzando la voz insistió: Bueno, yo me atengo al Oficio del Comisario General y si no sacan sus cacharros los echaremos fuera.

El presidente de la colectividad, que venía con ellos, le dijo:

-No creo que se pase la masa. Tendrán que darles algún tiempo.

-Bueno, el necesario nada más. Y dando órdenes a los guardias comenzaron a registrar la casa. Viendo la máquina de escribir, me preguntó:

-¿De quién es esta máquina?

-Mía, le respondí secamente.

-¿Tiene algún documento que lo pruebe?

-Y usted, ¡tiene factura del traje que lleva?

-Menos bromas y a respetar a la autoridad. ¿Lo tiene o no?

-La máquina es mía, con documento o sin él; pues si alguien me la hubiera regalado sería igualmente mía.

-¿Y si fuera robada? Porque de ustedes todo puede esperarse.

-¿Y quienes somos nosotros? repliqué airado. Porque si habla por boca de ganso, tengo que decirle que nunca haríamos este papel indigno de perturbar a la retaguardia y atropellar a los antifascistas; ya que entendemos que el deber de los hombres jóvenes como ustedes está en el frente, no aquí fastidiando a los verdaderos defensores de la libertad.

Quiso pegarme; pero el presidente de la colectividad se interpuso y uno de los guardias también le llamó al orden con una palabra seca. Eso me animó.

En ese momento bajaban por la escalera junto a dos guardias Joaquín y Castañer, protestando. Los llevaban detenidos porque les habían encontrado un machete y un casco de bomba de mano. En la Torre habían estado des cansando algunas tropas y se habían dejado aquello por allí tirado, y ahora, al hallárselo a los chicos los acusaban de haber usurpado armas al ejército y los llevaban presos; mejor dicho, se los llevaron a la cárcel de Tamarite. ¿Podía verse mayor ridiculez...? Viendo aquello comprendí que las fuerzas armadas son siempre las mismas y que seguíamos sometidos a su arbitrariedad como en los mejores tiempos de la guardia civil.

Cuando estábamos más acalorados llegó Agustín ex-alumno de la Escuela y secretario a la sazón de la colectividad de Albelda acompañado de un miembro del Comité Regional de la C.N.T., el compañero Galván.

Nos explicó que le había telefoneado Agustín y que ya tenían noticia de la decisión del Poncio; aunque suponían que la cosa no iría tan de prisa. Nos recomendó que no hiciéramos caso de los de asalto, él ni siquiera les dirigió la palabra, y que fuéramos cargando los enseres en el camión. Que ellos ya nos habían habilitado una torre en la huerta de Caspe, donde estaríamos bien instalados y mejor relacionados.

Como les dijéramos que habían llevado a la cárcel de Tamarite a los dos muchachos, telefoneé a Caspe y al poco rato los pusieron en libertad. Aquel mismo día dejamos Albelda transportados por dos camiones con todos nuestros enseres. Fuimos instalándonos en la torre de Caspe, que, en efecto era mucho mejor que la de Moncasi y estaba rodeada de una muy fértil huerta.

Apenas lo habíamos ordenado todo y comenzado el trabajo, cuando se presentó un comandante de aviación y confiscó el palacio para habitación de los pilotos. El Comité Regional nada podía hacer ante una decisión del ejército, sobre todo en aquel momento en que los frentes empezaban a resquebrajarse y con ellos la moral de la población toda.

Lo sentimos mucho; porque allí, cerca de Caspe, donde residían los núcleos de las organizaciones regionales, los chicos podían desplegar actividades múltiples y enriquecerse con las funciones orgánicas y

administrativas de toda índole. Pero, ¿qué importancia tenía todo aquello cuando la guerra tomaba tan mal cariz y se cernía sobre nosotros la más espantosa amenaza?

Sin embargo, imitando al avestruz, que mete la cabeza bajo la arena, nos resistimos a dejar la región y esperábamos siempre alguna circunstancia que nos permitiera seguir laborando por una sociedad más equitativa y armoniosa.

Como los de aviación, muy correctos, nos dijeran que podíamos esperar unos días, pese a que los pilotos se instalaban como podían, aún anduvimos mirando un lugar adecuado donde seguir pegados a la tierra. Mas... como las peripecias de aquel momento tienen poco que ver con nuestro objeto, diremos solamente, que un día, las tropas nacionales nos cercaban y tuvimos que salir de noche campo a través abandonándolo todo: libros, trabajos, enseres y cuanto poseíamos.

Aquella noche pude comprobar cómo se desarticula el hombre cuando el pánico se apodera de él. Yo salí llevando a hombros a una joven de diecinueve años afectada de parálisis en ambas piernas y aunque nos cruzasen sin cesar carros que iban vacíos, ninguno quiso parar y nos hubieran aplastado mil veces si no nos hubiéramos apartado al borde del camino. Nadie oía ni veía nada. Los carros pasaban trepidantes y los hombres azotando a los animales, alocados, furiosos. !Ah! pensaba, viendo aquella ferocidad inconsciente: "cuando el instinto se impone, !qué poco queda del hombre!".

Un par de horas después de atravesar caminos de carro, salimos a la carretera, llena de gentes que huían; pero ya más sosegadas y buscando el contacto. En un camión montamos a Ester y nosotros continuamos marchando a pie hasta Mora la Nueva, donde pudimos coger un tren. Tomar aquel tren por asalto y aguantar hora tras hora prensados y maltrechos, no dejaba de ser algo dantesco; aunque el dolor por cuanto dejábamos atrás nos insensibilizaba en un grado inconmensurable.

¡Adiós colectividades, planes educativos, proyectos de sociedades autonómicamente concertadas, sueños de exploraciones atrevidas y de

solidaridad humana! Aragón, que había sido ejemplo de socialización humanizada quedaba atrás, muy atrás, sumergido en el medioevo y torturado por una fiebre de venganza y de crimen.¡Todo cambia de súbito y lo que aparecía como un horizonte de luz, se ha transformado en un oscuro averno.

¡Ah! la guerra maldita, la posesión violenta, la agresividad que ciega el raciocinio y agudiza las uñas. ¿Logrará un día la educación forjar al hombre capaz de embridar esos instintos que lo atenazan con sus egoísmos y sus miedos?

REORGANIZACIÓN Y ESPERANZA

Quien no ha vivido una experiencia como aquella en la que habíamos puesto lo mejor de nosotros y las más queridas aspiraciones no puede comprender cuán honda es la pena que produce su pérdida. Cierto que resta en la memoria el rescoldo de una llama que fue y la esperanza de que en otra ocasión puede encenderse de nuevo; mas... por el momento todo ha desaparecido y el vacío nos abruma con un peso desmoronador e imponderable. Embargados por este sentimiento llegamos a Barcelona sin saber qué camino tomar ni si había algo que valiese la pena y pudiésemos emprender. Pero la vida nos reclama, la lucha sigue su marcha y las necesidades nos espolean. Sentimos el afán de hacer algo. Pero ¿qué? No lo sabemos exactamente.

Al fin, por conducto de la prensa y por medio del Comité Regional de Aragón -que se hallaba refugiado en Barcelona- nos volvimos a reunir en un colegio de San Gervasio sostenido por S.I.A. (Solidaridad Internacional Antifascista), donde estudiamos con la máxima serenidad posible de qué modo podríamos reemprender nuestra tarea y dónde nos permitiría la suerte instalarnos con relativa seguridad. A este propósito hablamos con los de S.I.A., y el compañero Herrera nos aconsejó que fuéramos a la comarca de Figueras, ya que allí, la sección francesa de la S.I.A. podría suministrarnos cuanto precisáramos y de ese modo no complicaríamos el desenvolvimiento de la sección española cuya administración se hallaba en estado bastante precario. Nos dio una nota para los compañeros de Figueras y allí que fuimos. En Llansá, donde los franceses mantenían la colonia "Ascaso-Durruti", integrada en gran porcentaje por chicos procedentes de Madrid, los compañeros nos buscaron una casa -no demasiado amplia pero sí bien distribuida- en la que nos instalamos a mediados de abril de 1938, no sin dificultades. Todo lo habíamos dejado en Aragón. Por lo tanto, teníamos que buscar muebles y cuanto es indispensable para instalarse medianamente una cuarentena de personas. Lo más difícil era encontrar libros. Sólo unos cuantos pudimos reunir y aún éstos no demasiado útiles para nuestros planes de trabajo.

De los chicos que teníamos en Aragón volvieron a la Escuela menos de la mitad, ya que Santamaría, Paricio, Orús, Soldevilla y algunos más se habían incorporado a filas, y otros se habían reunido con sus familias; por

lo que nuestra Escuela se complementó con jóvenes catalanes, andaluces y castellanos.

Por cierto, que una vez instalados hicimos amistad con los responsables de la colonia "Ascaso-Durruti" -que eran franceses- quienes nos pidieron si queríamos admitir con nosotros a siete u ocho muchachos madrileños que perturbaban -según nos dijeron- la paz de la colonia. Pese a estos antecedentes tan poco recomendables, a mí la proposición me encantó; porque estaba convencido de antemano, viendo la escasa actividad de la Colonia en la que no había talleres, animales ni tierra de cultivo, de que aquellos chicos calificados de rebeldes tenían que ser forzosamente inteligentes.

Como yo había supuesto, los muchachos madrileños hicieron prueba de un dinamismo y de una personalidad relevantes. Tanto los hermanos Martínez-Conde como Arenas, Alberto y los otros se habían rebelado contra ciertas arbitrariedades y se sentían incómodos porque necesitaban cauces adecuados para expansionar su persona y dar utilidad a su energía. Desde el primer instante, una comunicación abierta y simpática se estableció entre todos los zagales. Los evacuados de Aragón explicaban nuestras pasadas vivencias y los de Madrid sus no menos numerosas vicisitudes, e iban compenetrándose como si hubieran vivido siempre juntos.

No obstante, en Llansá nos sentíamos desarraigados. El ambiente era más bien de indiferencia; pues pese a que la población en general se manifestaba abiertamente antifascista, las transformaciones revolucionarias apenas se habían notado. Se daba la circunstancia además de que casi todos los jóvenes se hallaban movilizados; por lo que tanto la C.N.T. como la U.G.T. quedaron semi abandonadas, y los habitantes sólo anhelaban que se acabara la guerra cuanto antes. Desde el punto de vista económico no nos faltaba nada puesto que los artículos que escaseaban en el pueblo iban a comprarlos a Francia, e incluso se hacía estraperlo con otras poblaciones más alejadas de la frontera; pero no había gente con la que departir y desarrollar alguna actividad cultural o social, viéndonos obligados a encerrarnos dentro del reducido círculo que constituía nuestro grupo.

Además, desprovistos de una biblioteca bien surtida, de campo de cultivo y de instalaciones para la cría de animales, tuvimos que iniciar las clases de manera un poco tradicional; si bien esta deficiencia fue contrarrestada con mucho diálogo y dejando la iniciativa a los chicos en cuantas direcciones fuera posible. Sin embargo mejoró mucho nuestra revista "Nueva Iberia" y esto por las siguientes razones: contábamos con muchachos ya experimentados -y que habían sufrido lo suyo- entre los que destacaban Adolfo, Arenas, Pilar, Héctor y, finalmente, Dueso, al que habían licenciado del ejército por enfermedad incurable y que se curó entre nosotros dicho sea de paso. Coincidió asimismo que Segura, un joven de Aragón que había trabajado en la imprenta de Alcaiz, donde la C.N.T. imprima su diario "Cultura y Acción", había venido a la Escuela donde perfeccionó con su arte la presentación de la revista. Por otra parte, los chicos madrileños dibujaban formidablemente, y en especial destacaba Martínez en manejar la gubia haciendo filigranas en el linóleum. De modo que disponíamos de todo lo necesario para hermosear nuestra revista con bellas ilustraciones.

Por medio de esta publicación conocieron algunos amigos del frente dónde habíamos ido a parar y quisieron enviarnos alguna ayuda; aunque en realidad teníamos pocas necesidades no satisfechas puesto que S.I.A. francesa nos suministraba lo más preciso con regularidad.

Fuimos adaptándonos a un vivir sosegado y estrecho aunque sin abandonar el deseo de sentirnos útiles de algún modo, y esto fue lo que decidió a los chicos a construir unas cuantas jaulas para conejos e iniciar la instalación de una granja cunícola que en poco tiempo alcanzó cierta importancia. Asimismo, habiendo llegado a Llans, desde Aragón un rebaño de unas treinta cabras, también nos hicimos cargo de ellas. Claro que, siendo animales de alta montaña, apenas daban más de un cuarto de litro de leche cada una; pero nos dieron algunos cabritos y con ellos pudimos subsanar de momento la carestía de carne que padecíamos.

Sí, aquel sosiego cerca de las playas recónditas de Llansá había sido el mejor sedante como compensación a nuestras pasadas agitaciones; pero con frecuencia sentíamos un aldabonazo de culpabilidad viéndonos tan protegidos y tranquilos mientras que España entera se defendía

desesperadamente contra el fascismo europeo, confabulado para extinguir nuestro pujante brote revolucionario.

De vez en cuando recibíamos alguna visita: de unos amigos que estaban de permiso, de algún pariente -entre éstos mis hermanos Francisco y Presen- y, con cierta regularidad, también delegaciones de S.I.A. que, habiendo tenido noticia de nuestras realizaciones por medio de la Revista, llegaron a interesarse cada vez más por nosotros.

En esas condiciones de laboriosidad restringida y de relativa paz nos llegó un día la noticia de que mi hermano José, que se hallaba luchando en el frente de Teruel, había muerto defendiendo una cota cerca de Mora de Rubielos. No me vino de nuevo la fatal noticia; pero aún presintiéndolo desde hacía algún tiempo, el impacto que hizo en mi ánimo aquel golpe fue tremendo. No podía avenirme al hecho de que José, aquel joven de 25 años desbordante de curiosidad generosa, con una mente cuajada de ideas y proyectos y un dinamismo exuberante acababa de desaparecer para siempre, víctima de la violencia y la insensatez que siguen atenazando a los hombres. Pero una vez más hubo que superar el dolor y la desesperanza. Sí; pues por fortuna, la esperanza es, como el ave Fénix que revive eternamente, la que nos impulsa a seguir avanzando en pos de un bienestar y de una paz que, !ay!, en virtud de no sé qué ignorados atavismos no hemos sabido conquistar todavía.

Faltos de comunicación con la gente, dábamos satisfacción a nuestras preocupaciones sociales y a nuestra curiosidad investigando y analizando a través de los libros; mas como quiera que aún después de haber enriquecido nuestra biblioteca con nuevos ejemplares ésta seguía siendo bastante elemental y fragmentaria, tuvimos que confiar demasiadas veces en mi reducido bagaje cultural y en no pocas solicitar datos a los organismos competentes residentes en Barcelona.

No por ello nuestra actividad sufría merma, sino que los chicos, por ese dinamismo investigador iban adquiriendo nuevos conocimientos y ensanchando su capacidad crítica; pues tanto lo referente al campo de lo físico como al de lo psíquico y sociológico los sometíamos a enjuiciamientos exhaustivos dentro de nuestras posibilidades. Podríamos

decir que en Llansá, tanto las clases como los juegos y las actividades en el taller y en la imprenta constituían una asamblea permanente. Incluso cuando alguna noche se iba la luz -lo que al final ocurría de manera frecuente con motivo de las alarmas por los bombardeos aéreos- seguíamos conversando o cantando las canciones de nuestro folklore, sobre todo las tan melodiosas de la región catalana que Floreal solía entonar con mucha emoción y que sirvieron para ponernos en contacto con las gentes de aquel pueblo.

VISITA INESPERADA Y CAMBIO

Cierta tarde, Aurora Cuadrado vino a visitarnos acompañada de un inspector escolar que estaba a la sazón al servicio de S.I.A. encargado de inspeccionar y orientar los diversos centros que esa organización tenía en Cataluña para acoger a los muchos niños que iban evacuando de las distintas regiones. Conversamos un poco alrededor de nuestras actividades en la Escuela, de nuestra intencionalidad pedagógica y de otros asuntos más generales; pero cuando el inspector dio una ojeada a los cuadernos de los chicos y vio que no contenían ninguna nota evaluativa, muy extrañado me dijo:

-¿Cómo es que no pones notas de calificación para saber cómo va cada muchacho y los progresos que realiza?

No pudiendo menos que sonreír, le contesté:

-¿Crees de verdad que esas anotaciones tienen alguna utilidad? Porque a juicio mío no son más que objeto de un control burocrático que sólo sirve para discriminar a los chicos, disgustarlos personalmente y provocar la rivalidad entre ellos. Yo considero en cambio, que si el maestro sabe identificarse con ellos y constituir un grupo homogéneo de trabajo resulta facilísimo seguir paso a paso los progresos que realizan. Pero aún así, el maestro tendrá que tener mucho cuidado en no hacer otra cosa que servir de espejo y de estimulo; ya que las adquisiciones de los alumnos, sus rectificaciones y el desarrollo global de su persona

han de hacerlo ellos mismos al compás de sus intereses y de su libérrima voluntad.

El inspector hizo unos razonamientos muy clásicos, aunque con expresión un tanto balbuceante, mientras que Aurora sonreía disimuladamente con cierto sarcasmo, y yo no tuve que volver a intervenir puesto que ya lo hicieron por mí Dueso, Luis, Segura y otros, que combatieron con energía el hábito tradicional de las evaluaciones, y de esa forma quedó zanjada a rajatabla la discusión sobre ese inveterado problema.

Poco después, cuando Aurora y el inspector se hubieron marchado, no sin que antes hablara ella particularmente con algunos muchachos, y observara la casa, el conejar, la imprenta y alguna de las monografías que los chicos acababan de confeccionar, atendiendo al deseo expresado por los mayores se hizo una reunión para discutir sobre el significado de aquella visita. Fue Héctor el que primero tomó la palabra en estos términos:

-Yo no sé lo que pensaréis vosotros; pero a mí me parece bastante ridículo este control de S.I.A. ¿Sabéis qué ha murmurado a mi oído con tono indignado ese señor? Pues que era una vergüenza el que nuestros cuadernos no estuvieran corregidos por Félix.

Se oyeron risas y algunos comentarios no muy favorables sobre el Inspector, y al fin dijo Pilar:

-Eso suele hacerse en todas las escuelas; mas como yo no veo claro qué objeto pueden tener, me gustaría -continuó, dirigiéndose a mí- que nos dieras tu opinión sobre si esa practica tiene algún valor pedagógico.

-Si esa costumbre tuviera alguna intención, -contesté yo- no podría ser otra que la de constatar si el maestro sabe realmente dónde hay que poner el acento o qué palabras se escriben con H, etc. Porque estoy seguro de que nadie revisará esos cuadernos, salvo algún padre controlador que quiera medir la sapiencia ortográfica del profesor de sus hijos, sin importarle un bledo que el potencial imaginante de

los jóvenes se vaya marchitando en medio del atroz aburrimiento que resulta de llenar páginas y más páginas de manera forzada y distraída. Yo puedo deciros que a través de experiencias llevadas a cabo en el Instituto Rousseau por Piaget, Wallon y otros, se ha comprobado que entre los discípulos que siguen regular y perseverantemente las reglas ortográficas y aquellos que aprenden a escribir correctamente sin ellas pero utilizando el lenguaje hablado y escrito como vehículo de comunicación a partir de unas motivaciones profundas que dinamizan y amplifican la atención del sujeto, apenas hay diferencia en el tiempo para lograr su dominio; lo que quiere decir que es poco rentable el aprendizaje sistemático de tantas reglas.

-No niego que esa experiencia sea cierta -intervino Segura-; pero lo que yo me sé es que aquí, la mayoría de nosotros hacemos faltas de ortografía y eso no me parece correcto.

-Lo que acabas de señalar me parece muy en su punto, Segura; aunque yo no he dicho que las reglas ortográficas sean innecesarias. Me he limitado a informaros de que su aprendizaje sistemático no es indispensable para aprender a escribir correctamente, según pruebas realizadas por psicólogos eminentes en el Instituto Rousseau. Y por otra parte: ¿Nunca os habéis encontrado con personas que habiendo cursado estudios universitarios cometieran errores gramaticales? Pues yo, más de dos y más de tres. Ya siendo chico quedaba muy sorprendido viendo a un veterinario que vivía en el piso alto de mi casa que escribía por ejemplo, era de trillar con h y valle con b. Este y otros casos parecidos me han hecho pensar en que si unos señores que han pasado por la Universidad cometen errores tan garrafales, ello quiere decir: o que la gramática se enseña mal o que por el simple hecho de querer condensar su aprendizaje en una serie de reglas áridas en extremo, resulta poco aconsejable ante la pérdida de energía e interés que ello representa para el alumno; porque está bien claro que el estudio sistemático de unas reglas, al desligarlo de todo otro interés o motivación resulta algo tan artificioso que en nada coincide con las tendencias biopsíquicas del hombre. Y con todo lo que he dicho he querido poner de relieve dos

cosas: que no hay nada sorprendente ni catastrófico en que nosotros hagamos faltas, que no es la insistencia enojosa el mejor método para llegar a dominar la técnica del lenguaje y que hemos de intentar formas de aprendizaje más eficaces; lo que supone que hemos de tener en cuenta a la vez aprovechar al máximo con un mínimo de desgaste la energía creadora del individuo.

-Si la ortografía es tan artificial -interrumpió Dueso- ¿no será lo mejor no preocuparse de sus reglas y que cada cual escribiera como le diera la gana?

-Sin duda que es más agradable no ocuparse en absoluto de normas ortográficas; aunque me imagino -querido Dueso- que por ese procedimiento llegaría un momento en el que la comunicación escrita se haría imposible, ¿y quién sabe si no también la hablada? Creo que debemos pensar en primera instancia que es importante facilitar la comunicación en vez de dificultarla, y asimismo aprender a valorar el papel de lo enojoso al lado de lo fácil y ameno. Para ello hemos de considerar que somos el producto evolucionado de la animalidad y que esa evolución no se ha hecho sin esfuerzo. Nadie puede negarnos la importancia del lenguaje, pues es una adquisición del homínido que le permitió transmitir sus experiencias de generación en generación y crear una cultura. Luego su aprendizaje, al lado de otras muchas normas de nuestra cultura -cálculo, técnicas diversas, reglas de higiene, de convivencia, etc.- son indispensables para facilitar nuestra relación con los otros. Hemos de tener en cuenta que hecho el aprendizaje, éste pasa a ser un hábito; lo que permite desenvolvernos con holgura sin que el cerebro tenga que hacer un gran esfuerzo en cada instante para dar respuestas adecuadas a cada situación. Ello en definitiva, elimina la angustia y nos da seguridad en nuestro vivir cotidiano en provecho de nuestra salud y al servicio de una personalidad idóneamente estructurada. De ahí la importancia que, en mi opinión, tiene elaborar sólidamente la voluntad por el vehículo de un esfuerzo conscientemente aceptado; para de ese modo, adquirir conocimientos y estructurar hábitos que

hagan más sencilla y cordial nuestra recíproca convivencia. Ello -repito- no se consigue sin esfuerzo. Pero vale la pena; porque la misma libertad que ello nos confiere pone alas a nuestra imaginación para poder seguir creando y no ser víctimas de conductas ni esquemas estereotipados.

-Todo eso me parece muy bien -dijo Carmen-; aunque quisiera que no nos alejáramos del tema y nos explicaras, si es que lo has meditado, de qué forma podríamos aprender esa retorcida ortografía que no acabamos de retener bien del todo nunca.

-No voy a repetir lo que ya se ha dicho a propósito de las dos formas bien diferenciadas que pueden utilizarse para este aprendizaje. Analicemos ahora las tres actitudes que se consideran fundamentales y que a ser posible han de converger para adquirir un aprendizaje -el que sea- con relativa perfección: atención responsable, operatividad e interés consciente.

PRIMERO: Tanto mediante el estudio sistemático como por el ejercicio de la lectura, si no ponemos atención apenas distinguiremos las palabras que van con B de las que van con V. Las reglas gramaticales pueden facilitar enormemente su empleo pero tampoco las retendremos en la memoria si no ponemos atención. En este punto nos enfrentamos con el valor de la percepción y de la acción personalmente responsable. Los partidarios de la "Teoría Gestalt" y otros muchos, defienden que la percepción de la forma es el estímulo fundamental de nuestro aprendizaje y del conocimiento efectivo. Parece indiscutible que sin percibir las formas resultara poco menos que imposible aprehender el mundo circundante y reestructurarlo in mente; pero la percepción no basta, pues también los animales superiores perciben y si no hubiera algo más llegarían a los mismos resultados que nosotros. Se comprende pues, que al lado de la percepción haya de intervenir una voluntad elaborante y una memoria que recuerde, además de los objetos, su significado. No me basta por ejemplo, recordar cómo se escribe la palabra inhibirse; es preciso asimismo que piense en qué significa la acción de inhibirse. Entonces, uniendo su grafismo a su semántica, adquiere para mí un valor

de conducta y de relación. De ese modo la hago mía y le doy un contorno imborrable.

Ahora bien, ¿puede obtenerse ese resultado por la imposición o el sistema rutinario? Yo imagino que no, y que tanto para dinamizar la atención como para captar la relación que tienen las palabras entre su forma y su contenido hace falta un interés responsablemente sentido; cuanto nos dice de manera inequívoca que únicamente en un ámbito de libertad y al socaire de la curiosidad puede adquirirse el dominio de la lengua y todas las demás técnicas y conocimientos.

SEGUNDO: En cuanto a la operatividad, la explicación es más sencilla. Nada puede aprenderse realmente si no se manipula y repite hasta conseguir su dominio. En materia de lenguaje, pues, hay que leer, escribir, o mejor aún, componer con letras móviles a ser posible; porque de ese modo, al operar con letras, signos y palabras la mente se familiariza con las estructuras y las formas convencionales. Pero volvemos a lo mismo: si esa operatividad se efectúa sin atención -ya sea como respuesta a una imposición o como resultado de un apetito de cambio mal estructurado- el ejercicio carecerá del estímulo necesario y por tanto del interés que es indispensable para dejar huella en la memoria.

TERCERO: El interés es la actitud fundamental, psicológicamente hablando, de todo aprendizaje. Mientras no entre en juego la atención como resultado de un interés sentido desde lo más íntimo, podremos, en el mejor de los casos, aprender; pero el aprendizaje así logrado no cala, olvidándose rápidamente si nuevas motivaciones no vienen a despertar el apetito de saber.

Luego, estas tres actitudes -atención responsable, operatividad e interés- sea cual fuere la forma de aprendizaje que adoptemos, no podrán mantenerse a base de una obligatoriedad impuesta desde fuera sino que han de ser el resultado de un interés más o menos consciente. En el caso de los niños, para iniciarles en el aprendizaje de la escritura y la lectura, la estructuración de frases por la técnica de la imprenta puede ser un método excelente gracias a la composición y repetición de estructuras que imprime a las operaciones un cierto carácter lúdico.

Y para terminar, quisiera hacer unas breves consideraciones de carácter general a propósito del lenguaje. No es preciso insistir sobre la importancia que ha tenido para la evolución del hombre. Es el vehículo de la intercomunicación humana y el instrumento que nos ha permitido la cincelación de una cultura; pero ¡ah!, tiene dos vertientes antagónicas: sirve para expresar adecuadamente cosas y fenómenos, pero también para crear fantasías y fábulas que desgraciadamente hemos abrazado a veces como verdades inconcusas.

Si la palabra pues, sirve para decir verdades y mentiras, describir los hechos reales y los fantasmas de nuestra imaginación, sólo un sentido crítico bien elaborado con base en el conocimiento puede permitirnos distinguir lo verdadero de lo falso y lo conveniente de lo nocivo. Y si es importante saber respetar aquellas reglas y convenciones que dentro del consenso colectivo se consideren necesarias para entendernos, lo es mucho más saber dar al lenguaje una expresión de vida y de creatividad que faciliten la rectificación de nuestras conductas erróneas y nos haga ascender hacia el diálogo y el concierto.

Fue así cómo la visita de aquel Inspector suscitó el análisis de unos aspectos que si bien manejábamos a diario, todavía no habíamos estudiado a fondo. A partir de ese día se insistió más en los procesos psicológicos del lenguaje y nos parábamos con mayor minucia en examinar la realidad y el papel explorador de la inteligencia.

• • •

Así andábamos, sumergidos en nuestros trabajos y gozando del mar y del aire del Mediterráneo luminoso de la Costa Brava, cuando un día, una delegación de S.I.A vino para hacernos una proposición que nos dejó en cierto modo perplejos. Querían que nos instaláramos cerca de Barcelona para poder mostrar a los extranjeros que venían a conocer las instituciones revolucionarias de España el ejemplo de nuestra Escuela. Les rogamos que nos dejaran tiempo para reflexionar y a renglón seguido celebramos varias asambleas. Por fin, el deseo de servir a S.I.A. y de hacer algo por prestigiar a nuestro pueblo inclinó la balanza y ya en octubre, cuando se veía claramente que la guerra iba de mal en peor, dejamos

la Costa Brava y nos instalamos en Sant Vicenç dels Horts donde nos habían preparado un amplio chalet que se hallaba situado en las afueras del pueblo.

NUESTRO ÚLTIMO CENTELLEO Y LA DEBACLE

A finales de octubre nos instalamos en aquella alegre residencia, no lejos de algunos campos que la Colectividad del lugar nos había ofrecido de manera espontánea. Pudimos organizarnos rápidamente gracias a la organización S.I.A. que puso a nuestra disposición todo cuanto nos era necesario para instalarnos adecuadamente. Por otro lado nos dieron acceso a algunas librerías que nos proporcionaron libros y otro material didáctico indispensable.

Por aquellas fechas, ya en noviembre de 1938, los ánimos estaban muy bajos y la mayoría de pueblos habían quedado sin juventud. No obstante, las Juventudes de Sant Vicenç -chicas, la mayoría- nos acogieron con verdadero júbilo. María Soto, Mercedes, Nuri, entre otras muchas cuyos nombres no recuerdo, se ofrecieron para todo cuanto estuviera al alcance de ellas y solicitaron de nuestros muchachos ayuda para dinamizar la poca juventud que quedaba en la localidad.

En la Escuela, al número de alumnos que ya traíamos se añadieron algunos muchachos catalanes y otros que habían sido evacuados de diferentes regiones. Y como en el barrio había muchos niños sin escuela, tuvimos que organizar unas clases elementales, en una de las habitaciones del primer piso, de las que Pepi se hizo cargo, con una matrícula de cuarenta alumnos. Los internos eran ya más de sesenta. Luego tanto la diversidad del alumnado y su número como el cuadro social que nos enmarcaba se prestaban sin duda a realizaciones muy estimulantes que exigirían de nosotros entusiasmo y dinamismo.

La reacción de aquellos jóvenes no se hizo esperar; pues ya sea por la solidaridad que nos iba apretando más a medida que las dificultades de la guerra crecían o por la libre participación de que gozaban -algunos por primera vez en su experiencia vivida- se lanzaron a la investigación y a la adquisición de conocimientos con un entusiasmo verdaderamente impresionante. Yo era el único responsable adulto entre ellos; pero la mayor parte del tiempo permanecía en mi rincón atareado en la confección de unos apuntes sobre el valor de la educación autogestionada o tomando nota de cuanto los jóvenes iban descubriendo en múltiples campos: científico, social, económico, artístico, convivencial, etc. Recurrían a mí cuando surgía alguna duda o para solicitar la fuente más idónea que les

permitiera averiguar sin pérdida de mucho tiempo. A menudo se daba el caso de estar yo tan ignorante como ellos. Entonces buscábamos juntos. En varias ocasiones, Dueso, acompañado de algún otro de los mayores, tuvieron que desplazarse a la Biblioteca Central u a otro sitio en busca del documento que necesitaban.

Era tal el celo y la atención que los zagales ponían en sus búsquedas que en más de una ocasión llegaron visitantes de Barcelona o de más lejos para observar nuestros quehaceres y se quedaban parados en la puerta, dudando de que allí, en medio de tanto silencio, hubieran 60 muchachos trabajando y estudiando.

Pronto tuvimos que alterar el ritmo de nuestras actividades habituales por exigencias del exterior a las que no podíamos permanecer indiferentes: Por un lado, el alcalde -que era un miembro de la C.N.T.- nos pidió que durante unas pocas horas al menos fueran dos muchachos a prestar ayuda en la Alcaldía pues se habían quedado sin auxiliares de secretario; los compañeros de la Federación Local de Sindicatos también pidieron ayuda al no poder llevar satisfactoriamente las cuentas y la correspondencia porque los compañeros de la última Junta habían sido movilizados; a las Juventudes Libertarias les ocurría otro tanto, y la Colectividad campesina, que, según comprobamos luego, nunca había marchado bien, quedaba en manos de unos hombres que no conocían el campo ni poseían una verdadera conciencia revolucionaria. De ahí que también solicitaran de nosotros, por nuestra experiencia al haber vivido en las colectividades de Aragón, que les echáramos una mano. Por si esto fuera poco, del Sindicato de Oficios Varios de Molins de Rey -entonces Molins del Llobregat- nos rogaron que mandáramos a alguien para hacerse cargo de su escuela racionalista que se había quedado sin maestro.

Ante aquel desvencijado cuadro ¿cuál era nuestro deber? Convocamos una reunión para decidir de qué forma podíamos remediar la situación y cómo iba a distribuirse el trabajo, habiendo llegado a los siguientes acuerdos:

A partir de las cuatro de la tarde, Dueso y otro muchacho irían al Ayuntamiento; tres de los mayores se harían cargo de poner al día la

Federación Local de Sindicatos; otra media docena de zagales irían a las Juventudes donde montarían unas clases de contabilidad, de perfeccionamiento del lenguaje y de análisis sociológicos, y tres más de los pocos que quedaban disponibles de la Escuela de Monzón procurarían poner orden en la Colectividad.

Respecto a la Escuela de Molins convencimos a Pilar para que se pusiera al frente de ella; lo que hizo no sin cierta resistencia al principio, puesto que tenía miedo de no saberse desenvolver. No tardaría Pilar en mostrarse muy satisfecha ante el éxito que iba obteniendo y del que yo estaba seguro dadas las dotes de discreción y afectuosidad que la adornaban.

No puedo juzgar de primera mano los resultados que dieron los demás muchachos en tan variadas funciones; pero ateniéndome a lo comentado por los compañeros del pueblo, todo aquello funcionó mejor de cuanto podíamos esperar de tan improvisado ejercicio. En las Juventudes Libertarias sobre todo, donde quedaban aún personas con cierto entusiasmo, las clases se desenvolvían a plena satisfacción de todos.

Requiere especial mención la colectividad campesina para que, a ser posible, no se vuelvan a repetir las mismas aberraciones en nombre del colectivismo libertario. El Comité se había erigido en núcleo dirigente cuyos componentes vivían sin dar golpe y pagaban a los obreros -oriundos casi todos de Andalucía y de Murcia -un jornal mísero. Cuando llegamos nosotros al pueblo, hacía casi un año que no se había celebrado asamblea y todo el mundo estaba descontento. Sin embargo, en la caja había mucho dinero, dos o tres millones de pesetas si no recuerdo mal; lo que quiere decir que no había habido deshonestidad por parte de la Junta, sino más bien ignorancia e inexperiencia.

Viendo tantas irregularidades suscitamos a los compañeros la necesidad de convocar una asamblea urgentemente. Así se hizo y a ella asistieron, de nuestra Escuela, Dueso y Segura. Hubo muchos comentarios previos de que se iba a cambiar todo de arriba abajo.

Nuestros muchachos habían quedado muy extrañados de la falta de iniciativa que se notaba en la colectividad, tanto por parte de los

componentes de la Junta como del resto de los colectivistas, y con este motivo decidieron convocar una reunión en la Escuela, con asistencia de las Juventudes Libertarias y otras gentes interesadas en el proyecto, para hacer un análisis serio de la situación y poder llegar a algún resultado práctico.

Se hizo la reunión; en la que, después de un amplio informe sobre los incidentes ocurridos en la asamblea de la Colectividad y sobre el estado lamentable en que se hallaba ésta, fueron varios los jóvenes que tomaron la palabra; pero casi todos más bien en tono de censura que aportando soluciones correctoras.

Cuando parecía que no íbamos a salir ya de ese círculo, a María Soto se le ocurre dirigirse a mí con esta pregunta: ¿Cómo es que en Aragón las colectividades funcionaban tan bien y sin conflicto y aquí, la nuestra, sólo marcha a trompicones?

- En primer lugar -tuve que decirle- no es cierto que en Aragón todas las colectividades funcionaran bien; pero de cualquier modo, lo primero que hemos de hacer cuando queremos llevar a cabo con éxito un proyecto -el que sea- es sentirnos identificados con él intelectual y humanamente. Y eso es lo que aquí ha faltado. Deberíamos preocuparnos un poco más en conocer al hombre. Entonces nos daríamos cuenta de que sólo podemos llevar a feliz término un proyecto si todos o al menos una mayoría de los individuos implicados en él se lo han propuesto de manera consciente y responsable; es decir, si se hallan identificados realmente. Dueso, tan puntilloso como siempre, me salió al paso con la siguiente pregunta: ¿Cómo es que ahora pones el acento en eso de la identificación cuando siempre te ha parecido que lo más importante era la cooperación solidaria?

-En realidad, amigo Dueso, ¿qué contradicción ves tú entre identificación y cooperación? Son dos actitudes que se complementan para formar el grupo solidario. Es decir: cuando alguien, libremente, abraza un ideal comienza a identificarse con él; pero sólo a medida que lo estudia y lo analiza en profundidad llega a identificarse de

> *manera consciente. Ahora bien; si se trata de una proyección colectiva, únicamente podrá desarrollarse y convertirse en un cuerpo dinámico si los que se hallan identificados con ella saben cooperar de manera consciente y responsable. Nada en el área humana sería posible sin la cooperación.*

La discusión se prolongó en torno a estos conceptos y finalmente se acordó, como paso importante para la buena marcha de la colectividad, plantear la necesidad de una nueva asamblea para llevar a ella las siguientes proposiciones: duplicar el sueldo asignado a los colectivistas, celebrar asambleas con bastante frecuencia, dar charlas sobre colectivismo y poner de relieve la necesidad de que todos los colectivistas participen de manera directa y responsable en los análisis y decisiones que a todos les afectan.

Los muchachos y muchachas de las Juventudes Libertarias se manifestaron muy bien dispuestos a moverse en el sentido de lo acordado y aún se prolongaron los interrogantes hasta más de medianoche en que se levantó la asamblea.

Cierto que de poco serviría todo aquel dinamismo organizativo; pues estábamos próximos a Navidad y fue el 25 de enero de 1939 cuando entraron las tropas nacionales en el pueblo.

¡Qué compleja es la psicología de los hombres! Veíamos hundirse los frentes, amenazada nuestra propia existencia y seguíamos nuestro ritmo de siempre como si nada pasara en torno nuestro.

En el internado había en ese momento más chicas que al principio y todo el mundo trabajaba con verdadero entusiasmo aunque los mayores tuvieran que estar fuera de la Escuela más tiempo que antes. Claro que a ellos esto les servía de estímulo y era motivo de honda satisfacción el hecho de sentirse útiles. Dentro de la Escuela, aunque a un ritmo más lento se seguían elaborando bellas monografías y continuaba reinando la camaradería más estimulante. Cierto que no éramos indiferentes a las vicisitudes de la guerra, cuyos reveses por parte del ejército republicano nos hacían sufrir profundamente; pero el mismo dinamismo, que nos

absorbía todo el tiempo, hacía olvidar en parte el peligro que se cernía sobre nosotros.

Era una especie de euforia la que nos invadía al poder comprobar la labor fecunda de nuestro método en el área educadora. Ver aquellos muchachos con qué sencillez y holgura se aplicaban a las actividades más diversas era sin duda el resultado de una dinámica autogestionaria que les había permitido: la experiencia de una relación solidaria, el aprendizaje de una libertad responsable y el desarrollo de su iniciativa. No en vano, pues, sacaron de apuros al Ayuntamiento, pusieron en buen camino a la colectividad y se responsabilizaron en llevar adelante una escuela de niños; saliendo muy airosos de esas pruebas a las que hubo que hacer frente de modo tan improvisado.

Aún tuvimos otro incidente en el que se pondría a prueba una vez más la madurez de nuestros jóvenes. Algunas compañeras de S.I.A. y del Comité Regional de la C.N.T. nos confiaron sus hijas -niñas de cuatro y cinco años- que precisamente por no haber permanecido bastante tiempo al lado de sus respectivas madres en momentos tan difíciles como los que se vivían a causa de la guerra, padecían, unas de anorexia, otras de enuresis y todas de una personalidad frágil e irritable. Nos pidieron si queríamos guardarlas algún tiempo para ver si su comportamiento se mejoraba, y aceptamos. ¿Qué hicimos con aquellas niñas? La cosa más sencilla que pueda imaginarse. Como Anita y Pilar eran dos jóvenes cuyo carácter afectuoso y sereno nos parecía el más apto para establecer una relación de seguridad y de confianza, las hicimos responsables del cuidado de las niñas. Bastó el afecto que estas dos jóvenes sabían dar, sin mimos ni torpes condescendencias, para que pocos días después de estar entre nosotros, ninguna de las niñas se orinara en la cama. Pilar y Anita las habían estimulado con palabras de elogio que las incitaban a sentirse mayores y responsables, y, efectivamente, lo consiguieron. En cuanto al problema de la anorexia, el mismo método con idéntico resultado: a los tres días, como nadie iba tras ellas a rogar que comieran, ya decían ¡qué buenas están las lentejas! o ¡qué ricas son las patatas!

También en la calle entraban aires juveniles en nuestra Escuela; pues a las sesiones de lectura comentada -que eran muy simpáticas- solían venir a

menudo las chicas de las Juventudes Libertarias para participar en ellas y de paso charlar por los codos con nuestros jóvenes.

Como ya he dicho, no faltaban estímulos que nos hacían olvidar las adversidades de la guerra: S.I.A. seguía administrándonos siempre que podía; unos compañeros del frente nos habían traído una vaca suiza que yo ordeñaba mañana y tarde, y aún pensábamos, no sin incertidumbre, en preparar algunas tierras para la siembra de primavera -en el Bajo Llobregat se acostumbra a iniciarla en enero- pero la debacle se nos echaba encima hasta que todos nuestros sueños se vinieron abajo como castillo de naipes. Justo dos días antes de tener que evacuar, nos llegó una tonelada de chocolatinas enviadas por unos profesores de Suiza que nos habían visitado hacía unas tres semanas. Algunos chicos -Segura, Floreal, María y otros- ya se habían reunido con sus familiares; pero los que quedamos teníamos que tomar una decisión y a tal efecto convocamos una asamblea.

La tristeza que embargaba nuestros corazones en aquella última reunión de la Escuela resulta para mí casi indescriptible. Se acordó que aquellos que quisieran reunirse con los suyos debían hacerlo cuanto antes; aunque casi todos los allí presentes tuvimos que evacuar juntos dado que la mayor parte eran refugiados de otras regiones que habían dejado la familia muy lejos. Como no podíamos ir cargados, cada uno llevaría consigo aquello que más apreciara y unas cuantas chocolatinas. Las otras, la gran cantidad que tuvimos que abandonar serían repartidas entre los chicos del pueblo. A tal objeto y para que vinieran a recogerlas se hizo un pregón. Tan pronto se hubo repartido el exquisito dulce, se presentó el compañero Bazán, de la comarcal de Monzón, que trabajaba en el cuerpo de Tren y partimos con él en un autobús.

En aquella última asamblea, casi todos, con los ojos nublados por la emoción, emitieron su grito de dolor y de rabia. Yo aún pude decirles: "No sé si iremos mucho tiempo juntos ni tampoco a dónde iremos a parar; pero mientras sigáis viviendo, por encima de la horrible tragedia que vive nuestro pueblo deberéis recordar cuanto de admirable han llevado a cabo los trabajadores españoles en este período difícil, y lo que vosotros mismos habéis experimentado al socaire de la solidaria convivencia en

esta Escuela. Ello os hará pensar en que si tantas realizaciones ejemplares son el fruto de la libertad y de la cooperación más generosa, no debemos abandonar esa ruta, la de la libre solidaridad, porque es la única -nosotros ya lo hemos visto- que fusiona a los seres humanos y que puede hacer felices a los pueblos. En estas horas de angustia... sobran las palabras, un pensamiento muy profundo acapara nuestra mente; pero quiero recordaros de nuevo que únicamente aquello que pensamos puede hacerse realidad algún día. Luego si amamos la libertad y nos hemos identificado con ella, día llegará en que su corriente liberará a los pueblos."

Bazán sólo pudo llevarnos hasta Mataró porque tenía que atender otros compromisos urgentes. Nos quedamos al borde de la carretera cuando vimos con asombro que pasaban grupos de niños solos, abandonados y a la deriva. Algunos eran muy pequeños, y al preguntarles hacia dónde se dirigían y por qué iban solos nos dijeron que eran evacuados de otras comarcas y que los responsables habían huido dejándolos, añadiendo que querían venir con nosotros pues tenían miedo de quedarse con los fascistas. Más de treinta niños reunimos, y como había algunos de seis o siete años, requisamos un caballo y un carro al pasar por una gran masía y en él montamos a los más pequeños. Así llegamos a Gerona donde encontramos a mucha gente conocida, Marianet entre ellos -secretario general de la C.N.T.- al que hallé muy decaído, pero sereno. Hablé con él de los niños que habíamos recogido, pero ningún camión pudimos conseguir para evacuarlos. De ese modo llegamos a Figueras, donde unos amigos que estaban en S.I.A. se hicieron cargo de ellos y nosotros pasamos como pudimos al otro lado de la frontera: Dueso, Luis, Cajigós, los Seiras y algún otro habían llegado hasta allí en el carro, que les fue requisado por los gendarmes y ellos conducidos a un campo; Pilar, con la mayoría de los chicos de la escuela fue a parar al Pas de Calais; a mi madre -que se nos juntó en el camino-, Pepi, Ana, Carmen, Teresa, Jesús y a mí nos llevaron a Pontarlier, cerca de Suiza. En Pontarlier, donde fueron llegando niños de todas partes -más de 60 se reunieron- muchos sin familia, aún sacamos fuerzas de flaqueza y organizamos para ellos unas clases.

En agosto nos concentraron en Arques-nan y finalmente nos llevaron al campo de concentración de Argelès, a mediados de noviembre, donde la

suerte nos tenía reservada una gratísima sorpresa; pues estaban allí: Pilar, mi hermana Presen, Pituso, Fernando, Perico y algún otro, que habían sido trasladados desde el Pas de Calais. Tuvimos pues, la ocasión de revivir muchas cosas: clases, coloquios, juegos, y, como queriendo asirnos al pasado, bosquejábamos proyectos, hermosos proyectos, sin sospechar que allí quedaría desmembrado definitivamente el reducido núcleo que de nuestra querida Escuela aún quedaba. Muy en breve, cada uno de nosotros tomaría un derrotero, y todos, como pavesas que lleva el viento, seríamos vapuleados por el enorme ciclón que azotaba a Europa: los más jóvenes regresarían a España, Pilar se iría con unos amigos de su pueblo y yo iría a parar a una finca que la República Española tenía cerca de Orleáns en la que habían concentrado un gran número de mutilados. Allí, con don José Ontañón y la buena voluntad de muchos amigos, organizamos talleres y clases, pusimos en cultivo algunas parcelas e instalamos una pequeña granja donde se pusieron cabras, conejos y algunas gallinas. Pero del mismo modo que en Argelès se había deshecho el último vestigio de nuestra Escuela, la cruenta deshumanización del fascismo nos echaría de Presigny; puesto que, a finales de junio, llegaron los ejércitos alemanes y... a evacuar de nuevo se ha dicho, carretera adelante, hasta Perpignan.

Lo que pasó después... habría que preguntarlo a cada uno y no es tema para este lugar. Pero sí debo añadir, que esa Escuela de Militantes que se inició en Monzón, siguió y sigue siendo el horizonte de mi esperanza. Porque si la experiencia me ha demostrado que los muchachos, a partir de los diez o doce años son capaces de emanciparse de tutelas, de independizarse económicamente, de administrarse y de ir forjando una personalidad libre y responsable por el dinamismo de su curiosidad y la necesidad que sienten de afirmarse, quiero pensar que alguien lo comprenderá y querrá experimentarlo por su propia cuenta, y no cesará de laborar en esa perspectiva hasta conseguir que las escuelas todas se liberen definitivamente de programas, de diplomas y de burócratas. Si no me equivoco pues, y esa experiencia, vivida tan intensamente por aquellos jóvenes que hicieron de la cooperación su cauce, logra ser un estimulo para futuras realizaciones, podremos sentirnos, tanto ellos como yo, entrañablemente satisfechos y muy agradecidos por nuestra suerte.

En Thil, a finales de 1973

EPÍLOGO

Este epílogo o anexo me fue sugerido por el compañero e íntimo amigo José Luis, quien después de haber leído con sumo cariño y también con agudo sentido crítico el original que antecede, quiso comentarlo conmigo para compenetrarse mejor de algunos extremos. El relato de mi experiencia pedagógica le había producido honda impresión y planteado al mismo tiempo muchos interrogantes. De ahí su convencimiento de que yo debía completarlo dando mayor amplitud a determinados aspectos que él consideraba de inmediata y real importancia. Me dijo a este propósito:

"Como imagino que sobre la base de esta experiencia habrás llegado a conclusiones pedagógicas de un alcance psicosocial considerable, veo de gran interés que intentaras sistematizarlas lo más ampliamente posible en un nuevo apartado o anexo al objeto de que tu ejemplo pudiera servir de orientación y de estímulo para futuras realizaciones. ¿No te parece?"

"Yo podría señalarte muchos aspectos que a juicio mío merecen y exigen una exposición más detallada; pero sobre todo se me ocurren tres que adquieren prioridad tanto por el trasfondo polémico que encierran como por ser promesa de un futuro sociológico más en armonía con nuestra condición humana. Te los voy a enumerar:

a) *A partir de vuestra experiencia sobre escuela autogestionada, ¿qué posibilidades intuyes para el futuro desenvolvimiento de la función educadora?*

b) *Respecto a la dinámica de grupo -de la que tanto se usa y abusa en nuestro tiempo- ¿qué orientación te parece la más idónea para dar solución a la problemática de nuestras relaciones?*

c) *¿Qué puedes extraer de vuestras vivencias como energía y cauce susceptibles de propugnar y de ir afianzando la prospectiva libertaria?"*

Hasta aquí los principales interrogantes de José Luis. Cierto que al hacer la descripción de nuestra dinámica convivencial en la Escuela se encuentran acontecimientos e ideas que coinciden con la intencionalidad

de estas proposiciones; aunque, a decir verdad, no han sido éstas ampliamente desarrolladas ni sistematizadas como conviene para facilitar la comprensión, ni mucho menos se cierra mi relato con una síntesis bien coordinada. Agradezco, pues, la feliz sugerencia de mi entrañable amigo y voy a intentar enmendar mis omisiones o deficiencias en las páginas que siguen.

PEDAGOGÍA AUTOGESTIONARIA

Las ventajas de esta pedagogía son, desde todos los puntos de vista, realmente inequívocas, y para constatarlo nada hay tan sencillo como observar la conducta de los jóvenes cuando de veras se les da la posibilidad de desenvolverse por una dinámica autogestionaria.

He podido comprobar, no sólo en la Escuela de Monzón sino en otras ocasiones similares, que la autogestión en un ambiente de creatividad responsable, esteriliza por sí misma la distorsionante disciplina al unificar los intereses y las corrientes afectivas del grupo. En esa situación, la cooperación brota espontánea, dado que el individuo siente honda necesidad de intercambiar ideas y experiencias, y de ese modo, la información se adquiere con menor esfuerzo y mayor rendimiento y el trabajo resulta asimismo mucho más rentable. Al mismo tiempo, como la libertad en la que se mueve el grupo estimula la iniciativa y la imaginación de sus participantes, por la dinámica del apoyo mutuo se van abriendo a la exploración áreas nuevas y la actividad creadora se hace cada vez más sugestiva.

En el caso de nuestra Escuela, esa creatividad pudo manifestarse en dos dimensiones, ambas fundamentales para el normal desenvolvimiento y equilibrio de la persona humana: la que se refiere al mundo de las abstracciones o pensamiento y la que concierne a las actividades manuales que es donde adquieren forma palpable los objetos.

He de hacer una distinción a este propósito para que no se nos confunda con las escuelas llamadas de trabajo -inspiradas en el método de Karchensteiner- o con otras muchas en las que existen talleres, animales y jardines. No se trata de menospreciar esas interesantes adiciones, que son

elementos de ensanchamiento educacional y que fueron introducidas con la noble intención de llevar a la Escuela elementos de vida y técnicas para un aprendizaje más funcional y efectivo. También para nosotros contaban esos elementos, pero con una diferencia que constituye precisamente uno de los aspectos más revolucionarios en el ámbito económico y también psicológico como podremos constatar inmediatamente:

En nuestra intencionalidad de crear un grupo totalmente autogestionado, el trabajo productivo ocupó un lugar de especial interés desde el primer instante; pues entendíamos que el pilar básico de tan ambicioso proyecto debería ser su autofinanciación; lo que conseguimos, y de la manera más óptima, como ya en su momento se ha dicho, con sólo tres horas de trabajo productivo al día como término medio. Es necesario no obstante, poner de relieve el aspecto revolucionario de esta realización en su doble vertiente: la económica y la psicológica.

Respecto a la primera, no hacen falta muchas explicaciones para comprender cuánto ahorraría la sociedad si los estudiantes, a partir de los doce o trece años subvinieran a sus necesidades sin otra inversión que la que exigirían unas adecuadas instalaciones donde poder vivir con un mínimo de confort, desarrollando un trabajo productivo medianamente rentable y todo cuanto tenga relación con el aprendizaje del hombre en sus diversas manifestaciones artísticas y de acomodación al medio.

Pero hagamos el análisis del aspecto psicológico, que es, en nuestra perspectiva sociológica, el más importante. ¿Qué descubrimos en la Escuela de Monzón? La infraestructura económica que, revalorizando al individuo y al grupo, podría servir de base para una renovación profunda de todo el entramado educativo y, por ende, de todo nuestro sistema social; porque sólo cuando los jóvenes hagan la experiencia de su autonomía en un ambiente de cooperación solidaria y responsable podrán llegar a ser hombres independientes, responsables y solidarios, capaces de estructurar una sociedad libertaria de apoyo y de respeto mutuos.

Los jóvenes que trabajan y se administran mancomunadamente, que aprenden a inventar juntos, que sin mandatos del exterior proyectan,

exploran, fabrican e inventan, se sienten satisfechos de su actividad realizadora y seguros de sí en esa atmósfera de solidaridad y de confianza que se reproduce sin cesar por la misma dinámica cooperadora. Esos jóvenes, felizmente no conocen el miedo y la angustia que un ambiente de competición genera rodeando al individuo de rivales y enemigos y hundiéndolo en la esquizofrenia o anulando de algún modo lo mejor de su persona, que, generalmente, queda sumergida en la propia agresividad y, en consecuencia, bloqueada para efectuar el menor acto de raciocinio.

Otro fenómeno que merece especial atención de nuestra parte es el llamado "conflicto entre generaciones" del que tanto se viene hablando en coloquios, artículos y libros sin ahondar lo suficiente en las causas que lo producen ni ofrecer alternativas válidas para resolverlo o, al menos, atenuarlo.

¿Qué nos enseña la Escuela de Monzón a este propósito?

Que es el autoritarismo de los mayores el que engendra la desconfianza y la evasión de los jóvenes por cauces de actitudes desintegradoras, y que, por el contrario, cuando se les da opción para intervenir en igualdad de condiciones y se les presta una atención no fingida, los vínculos de un diálogo confiado y abierto van tejiéndose entre jóvenes y adultos y llegan a consolidarse las bases de la cooperación más íntima entre generaciones. Pero el mal empieza ya en la familia, y resulta difícil comprender cómo habiendo sido antes jóvenes y habiendo sufrido en mayor o menor grado el efecto descorazonador de contemplar sobre el estrado del poder hogareño la figura terrorífica de algunos padres moralizando y condenando a sus hijos, no sepamos extraer de nuestras vivencias infantiles actitudes de mayor comprensión y respeto, sino que, por el contrario, llevados del impulso mamífero que aún nos domina, sigamos repitiendo el mismo atávico gesto.

Sólo dando consideración a los jóvenes se puede romper el hielo que separa a las generaciones, y ello ha de iniciarse ya en el seno de la familia. Pero considerarlos no quiere decir superprotegerlos ni concederles excesivas complacencias, sino respetar su natural dinamismo dejando que se expresen libremente y que proyecten y realicen por su propia cuenta;

sin olvidar un instante que únicamente cuando la actividad responde a un deseo del individuo éste se responsabiliza de veras y la realización de la obra se convierte en algo grato y estimulante.

Deberíamos pensar más a menudo en que el hombre es un ser dinámico que no puede vivir en el vacío y que esa necesidad de moverse es tanto más imperativa cuanto más joven es el sujeto. El juego de los niños por ejemplo, satisface dos exigencias propias de su edad: la de dar cauce a su energía y la de adaptarse a los hábitos sociales por medio de la imitación que no siempre es, por desgracia, la que conviene ya que no siempre el modelo responde a una conducta ética. Sienten asimismo los niños un goce indescriptible ayudando a los mayores, pero siempre que esa ayuda no sea impuesta ni que los adultos les corrijan como suelen hacer con un perfeccionismo sapiente. Esto último los desalienta porque se sienten como culpables e impotentes.

Para los jóvenes, esa tendencia a la cooperación y la necesidad de afirmarse por la revaloración de sus actos y de sus obras es aún más relevante si cabe. ¿Y cómo responden los adultos a esa necesidad? Poniendo defectos a cuanto realizan y dándoles consejos a menudo bastante impertinentes. Es muy importante asimismo para los jóvenes, y también para los niños de nueve a doce años, que su proyecto cubra un objetivo. Este puede consistir, bien en darse satisfacción a sí mismo o a sus próximos poniendo a prueba su habilidad o su afecto, bien en construir algo de utilidad práctica. De cualquier modo, nada hay comparable al goce de contemplar su obra terminada, sobre todo cuando tanto la elección como la realización responden a un deseo hondamente sentido.

Ayer, el campesinado de economía autárquica o el taller del artesano ofrecían al adolescente un puesto de trabajo, con su correspondiente responsabilidad, y un lugar al lado de los adultos en la vida cívica. No por eso sufrían menos el peso de la autoridad paterna, aunque aceptaban el estatuto, con cierta resignación, es verdad, pero sin ruptura de los vínculos que la costumbre y la rutina habían ido trenzando. Ahora, en cambio, que con el superindustrialismo todo el viejo sistema se ha trastocado, los jóvenes se ven obligados a estudiar hasta edades muy avanzadas, tanto más cuanto más complicada es la carrera elegida, y en el ínterin no saben

qué hacer con sus manos ni con su energía desbordante. Las posibilidades que con ello se malogran son incalculables; pero ese derroche no es nada comparado con el daño que se inflige a su personalidad al haberla amputado de su capacidad realizadora, del gusto por la exploración y de su irradiación imaginante. No debe extrañarnos, pues, que una juventud en la que han matado en ciernes su tendencia cooperadora y cuya vida se agosta, por inoperancia, en un dramático aburrimiento dé rienda suelta a la agresividad y cultive como única salida las ansias de dominio. Trágica y desesperada salida que es el resultado inevitable de un trabajo de doma persistente y de la holganza de los músculos. Ese es el fermento del que se extrae, naturalmente, el material para consolidar la burocracia, y que, con intención o sin ella para el caso es lo mismo puesto que el resultado no varía está ahí, presto a reforzar el aparato.

Grandes cambios han ocurrido en pocos años como acabamos de señalar, que hemos de tener en cuenta al enjuiciar este fenómeno juvenil. Comparando por ejemplo los niños de hoy con los de hace un siglo apenas, vemos que los de ahora gozan de un estatuto considerablemente privilegiado; pero que llegando a la pubertad, el privilegio se convierte en un proteccionismo de sumisión. A los jóvenes de hoy les ocurre algo muy parecido a lo que antes sufrían las mujeres: se les mima, se les protege, se alimenta su vanidad y, al mismo tiempo, motejándolos de menores, de inútiles, de inmaduros, etcétera, quedan marginados con un gesto de paternal desdén. Es natural por tanto, que los jóvenes se sientan doblemente ofendidos: primero porque la protección de los mayores les viene dada como una ofrenda que exige reconocimiento, y segundo porque se les niega el derecho a participar y decidir en aquello que les concierne muy directamente.

¡Cuan distinta era la situación de nuestros jóvenes y, por eso mismo, cuántas muestras dieron de responsabilidad y de capacidad resolutiva en todas sus decisiones y actividades! y esto, tanto en las que incumbían a la vida del grupo dentro de la Escuela como en las más heterogéneas y complejas de la sociedad en la que estábamos inmersos. ¡No podía ser de otro modo! Aquellos jóvenes no sufrían los impactos perniciosos de la autoridad, sino que pudieron saborear por el contrario el inmenso goce de sentirse útiles e independientes, no hallando trabas para organizar

libremente sus fiestas, pese a las dificultades propias de una guerra, ni para establecer por su cuenta toda una serie de fructuosos intercambios con el campesinado de aquellos pueblos. En una palabra: su vivir se había colmado de estímulos y de ahí, que su curiosidad desbordante abriera anchos cauces a la exploración y de que todo favoreciera en su entorno el óptimo desarrollo de su persona y su afirmación más coherente.

Ello nos sugiere que si nuestro desenvolvimiento en la Escuela de Militantes de Monzón se aseveró eficaz proporcionándonos a todos un alegre equilibrio, la pedagogía del futuro debería discurrir por esos mismos cauces de libertad y de autogestión. Es decir: sin programas, sin discriminaciones, dejando a cada grupo la iniciativa para proceder en cada momento según le aconseje la circunstancia y dando a los jóvenes -a todos- la posibilidad de elegir y de responsabilizarse libremente en los quehaceres que ellos mismos juzguen más apremiantes. O sea: libertad del individuo para criticar y elegir; dinámica autogestionaria en el grupo para proyectar y realizar las aspiraciones del conjunto, y ello igual en la escuela que en el trabajo, en los juegos y en el desarrollo de la convivencia social.

Ahora bien, si es en la escuela donde desde muy temprano -junto con la familia- se hace el aprendizaje de la relación, y si el tiempo que la escuela nos retiene es el más importante dado que el núcleo fundamental de nuestra personalidad se va estructurando en ese período, lógico es que si aspiramos a una vida lo más plena posible, nuestro desenvolvimiento en la escuela sea coincidente con esas aspiraciones. Luego si la pedagogía quiere cumplir con la misión de ayudar a los jóvenes en la empinada cuesta de su afirmación personal, tiene que despojarse del burocratismo clasista y marchar por los cauces de la libertad y del apoyo mutuo más igualitario.

DINÁMICA DE GRUPO

Como veremos por las fechas que citaremos luego, el estudio sistemático de la dinámica de grupos se inició mucho después de nuestra vivencia en la Escuela de Militantes, aunque gracias a nuestra formación libertaria y a las reflexiones que ese respeto al hombre suscitó en nuestra proyección

humanista, resolvimos la problemática, a juicio mío, con ventaja. Las experiencias realizadas en diversas zonas del mundo, tanto en la perspectiva pedagógica como en la terapéutica, han abierto cauces eficientes en la intencionalidad liberadora y curativa; pero habiendo sido sus proyectos y sus reformadores hombres demasiado pegados al burocratismo jerarquizado, han tanteado tímidamente porque ellos mismos no habían podido liberarse de muchos condicionamientos. Nosotros, por el contrario, no guiados por la pretensión de hacer algo inédito sino por el afán de sacudirnos el yugo del autoritarismo y de la injusticia, actuamos con la sencillez de quien rompe las amarras tradicionales para respirar a pleno pulmón; sin otras consideraciones eruditas o filosóficas.

Veamos sin embargo, aunque sea de manera sucinta, las líneas vertebrales de la dinámica de grupo para compararlas a continuación con cuanto realizamos nosotros.

Los primeros inicios de la dinámica de grupo surgieron en los Estados Unidos -país de formación más democrática- y sus acciones experimentales no fueron desarrolladas por políticos sino por profesores que de algún modo veían la oposición entre las clases magistrales y la necesidad auténtica de los jóvenes de ser ellos mismos. Los primeros trabajos encaminados a una experiencia inteligentemente prospectada y continuada bajo control psicológico los emprendió Kurt Lewin hacia 1945 con el "Research Center for Group Dynamics" que se fusionó con el "Ann Arbor" para constituir el "Institute for Social Recherch"; en los que participaban, además de K. Lewin, R. Lipitt, K. Benne y L. Bradford, que formaron más tarde el "National Training Laboratory in Group Development". Todas estas instituciones tenían como objeto estudiar el desarrollo de los grupos en acción en la vida social.

Se cuenta que la idea primera del grupo de Diagnóstico nació de un grupo de profesores universitarios un día en que hallándose reunidos para hablar de los estudiantes, éstos irrumpieron en la sala de la reunión pidiendo a los profesores que les dieran los análisis que hacían sobre ellos. Esos profesores reflexionaron ante la actitud de los jóvenes y comprendieron que sería más útil dejar trabajar a los alumnos solos en lugar de proseguir con las lecciones que solían darles. Fue así como se

dio vigencia a los grupos de diagnóstico que luego derivarían hacia otros apelativos y nuevas actuaciones.

Desde que en Bethel -Estados Unidos- K. Lewin comenzó el estudio de los grupos para ver el comportamiento de los individuos en la cooperación, tanto en las tareas educativas como en cuanto respecta al equilibrio humano, los trabajos y experimentos a propósito de la dinámica grupal se multiplicaron en América, en Inglaterra, Francia, Alemania y de modo paulatino por casi todo el mundo. Ahora bien, aún cuando sus inicios tuvieron una objetividad pedagógica y de intencionalidad democrática, ha tomado más auge su práctica en la dirección terapéutica. Sin embargo, como a nosotros no nos interesa especialmente ese cauce, nos atendremos a su orientación liberadora en las áreas pedagógica y social.

De ese modo, nuestra trayectoria se enlaza un poco con los precursores del estudio de los grupos: con Durkheim, que fue el primero que se ocupó de las agrupaciones sociales, y con Freud, que ha dedicado una buena parte de su obra al desenvolvimiento colectivo de los hombres. Es decir, que antes que Lewin, creador del término "Dinámica de Grupo", un sociólogo -Durkheim- y el padre del psicoanálisis -Freud- se habían interesado ya en analizar el comportamiento de los hombres en agrupaciones pequeñas y grandes. No obstante, únicamente a partir de Lewin la búsqueda de esa dinámica formula teorías válidas que se universalizan -como decíamos antes.

Ya en 1944 escribía Lewin en un artículo[8]:

> *"En el área de la dinámica de los grupos más que en cualquier otro dominio psicológico, la teoría y la práctica se hallan ligadas metodológicamente. Si es correctamente asegurada, esta ligazón puede proporcionar respuestas a problemas teóricos y, al mismo tiempo, reforzar la vinculación racional de nuestros problemas sociales prácticos, que es una de las exigencias fundamentales de su resolución".*

8 Citado por Jean Malsonneuve en "La dynamique des groupes", P.U.F., París.)

Como podemos constatar Lewin pone el acento en lo social y a ese propósito realizó las primeras experiencias de comportamiento de los grupos, que se hicieron clásicas y que examinaremos seguidamente. Lewin, en colaboración con Lipitt -su directo sucesor en América- y con el sociólogo White, nos presentan el siguiente ejemplo para abordar directamente las conductas humanas en el seno del grupo. Esta experiencia sobre los tipos de conducta agresiva en climas sociales creados experimentalmente fue publicada con mucho detalle en el "Journal of Social Psychology" de 1949. La experiencia consistió en el estudio de la conducta de cuatro grupos de muchachos de diez años, que participaron voluntariamente en la elección de uno de los cuatro grupos. Fueron designados monitores -líderes en el sentido pedagógico-. La experiencia duró varios meses; aunque al cabo de seis semanas se intercambiaron los monitores y técnicos directivos de cada grupo.

Las experiencias se hicieron en salas normales y con grupos de cinco niños de capacidad y carácter lo más homogéneos posible.

Para conducir los grupos fueron definidas con la máxima precisión tres actitudes a tomar por los monitores: democrática unos, autoritaria otros y de abandono (o de rienda suelta) el resto.

Las actividades a desarrollar -fabricación de máscaras de teatro, decoraciones murales, modelos de avión en miniatura, modelado, etc.- fueron elegidas: en el grupo democrático por los chicos, estimulados y ayudados por el monitor; en el clima autoritario por el monitor, el único que decide; en el clima de abandono por los niños, dejándolos dueños de toda decisión, después de haberles informado sobre sus posibilidades para elegir.

Prescindiremos de las variantes interiores de los grupos y de las exteriores provocadas por los monitores -llegando tarde, introduciendo personas ajenas, etc.- para ir a examinar los resultados, que es cuanto nos importa especialmente.

RESULTADO DE LA EXPERIENCIA: El reparto de las reacciones agresivas quedó establecido como sigue -teniendo en cuenta que había cuatro grupos de cinco chicos para cada clima-:

Clima autoritario: 30 reacciones agresivas y 2 reacciones de apatía.

Clima democrático: 20 reacciones agresivas.

Clima de abandono: 38 reacciones agresivas.

Aun considerando que el trasiego de unos grupos a otros ocasiona confusionismo y produce traumas en los niños, es elocuente que de 20 chicos que vivieron en clima democrático, 19 prefirieron al monitor demócrata y 7 de los que fueron expuestos a un clima de abandono se inclinaran por lo mismo.

En cuanto al porcentaje de agresividad observado en este último, la explicación tiene una raíz psicológica que hemos de tener en cuenta si queremos sacar conclusiones válidas de dicha prueba; lo que nos obliga a tomar en consideración dos aspectos fundamentales: Primero, que somos entes sociales que necesitan la cooperación puesto que de ella depende la supervivencia de la especie, y segundo, que esta actitud cooperadora no aparece por arte de birlibirloque, sino que exige un aprendizaje de la relación idóneamente orientado. Ahí tenemos la explicación de por qué, niños no habituados a desenvolverse en libertad, al encontrarse solos y debiendo asumir la responsabilidad de actuar en armonía con las exigencias sociales, se sienten abandonados y experimentan la angustia de su impotencia.

Luego esos niños de la prueba -como cualesquiera otros en la misma situación- condicionados desde la cuna a obedecer cumpliendo órdenes de padres y maestros, al encontrarse solos no supieron qué hacer, y como quiera que ningún niño puede permanecer inactivo, es lógico que al no encontrar nada de provecho en qué ocuparse se dedicaran a fastidiar al prójimo; siendo esta conducta impulsiva una derivación espontánea de su fabuloso caudal energético. Pero ello no nos autoriza a tildarlos de más agresivos que los otros niños; pues todos los hijos de nuestra

cultura, en condiciones semejantes de abandono se sentirán marginados, culpabilizados de algún modo y sin otra defensa que la respuesta agresiva a una situación que se les hace dolorosa e insoportable[9]

• • •

Los resultados de esas pruebas efectuadas por Lewin nos llevan de la mano a reconsiderar las corrientes no directivas cuya primera experiencia parte -como ya se ha dicho- de unos profesores americanos que en principio habían cedido al ruego hecho por unos alumnos de trabajar solos, pero que luego, no atreviéndose a continuar por esa línea puesto que ello implicaba socavar desde los cimientos todo un sistema, tuvieron la idea de aplicar dicha técnica a grupos experimentales -más tarde grupos llamados de diagnóstico- separados de la Universidad, patrocinados por instituciones especiales y animados por psicosociólogos de profesión.

No nos entretendremos ahora sobre los aspectos que caracterizan a un grupo de diagnóstico ni otros pormenores a este propósito. Sólo retendremos la impetuosa corriente no directivista que a partir de esas primeras experiencias se fue imponiendo como revulsivo contra una enseñanza autoritaria y burocratizada y que sirvió de estímulo a los hombres más sensibilizados del campo psicosociológico para lanzarse a la búsqueda de nuevas formas pedagógicas.

Ahora bien, el debate que con esa corriente se abre a propósito de si el grupo de diagnóstico es apto o no para facilitar cualquier tipo de aprendizaje continúa abierto. A este respecto, yo me atrevería a decir -dejando aparte que el grupo de diagnóstico puede ser, respetando ciertas premisas, un excelente vehículo de catarsis para reestructurar la conducta- que tanto si se mantiene fuera de la Escuela como si lo introducimos en ella, por sí solo no puede constituir una fórmula pedagógica; aunque resulta incuestionable, eso sí, que en virtud del no directivismo que lo informa llegó a promover en toda el rea occidental una corriente renovadora muy profunda.

9 Nuestros muchachos, que mantenían en constante actividad tanto su mente como sus manos, nunca exhibieron comportamientos verdaderamente agresivos.).

¿Qué es, en resumidas cuentas, el no directivismo?

Por no directivismo hemos de entender el hecho de que quien detenta el Poder dentro de un Grupo renuncia a él y halla satisfacción en poner todo cuanto sabe y vale al servicio de sus componentes. En función pues de esta premisa, si admitimos que el no directivismo ha de introducirse en la Escuela, el problema que se nos plantea inmediatamente es el de cuál va a ser en ella el papel del profesor.

En mi opinión -y más aún a la vista de la prueba que nos presenta Lewin- dejar solos a los chicos exige del maestro una actitud que nada tiene que ver con el "laisser faire" o rienda suelta; porque en este caso, el maestro se excluye del grupo y ello constituye, ineluctablemente, un error pedagógico de consecuencias muy enojosas para la buena marcha de la tarea educadora: en primer lugar porque hace muy difícil cuando no imposible la vinculación de la joven generación con los hombres de las generaciones anteriores, y en segundo lugar porque el sentimiento de abandono que experimentan los alumnos al verse solos e impotentes provoca: en unos la apatía, y en otros -en los más agresivos y violentos- deseos de dominio, que les lleva a erigirse en jefes y a perturbar la vida de la clase.

La solución está en la dinámica que se establezca para el funcionamiento del grupo, pues de ella depende el que estos comportamientos agresivos se produzcan o no; ya que, si es verdad que vienen determinados en gran parte por el impacto de unas vivencias que nos han ido condicionando desde que nacemos, es cierto asimismo, que poseemos capacidades y energías para comportarnos de manera solidaria gracias a los anhelos de amistad y de simpatía que laten en lo más profundo del ser humano. Pero estos valores, naturalmente, han de ser estimulados de algún modo para que afloren a la conducta. De ahí que nosotros -partidarios de la autogestión en la Escuela- propongamos que el maestro, en vez de quedarse al margen en calidad de ente pasivo que observa y juzga desde fuera, esté dentro del grupo, al objeto de dar seguridad a los jóvenes y de que, con su experiencia, favorezca la cooperación que ha de poner en marcha la corriente simpática de la cordialidad y del diálogo,

Si el maestro, pues, ni excluido ni ausente, interviene de manera sencilla dentro del cuadro y las modalidades que marquen los alumnos, fijándose a sí mismo ciertas limitaciones, habrá sentado las bases para consolidar la fusión del grupo autogestionado. Y ponemos énfasis en este aspecto porque, si es importante que sean los alumnos quienes elijan el tema objeto de estudio o el trabajo a realizar y quienes en última instancia decidan de acuerdo con sus intereses y preferencias, no lo es menos que cuando el maestro pretenda aportar su iniciativa o hacer las críticas que juzgue pertinentes, lo haga; pero sin prisas ni impaciencias. Ha de procurar por todos los medios -y éste es el aprendizaje más difícil para un monitor o maestro- no adelantarse jamás en opinar o hacer sugerencias; pues esto, que en sí constituye ya una falta de respeto a la personalidad del que se está formando, podría ser motivo de coacción y, por tanto, un poderoso freno a la iniciativa de los alumnos.

De esta actitud del maestro dependen varios y muy fructuosos resultados: entre otros, estos tan importantes: que todos se habitúen al diálogo libre y a la camaradería espontánea, que el temor a la figura del magister desaparezca y que todos y cada uno, desechando falsos orgullos y obstaculizantes inhibiciones, soliciten y acojan complacidos la aportación generosa del compañero más experimentado.

• • •

Pero la dinámica de grupo forma parte de un largo proceso y será demasiado incompleto este breve repaso si después de haber hecho mención al grupo de diagnóstico de la Escuela de Bethel no dijéramos una sola palabra sobre el Psicodrama de Moreno y la Psicoterapia de Carl Rogers; técnicas que han servido de puente entre la autogestión terapéutica del grupo de dos “cara a cara" que introduce Freud y la autogestión de los demás grupos, ya sean éstos de producción o de aprendizaje.

Son estos dos hombres los que más han contribuido a la evolución del Psicoanálisis después de Freud, y ello no tanto desarrollando su teoría como profundizando sobre el modelo psicosociológico; pues lo mismo Moreno que Rogers han criticado a fondo la práctica del diván, el análisis interpretativo y la actitud silenciosa del psicoanalista, que puede ser

interpretada por el paciente como una reprobación y, en consecuencia, levantar barreras en el camino hacia su cura.

El Psicodrama, del que Moreno hace sus primeros ensayos hacia el año 1920, tomó mayor influjo y más valor científico cuando este psicólogo emigró a los Estados Unidos y pudo contrastar sus experiencias. Inspirado en el teatro clásico pero dando al Psicodrama un sesgo más espontáneo de improvisación, él mismo define su técnica como la "ciencia que explora la verdad mediante el método dramático" y que puede ser utilizada como tratamiento curativo, como medio de aprendizaje para el comediante y como técnica de investigación social. Moreno -que creó además la Psicometría- dio un valor lúdico al Psicodrama, en el que el niño, mediante la representación de roles, revive sus conflictos, siendo este juego dramático el que le permite la relajación afectiva de sus relaciones intersubjetivas y una comunicación simbólica de valor catártico.

Anzieu, en "Le Psychodrame Analytique chez l'enfant" -P.U.F., París- nos dice a este propósito que "las sesiones del Psicodrama exigen un trabajo de equipo, formado éste por un conductor del juego, asistido de dos dramatistas de los dos sexos, por un número de niños que lo rebase de cuatro a cinco, del mismo sexo y de edad homogénea..." "...Las consignas del juego son éstas: representar la comedia, elegir un argumento y distribuir los papeles a los terapeutas y a los camaradas de la escuela. La libertad de improvisación y de interpretación son totales, procurando crear una atmósfera de permisividad propia a toda psicoterapia..." "...El conductor del juego suscita su desarrollo, lo mantiene a un nivel lo más espontáneo posible y hace que el niño tome el sentido de sus propias actitudes y pueda expresarlo por medio de interpretaciones verbales, intervención en los roles, etc."

El Psicodrama es recomendable -según Anzieu- para niños que sufren sentimiento de abandono, estados de inhibición emotiva (Lebovici) neurosis y reacciones antisociales menores. Los resultados más interesantes se obtienen antes de la pubertad. Y de acuerdo con la experiencia del citado psicólogo, una cuarta parte de los niños abandonan el juego, la mitad observan cierta mejora y otra cuarta parte se curan.

La técnica del Psicodrama está en constante evolución, y tanto en Europa como en el resto del mundo se practica con matices muy diversos. Puede utilizarse con fines terapéuticos y para una mejor integración social de cualquier índole: profesional, familiar, escolar, etc.; pero a juicio mío, pese al valor que posee como instrumento vinculante y catártico, es demasiado complicada su técnica al exigir tantos interventores que, por otra parte, siempre dirigen más o menos, restando autonomía a los individuos implicados en el juego dramático.

No es que yo niegue su utilidad como actividad lúdica para facilitar en los niños la exteriorización de sus fantasmas y el aprendizaje de una relación más objetiva con los individuos y las cosas; pero insisto en que sabiendo crear una atmósfera donde los chicos puedan comunicarse libremente y participar en igualdad de condiciones, no son necesarios los psicodramas ni los psicodramatistas; porque la propia dinámica autogestionaria, al socaire de la cooperación en el trabajo, en la administración y en el ocio, les ofrece sobrado campo para satisfacer ampliamente su curiosidad y para experimentar el goce de llevar a cabo sin trabas impuestas desde fuera una extensa gama de realizaciones.

Casi en la misma época que Moreno, Carl Rogers, renunciando a las prácticas psicoanalistas introduce en Psicoterapia el "principio no directivo" que según él consiste: en aceptar al paciente tal como es, basándose sobre todo en la fuerza empática que se desprende de esa misma aceptación no fingida y que el psicoanalista expresará interesándose con ademán simpático y atento por todo cuanto el paciente va diciendo. A partir de esa aceptación, no interroga ni interpreta, sino que se limita a reformular lo que dice el paciente, haciendo a manera de espejo que le devuelve la imagen de su propia palabra para que a través de dicha imagen pueda ir dilucidando él mismo sus problemas.

Trasladando su metodología a la educación, formula una serie de hipótesis que son complementadas en una comunicación presentada el año 1952 en un seminario de profesores de la Universidad de Harvard y que más tarde incluiría en su obra "El Proceso de Convertirse en Persona". En ellas plantea la "no directividad" como método de trabajo que deja a los alumnos la decisión de todas sus actividades en clase. Su pensamiento a

este propósito queda bien reflejado en la frase “no podemos enseñarle directamente a otra persona; sólo podemos facilitar su aprendizaje” que puede leerse en “Grupos de Encuentro” -Buenos Aires, Amorrotu.

Precisamente porque se trata de “facilitar” es por lo que nosotros consideremos tan necesario que el profesor forme parte del grupo como un individuo más, puesto que es él quien desde dentro puede facilitar muchas cosas: esencialmente, la articulación del grupo en una línea positiva que haga imposible la agresividad y la perturbadora vanidad competitiva. Mas no debió verlo así Rogers a juzgar por lo que se desprende de sus proposiciones en materia de educación:

Aconseja formar grupos de ocho o diez alumnos que deben gozar de relativa autonomía, A tales grupos hay que darles pautas de aprendizaje “centradas en el alumno” y sugerirles estructuras más o menos como la que sigue: un encargado del grupo que ser sustituido correlativamente cada un determinado tiempo; la designación de un secretario encargado de levantar acta de las sesiones; un miembro para establecer contacto con el profesor en representación del grupo, etc.

En esta distribución de roles, por tratarse de una educación “centrada en el alumno” a mí me parece que la intromisión del profesor es excesiva, con la agravante de que es excluido del grupo marcando una neta separación entre él y sus alumnos.

En su libro “Psicoterapia Centrada en el Cliente” -Ed. Paidos, Buenos Aires- Rogers habla del papel del líder de una forma muy significativa: “Inicialmente el líder tiene mucho que hacer para establecer la modalidad o clima de la experiencia grupal por la confianza básica que inspira y que se comunica de muchas maneras sutiles...” “...Al responder a las manifestaciones del grupo, aceptando tanto el contenido intelectual como las actitudes emocionales, el líder intentará dar a cada aspecto el énfasis que tiene para el individuo y para el grupo...” “El líder ayuda a esclarecer las finalidades de los miembros de la clase, aceptando todos los objetivos...” “...Simular que comprende y acepta un punto de vista cuando no experimenta esa aceptación, en vez de favorecer obstaculiza el proceso dinámico de la clase”.

Aquí Rogers transfiere al líder el papel atrayente y simpático que él mismo se asigna en la relación con sus pacientes. Que su intencionalidad es inmejorable no hay la menor duda; pero la palabra líder va cargada de un significado que la hace la menos apta para todo proyecto que se pretenda "no directivo". Introducir el líder en un grupo supone introducir ese mismo poder que se pretende eliminar, por muy bien intencionado que sea el líder. Claro que Rogers, coincidiendo a este propósito con Shedlin, aclara que si bien en situaciones difíciles por tratarse de alumnos inhabituados a la libertad se hace necesario el líder, ello no es óbice -añade- para que éste se vaya incorporando poco a poco a las tareas del grupo autogestionado.

A mí me parece en cambio, que esa táctica de comenzar ejerciendo la autoridad con la sana intención de abandonarla luego, no puede dar buenos resultados; porque quien se acostumbra a ejercer un poder -del matiz que éste sea- se hace siervo del gesto, y en vez de abolirlo tender -como les ocurre a casi todos los burócratas de este mundo- a reforzarlo indefinidamente.

Hecha esta crítica que me parecía necesaria, quiero hacer constar no obstante, lo mucho que debemos a Carl Rogers por el respeto a la persona humana del que ha hecho prueba en la relación con sus pacientes y por su enorme contribución al conocimiento del Hombre y al desarrollo de las ciencias psicosociales; pues gracias a sus estudios sobre el rol negativo de una situación de "defensa", a la "aceptación empática del otro", a su énfasis sobre la "no directividad" y a la "reformulación de la palabra del interlocutor" para facilitar la comunicación en un clima de afecto, hemos aprendido aspectos genuinos del Hombre que nos han hecho reflexionar de modo más fecundo sobre las inmensas posibilidades que éste encierra.

De cualquier modo, aceptar el "no directivismo" y quedarse a medio camino es dar al método mayor ambigüedad de la que ya en sí nos brinda el concepto; pues éste connota solamente la actitud del que detenta legal o virtualmente el poder y decide voluntariamente abandonarlo. Pero no expresa como la autogestión -en cuya perspectiva se movió nuestra Escuela- lo que ha de ser una forma de relacionarse por la que los individuos no están separados y desarrollan de manera integral una

actividad común -"auto"- en miras, no a una simple interacción sino a la asunción de los problemas colectivos -"gestión"- por la colectividad tomada en su conjunto.

Lo que quiere decir: que en la autogestión no tienen cabida las discriminaciones; ya que ha de unanimizar a los individuos de modo que cada uno llegue a sentirse parte integrante del grupo en el que se mueve, desechando por tanto, todo germen de separación o jerarquía. Porque si en la Escuela el profesor y el alumno poseen niveles culturales diferentes, y en la familia la experiencia del padre y del hijo difieren asimismo, ni la experiencia ni el saber han de ser factores de división, sino todo lo contrario; pues uno de los factores más valiosos para fusionar a las personas de cualquier edad y condición social es precisamente el intercambio reciproco de conocimientos e ideas, que al circular en todos los sentidos, nos enriquecen y aproximan haciéndonos más tolerantes y respetuosos.

Nuestros chicos, que todo lo decidían y efectuaban mancomunadamente, sin líderes ni cargos ejecutivos sino bajo una responsabilidad colectiva, practicaron la autogestión en todas las áreas de su existir sin provocar conflictos ni disensiones perturbadoras. Más aún: su acción fue un surtidor de entusiasmo que sembraba estímulos lejos incluso de la Escuela. Pues bien: si su dinamismo cooperador permanente hizo innecesario el líder u otro elemento de coacción, podemos decir que casi sin darnos cuenta de ello proyectamos una dinámica de grupo completamente autogestionaria.

Nuestra conclusión, pues, es la siguiente: Los grupos, sean pedagógicos, de diagnostico, de encuentro, de proyección o de trabajo; de intencionalidad terapéutica para facilitar la comunicación y reducir las angustias, melancolías u otras neurosis, deben desenvolverse sin líderes. Estos, al actuar desde fuera con el sentimiento de que son los que saben y han de ejercer un vigilante control, sólo un obstáculo serán siempre para la fusión del conjunto. Para evitar esto pues, el animador -llámese maestro, orientador o psicólogo- ha de sumergirse en el seno del grupo bajo un estatuto igualitario, facilitar el clima menos conflictivo, orientar

y animar cuando sea preciso, pero nunca con autoridad burocrática ni situándose al margen como ente distinguido y superior.

De nuestra experiencia y de otras muchas, podemos deducir sin equívocos:

Primero: Que la autoridad, allí donde se erija, será siempre un obstáculo que barrer el camino al sentido crítico y a la iniciativa de los individuos y, en consecuencia, al desarrollo progresivo de los grupos; aunque a veces, utilizando métodos de seducción se imponga con menor violencia que otras.

Segundo: Que la autogestión -único método de relación por el que los hombres pueden desarrollar su personalidad plenamente y coordinar racionalmente todas sus actividades, pese a la creciente complejidad de nuestra sociedad industrializada- es tan indispensable y fecunda en los pequeños grupos como en los medianos y más grandes; ya que los primeros, para dar más peso a sus decisiones pueden coordinarse entre sí y formar los grupos medianos- como pueden ser las sociedades de Barrio, los Sindicatos, las agrupaciones culturales, etc.

Del mismo modo, éstos -y cuantos grupos especializados vayan surgiendo para dar satisfacción a las necesidades que tiene el hombre, no sólo como productor y consumidor sino como ente creador e imaginante- podrán estructurar sus respectivas federaciones regionales, las que, a su vez, formaran sus correspondientes federaciones nacionales. Pero sin olvidar un sólo instante que todo ello ha de hacerse de manera autogestionada y partiendo del individuo y del minigrupo hasta llegar al macrogrupo, que será -por decirlo de algún modo- la expresión colectiva de las diversas voluntades hechas síntesis a través de la comunicación y del diálogo constructivo.

La Autogestión, cuya dinámica constituye el método pedagógico por excelencia para hacer del hombre un ser independiente, libre, anhelante de participación en todo aquello que le afecta, irá seleccionando y homologando intereses -lo que de ningún modo hemos de confundir con la conciencia estereotipada de esta sociedad de masas que un Poder cada vez más centralizado nos ha impuesto- hasta conseguir la formación

de agrupaciones más amplias cuya estructura federal, rompiendo las fronteras nacionales hará efectiva la solidaridad igualitaria entre los pueblos de las diferentes naciones y, con ello, el fin de la dominación del hombre por el hombre.

HACIA UN AFIANZAMIENTO LIBERTARIO

Como se desprende de cuanto llevamos expuesto en la primera parte de este trabajo y de los comentarios que en apoyatura o aclaración hemos añadido, la proyección libertaria ha sido la savia que ha irrigado nuestra acción y la que nos ha hecho avanzar en todos nuestros propósitos. Es decir, que si la perspectiva que apuntaba en nuestro horizonte era lo libertario, libertarios fueron también los cauces por los que discurrió nuestra andadura; con el sentir más profundo de que son las aspiraciones libertarias las que pugnan por dar al hombre, a lo largo de todo su marcha evolutiva, el lugar y la praxis que necesita para realizarse alegre y plenamente. De ahí nuestro poderoso afán de llevar hasta sus últimas consecuencias una convivencia libertaria por la práctica de la autogestión más genuina. Por lo tanto exenta de burócratas, de todo germen de elitismo y libre de los fantasmas del miedo. Luego si era el viento de lo libertario el que impulsaba nuestras velas, había además, el firme propósito de consolidar sus postulados viviéndolos a pleno pulmón en aquel momento propicio que la historia nos brindaba. Lo conseguimos. ¿Y cuál es nuestra reflexión al recuerdo de aquella experiencia?

Que por encima de ella está el mundo complejo que nos circunda y el agresivo antagonismo entre ideas, doctrinas, ambiciones políticas y ansiedades psicopáticas, y que ello no obstante, para todo tiene remedio el proyecto libertario; pero hay que saber primero qué significa la libertad y cómo hemos de actuar para obtenerla. Esta palabra mágica, como otras muchas que se adueñan del lenguaje común y se emplean con escaso discernimiento, ha sido y sigue siendo utilizada demasiadas veces como uno de tantos tópicos para enardecer a las multitudes y engañar a los pueblos. Sin embargo, no es un producto que pueda llegarnos elaborado desde fuera en forma de leyes o prebendas, sino algo muy complejo y dinámico que forma parte intrínseca del hombre; de tal modo, que cuando deja en él de manifestarse es que se halla mutilado de la auténtica

dimensión humana. Porque ser libre quiere decir no estar sujeto a coacciones exteriores y actuar según el dictado de nuestra conciencia, hallarse en condiciones de elegir gracias a un sentido crítico bien estructurado sobre la base de una información amplia y verídica y, sobre todo, poseer una imaginación susceptible de explorar áreas nuevas en su afán de desbordar los límites de nuestros conocimientos y de nuestras estructuras.

Como vemos, la imagen que pretendemos dar del hombre libre contrasta desoladamente con la triste realidad que nos circunda e invade; ya que estar libre de coacciones exteriores es tan peregrino en nuestra sociedad como encontrar un mirlo blanco. Basta dar un repaso a la historia para ver cómo los hombres estuvieron siempre sujetos al Poder en todas sus formas coercitivas: familia, escuela, cuerpos jurídicos y cuerpos armados, patronos, líderes, creencias, tabús; y dominados sobre todo, por el miedo. Con esos moldes nos han ido deformando y así fuimos soterrando curiosidad y anhelos de ser y de crear. Y aunque nadie se siente satisfecho del peso de tanta represión ni de la moral hipócrita que mata la espontaneidad y llena la mente de fantasmas, resignados y alicortados seguimos como mulos de noria el marchamo que nos han impuesto. Pero... ¿qué importa? El jefe del Estado nos habla de libertad, y el presidente del partido, así como todos los líderes de organizaciones y credos diversos invocan también la libertad mientras nos oprimen por los cauces más diversos y tratan de adormecer nuestra conciencia endulzándonos los oídos con las patrañas más sonoras de la demagogia política.

Frente a tanta inercia secular, lo libertario en cambio, pretende que seamos nosotros mismos quienes nos sacudamos el yugo; porque la libertad -como hemos dicho- no puede otorgárnosla nadie ni crece como los hongos después de la lluvia. Necesita un ambiente y cultivo adecuados teniendo en cuenta que el hombre es un ser muy complejo cuya integración personal sólo puede realizarse si coinciden en su formación una serie de factores que son determinantes. Por ejemplo: necesitamos una alimentación equilibrada y suficiente, un clima de seguridad y de afecto -sobre todo durante la infancia-, amplias oportunidades de acción y de expansión que vigoricen nuestros músculos y nuestro juicio, una

información en permanente ensanchamiento, la cooperación más asidua y gratificante y la posibilidad de contrastar y de crear cuanto nuestra imaginación nos sugiera. Esto, planteado en un diálogo amistoso y sereno, lo aprueba todo el mundo; pero, ¿quién coincide sentidamente en esa perspectiva liberadora y quiere hacerlo extensivo a los habitantes todos de la Tierra? Los libertarios únicamente; los que de veras lo son aunque no se lo digan; pues los hay -y no pocos- que así se autodenominan cuando por su conducta están muy lejos de merecer tal apelativo.

A la vista, pues, del cuadro que acabamos de pergeñar, el abismo que se abre entre nuestro deseo y la conquista de la libertad es de tal magnitud que basta con examinar uno de los problemas más acuciantes que hoy nos agobian -el hambre- para darnos una idea aproximada de sus dimensiones escalofriantes: En el Brasil, por ejemplo, el 50 % de los niños mueren antes de haber cumplido cinco años, siendo todavía mayor el porcentaje en algunas naciones africanas, en la India y en determinadas comarcas de América del Sur; espectáculo mucho más bochornoso aún si añadimos el hecho no menos grave de que la mayoría de los habitantes -de dichos países- que no mueren en edad tan temprana, sufren de tal insuficiencia alimentaria que crecen raquíticos y rodeados de angustia, careciendo, por descontado, de las mínimas condiciones indispensables para poder acceder a los valores culturales que nos hacen hombres. ¿De qué libertad pueden gozar esos millones de seres que no han podido estructurarse como hombres ni física ni psicológicamente?

En cuanto a la población de las naciones más industrializadas, si bien el espectro del hambre no se presenta como en los pases subdesarrollados, puesto que gozan sus habitantes del relativo confort que se desprende de la expansión económica, la formación que se da a los jóvenes no puede ser más perniciosa, y la información que reciben los ciudadanos les llega tan manipulada que ya nadie puede saber hacia dónde camina esta desquiciada sociedad. En esas condiciones, ¿de qué libertad puede alardear el que se mueve al impulso agresivo del mamífero que lleva dentro?, ¿O el que destruye su cerebro con el consumo de drogas, el que obedece a pies juntillas las consignas de un partido, el que profesa un dogma y el que se pliega a las ordenanzas o amenazas de una burocracia deshumanizada?

Nos parece haber dejado claro que no se puede ser libre sin haber configurado previamente una conciencia, y esto requiere estar informado, conocer y despojarse de muchos condicionamientos y ajenas influencias; porque cuanto más amplio sea el abanico de nuestros conocimientos, más posibilidades de elegir tenemos y más idóneos pueden ser los resultados de nuestra crítica; en cuyo caso, más adecuadas serán también nuestras respuestas ante situaciones inesperadas o ante las que nosotros mismos provoquemos para dar satisfacción a las necesidades del grupo o de uno mismo.

Entonces -y esto se nos ha dicho muchas veces- la libertad está al alcance de muy pocas personas. También eso habrá de matizarse; porque si es incuestionable que muchas personas, por una defectuosa alimentación u otras carencias durante su infancia no pudieron desarrollar a tiempo su cerebro, es cierto asimismo que el hombre posee una gran cantidad de reservas para su adaptación y de ahí que resulte un poco temerario afirmar que no puede evolucionar en un momento dado de su vida. Gran parte de los libertarios que he conocido fueron verdaderos autodidactas. Yo mismo no gozaba de una información suficiente ni de sólidos conocimientos cuando abracé con amor las aspiraciones libertarias. Son indispensables, eso sí, un mínimo de sensibilidad frente a la injusticia y cierto grado de sentido crítico para hacer el examen de las estructuras sociales que nos envuelven, ahondar en todo lo que impide realizarnos y lanzarse seguidamente a la búsqueda de los esquemas de compromiso que puedan liberarnos de tantos atavismos e inconsciencia.

Como a partir de esa labor crítica comprobaremos que todos los hombres somos substancialmente iguales y que nadie quiere ser manipulado ni a nadie le agrada que le manden, habremos llegado a la conclusión de que los pueblos han de organizarse de tal modo que puedan llegar, por la dinámica cooperadora, al compromiso responsable susceptible de cambiar la opresión por el concierto solidario. E impulsados precisamente por esa idea fuerza, procuraremos informarnos para dar un contenido más sólido a nuestra conciencia; porque al estar convencidos de que es en la libertad donde reside la solución a la problemática humana, querremos ser cada día más eficientes en nuestro cometido profesional, en el intercambio

igualitario y en cuantas complejidades reclaman de cada uno de nosotros una convivencia lo menos conflictiva posible.

Difícilmente iniciarán un proceso como el que acabamos de esbozar aquellos en quienes el miedo a la libertad -uno de los miedos más grandes que el hombre de nuestro tiempo padece- haya hincado muy hondas sus raíces; pero también son más cada día los jóvenes que se sienten atraídos por corrientes de libertad y en ellos precisamente está nuestra esperanza de que no desaparezca la experiencia libertaria del pasado sino que sirva de ejemplo y de estímulo para otras realizaciones más amplias y sugestivas si cabe. Ellos por lo menos partirán ya con algún bagaje. Porque... mirándolo bien, ¿qué es lo que llevábamos nosotros al iniciar la Escuela de Militantes de Monzón? Nos guiaba, eso sí, un afán arrebatador de libertad y el deseo apremiante de vivir la experiencia de una sociedad libre e igualitaria; pero aparte de ese deseo,¿qué más poseíamos? Bien poca cosa. La corriente libertaria nos infundía aliento, y la necesidad cada vez más conscientemente sentida de informarnos nos empujaba a buscar alimentos para nuestra mente ávida. Y libertarios lo éramos por simpatía, no por una formación inteligentemente configurada; aunque, gracias al soplo solidario y a la praxis autogestionaria, pudimos ir resolviendo los más de los problemas que surgieron en nuestro camino.

Es decir, que del mismo modo que las colectividades fueron superando escollos por su voluntad enhiesta al servicio de lo libertario, nosotros hicimos otro tanto. Luego lo curioso de este fenómeno fue que la mayoría de los colectivistas de Aragón no eran intencionadamente libertarios, sino que cautivados por aquel ambiente simpático y cordial en donde todo se solucionaba del modo más directo y donde intervenían todos libremente, sirvieron al colectivismo con entusiasmo sostenido y se fueron forjando al calor de la acción solidaria. Y, como pasó con nosotros, no fueron los problemas internos ni la ineficacia lo que paralizó su existencia, sino fuerzas exteriores que cortaron nuestra esperanzada andadura con la agresividad secular del represivo despotismo.

Resumiendo: Si lo libertario se asevera como la alternativa más idónea para el hombre puesto que facilita la estructuración de la persona y permite a cada uno ser él mismo en solidaridad estrecha con los otros,

nuestra pequeña experiencia y la más amplia de las colectividades agrarias e industriales de España han demostrado la validez de su estructura federal dentro de un contexto autogestionado.

Y si, como señalábamos más arriba, para su instauración de manera eficiente son premisas indispensables una alimentación sana, una educación autogestionada y un ámbito social de seguridad concertada, nuestra obligación más inminente es trabajar para el logro de esas conquistas. Que la cosa no es demasiado fácil dados los condicionamientos que paralizan al ciudadano medio, ya lo tenemos en cuenta; pero si reflexionamos que el hombre sólo se encuentra cómodo siguiendo sus iniciativas y sus proyectos y que por el vehículo de la autogestión podemos coincidir en la realización de intereses comunes sin que ello implique anulación de los particulares, el compromiso es posible. Por otro lado, teniendo en cuenta que el pequeño grupo es más apto para el desenvolvimiento de los hombres, esos mismos grupos federándose pueden constituir agrupaciones más amplias capaces de cubrir las necesidades que en cada coyuntura se presenten.

Si nosotros, con nuestros condicionamientos e ignorancia, pudimos vivir grata y libremente por la acción autogestionada y superar asimismo los escollos que fueron surgiendo a nuestro paso, ¿por qué todos los pueblos no podrían hacer lo mismo si se lo propusieran responsablemente? Lo decisivo es identificarse con esta idea: que el hombre sólo puede realizarse como hombre, en libertad y que la libertad implica información, conciencia y una imaginación abierta a todos los vientos. Con ese bagaje y la autogestión como herramienta, los hombres podrán liberarse de la autoridad, del dogma, de la explotación y del miedo.

Cerraremos este epílogo recordando: que frente a la sociedad de competición agresiva, cada vez más amenazada en función de la tecnocracia y de la energía nuclear, no queda otro camino que el de la libertad; es decir: el que deja a cada hombre cauce abierto para expansionarse en sus capacidades y aspiraciones; ya que únicamente a partir de esos seres humanos seguros de sí y con imaginación creadora puede estructurarse la sociedad autogestionada y solidaria que sea garantía de felicidad para todos.

APÉNDICE I
ESCUELA DE MILITANTES LIBERTARIOS DE MONZÓN

Artículo publicado en C. N. T. de Toulouse el año 1948[10]

Comienzos de 1937. En el Aragón liberado habían nacido infinidad de colectividades, aisladas e independientes unas, federadas, con un amplio sentido de solidaridad otras. Así fue creada la Federación Comarcal de Colectividades de Binéfar.

No hablaremos hoy de su organización y desenvolvimiento económico, que merece meticuloso estudio. Nos entretendremos en algo que se creó, formó y desarrolló, al calor de dicha Federación Comarcal de Colectividades y que se denominó "Escuela de Militantes Libertarios de Monzón".

Remarcaremos que estaba sostenida y protegida por la Comarcal de Colectividades y por la ayuda dada en donativos por infinidad de compañeros que desde los frentes seguían con interés el desarrollo utilitario de la escuela, que era centro abierto de fraternidad ilimitada. Hoy nos limitaremos, de forma concisa a hablar de lo que se proponía y de su desarrollo interno.

Como ya el nombre indica, estaba enclavada en Monzón, pueblo ribereño del Cinca, en la provincia de Huesca. Un edificio amplio, soleado y bastante risueño y con él un gran huerto en cuyo centro había un depósito de agua, que también sirvió estupendamente como piscina.

Las circunstancias habían posibilitado su organización económico-social aún con el inconveniente de la guerra, que se llevaba a la juventud más capaz y entusiasta.

Fácilmente se percataron los colectivistas de la falta de compañeros capacitados para llevar adelante y en progresión constante de mejoramiento la obra que ellos habían comenzado con afán desinteresado y ansias de superar una sociedad caduca reemplazándola justamente por otra más equitativa. Veían claramente la necesidad de adquirir ciertos conocimientos que la vida les haba negado, y comprendían bien la importancia primordial que tenía una educación adecuada de sus

10 Reimpreso en la revista "Cénit", núm. 151 de julio 1963, de donde lo hemos tomado nosotros)

propios hijos, tanto para educarlos y prepararlos como ellos no pudieron, como para encauzarlos en la perspectiva de ver subir una juventud que garantizara la continuidad de la noble obra emprendida.

Con esta predisposición, ¿cómo no acogerían con júbilo la organización de una Escuela Comarcal para que un grupo de jóvenes elegidos entre sus propios hijos, se educaran y prepararan para continuar aquel hermoso y prometedor movimiento colectivo? Un joven compañero de atrevidas concepciones pedagógicas organizó y dirigió aquella escuela, ejemplar por sus propósitos, y nueva por su funcionamiento.

En principio se reunió a unos cuarenta jóvenes de ambos sexos, cuya edad oscilaba entre 12 y 17 años. Los había de todos los pueblos que formaban la Federación Comarcal, puesto que a cada colectividad se le señaló el número de alumnos que podía enviar. En asamblea general, cada colectividad eligió sus muchachos, que acudían al nuevo Centro Escolar, con la responsable seriedad que les habían dado en su respectivo pueblo de origen haciéndoles sentir la necesidad de no defraudar las esperanzas que en ellos se habían depositado.

Una vez reunidos, el joven y entusiasta profesor hizo comprender a los alumnos la misión que la Escuela se proponía de proporcionar los conocimientos necesarios para impulsar la revolución en marcha, acompañados de una conducta moral ejemplar; que el estudio sería intensivo. pues las necesidades lo requerían, y que no se tolerarían perezosos, ya que dado el reducido número de plazas no podía tolerarse ocupase un sitio quien no estuviera dispuesto a aprovecharlo.

El profesor que llevaba la dirección moral del Centro tomó a su cargo exclusivo la educación y enseñanza, dejando a los propios alumnos la dirección de orden interno y administrativo.

Ni que decir tiene que el régimen interior era comunal no tolerando interés privado alguno. Todos los intereses eran comunes. Los mismos derechos y deberes que los alumnos poseía el profesor, siendo éste uno más en la comunidad.

En la asamblea abierta se nombraron las respectivas comisiones: administrativa, de higiene, de orden, de trabajo, etc., que se renovaban regularmente. Todo lo que dependía de la cocina, limpieza y lavado, lo efectuaban al principio, compañeras de la Colectividad de Monzón. Pero a las pocas semanas, el compañero profesor observó que en algunos muchachos se desarrollaba ese complejo estudiantil ridículo de superioridad y desprecio a ciertas labores domésticas. Como también el aspecto educativo era vital, reunió a los alumnos y después de revalorizar y demostrar la utilidad de todas las labores necesarias a la vida, criticó el menosprecio que algunos sentían hacia ciertos servicios y propuso que en adelante, tanto para acostumbrarse a pasarse sin sirvientes como para comprender mejor la necesidad del orden, limpieza, etc. se harían por los alumnos todos los servicios, por turno riguroso; lo que fue aprobado por la asamblea. Se hizo excepción de la cocina -que siguió haciéndola la compañera que había- y del lavado; cosas ambas que no podían hacerse sin faltar a clase. Todo lo demás, ayudas de cocina y fregado de vajilla, servicios de comedor, limpieza de todas las dependencias, se hicieron por los mismos alumnos. En el mutuo servicio de unos a otros y ante la necesidad de limpiar lo que ensuciaban, nació el esmero e interés de ser cuidadosos; ya que cuando son otros los que limpian, pocas veces se pone la atención debida. Damos este ejemplo para que el amigo lector se percate de cómo transcurría y se mejoraba paulatinamente el ambiente comunal.

EMPLEO DE TIEMPO Y ACTIVIDADES

De siete y media a ocho, gimnasia. A las ocho desayuno y hasta las nueve (hora de entrada en clase) limpieza de habitaciones y demás dependencias, hacer las camas, etc. Hasta mediodía -según los días- clases de matemáticas, geometría, economía, redacción, etc. Después de comer se reemprendían las clases, a las dos, con Historia Natural, Física, Química, Sociología, etc.

Solamente para explicar bien el quehacer pedagógico necesitaríamos diseñar un tratado y nos falta espacio, pues hemos dicho que era una escuela nueva, y merecía ese calificativo. Se estimulaban los trabajos en grupos con el “Método de Proyectos” sin necesidad de profesor. Es

más, se seleccionaban muchachos para administradores que adquirían nociones de Contabilidad, otros de Agronomía, Avicultura, etc., y por fin, estaba el grupo en el que más esmero ponía el profesor, que era el de futuros maestros estudiando particularmente Pedagogía y Psicología infantil. Los jueves por la tarde se dedicaban al dibujo, modelado y otras actividades manuales. Entre las seis y las ocho y todos organizados y distribuidos como la Comisión de Agricultura disponía, se trabajaba la huerta, lo que complementaba los estudios de Agricultura y ayudaba a la alimentación de la colonia escolar. Después de cenar, se hacía todas las noches lectura comentada de todos los libros escogidos. Ni que decir tiene que la escuela poseía una biblioteca seleccionada, ayuda preciosa para los alumnos ansiosos de aprender.

Los sábados por la tarde se hacían conferencias por los mismos alumnos, que resumían oralmente lo aprendido durante la semana, o disertaban sobre temas escogidos. Suponía esto un repaso de lo aprendido y un entretenimiento en la expresión hablada.

Había también un cuadro escénico que representaba obras de contenido social y educativo, y todos los domingos se iba a algún pueblo de la comarca, donde representaban las obras del caso. Algún muchacho se dirigía siempre en los entreactos al pueblo reunido, hablándole de lo aprendido y de los horizontes nuevos de concordia social que entreveía. Es imposible describir el contento de las pequeñas poblaciones campesinas al oír cómo sus propios hijos les hablaban y estimulaban a proseguir la obra colectiva, palabras que oían gozosos, pues no se trataba de "charradores" extraños esta vez, sino de sus propios hijos, garantía del porvenir.

A los pocos meses de su funcionamiento y cuando la escuela prometía lisonjeros resultados, sufrió la primera consecuencia del bárbaro y desleal ataque que los lacayos españoles del bolchevismo ruso daban a las colectividades, viéndose la paradoja de que, un denominado comunismo disolvía por la fuerza y a traición verdaderas comunidades de hecho y ejemplo. No nos entretendremos en cosas por todos conocidas. A falta del apoyo material y moral que le daban las colectividades, la escuela anduvo buscando otro emplazamiento seguro, pero la retirada de Aragón la desmoronó completamente.

Estimulado el compañero profesor por el resultado obtenido reunió a los antiguos alumnos que pudo, completó el cómputo con otros, y con el apoyo de la Sección Francesa de S.I.A. formó la que se denominó Granja Escuela Sebastián Faure. En la realidad fue la continuidad de la Escuela de Militantes Libertarios de Monzón, desenvolviéndose en idéntica forma y persiguiendo iguales objetivos.

La única cosa a remarcar de la Granja Escuela Sebastián Faure es la puesta en práctica de la Técnica Freinet -pedagogo francés- en la imprenta de la escuela. La S.I.A. francesa facilitó una pequeña imprenta, y así salió a la luz la revista escolar "Nueva Iberia", editada por los alumnos y que ellos mismos redactaban, componían, ilustraban e imprimían. El éxito de la pequeña revista fue lisonjero y estimulador recibiendo innumerables felicitaciones de compañeros de España y entidades diversas del extranjero.

Habría que ser largo y detallado para dar una idea de aquel ensayo de escuela nueva; lo que hacía y lo que se proponía. Pero teniendo corto espacio, hemos limitado este esbozo para remarcar lo interesante que sería reproducir centros semejantes. En ellos, además de preparar nuevos jóvenes, adquiriendo conocimientos útiles al establecimiento de un nuevo mundo, se prepararan seres que podrán ser ejemplo de hombres libres y solidarios. El régimen comunista de libre acuerdo, cuando se practica, mediante una educación libertaria, tiene por resultado la configuración de agrupaciones armoniosamente solidarias.

José Dueso
Comisión de Relaciones de la Comarcal de Monzón

APÉNDICE II
PROYECTO PARA LA CREACIÓN DE UNA NUEVA ESCUELA DE MILITANTES

Al Pleno Comarcal de Colectividades de Binéfar

Queridos Compañeros, Salud:

Ante el incremento que el colectivismo adquiere en esta comarca y habiendo constatado que en algunos pueblos faltan compañeros preparados para llevar de manera adecuada la administración de la colectividad y también para orientar su desenvolvimiento sociológico, queremos plantearos el siguiente proyecto encaminado a subsanar esa dificultad y dar a nuestro colectivismo la pujanza y la eficacia que su contenido revolucionario precisa. Y nos parece tanto más urgente nuestro planteamiento porque muchos de los jóvenes que ahora dinamizan y orientan las colectividades serán absorbidos por la exigencia de los frentes, y los pueblos irán quedando huérfanos de administradores y del nervio de la juventud que habrá de vitalizar siempre nuestra empresa de Acción directa solidariamente colectivizada.

Debido a las razones expuestas que confío compartiréis conmigo, me atrevo a plantearos la organización de una Escuela de Militantes en la que reuniendo muchachas y muchachos de edad entre catorce y diecisiete años, puedan aprender la técnica de una administración colectivista apoyada en la libre cooperación y la igualdad más estricta. Quiero decir que al lado de la contabilidad, esos Jóvenes han de adquirir otros saberes científicos y humanos que es de una personalidad de ética libertaria y los ponga en condiciones de servir a las colectividades en un plano de sencilla fraternidad y de generoso apoyo mutuo. Debemos tener muy presente el hecho de que estamos viviendo un período crítico de transición; es decir, que estamos pasando de un mundo represivo y tradicionalista a otro de libertad y de activo progreso. Ello implica que la juventud tiene que adaptarse a nuevas costumbres y a proyecciones atrevidas. ¿Cómo? Cambiando en primer lugar la práctica y el contenido de la educación; porque no es lo mismo preparar a los jóvenes para obedecer a normas autoritarias que darles una personalidad responsable que les permita decidir libre y conscientemente en cuanto les concierne de algún modo.

De ahí que en la Escuela de Militantes tengamos que desarrollar métodos educativos de libertad, de iniciativa y de proyección creadora que den

a los jóvenes la seguridad que precisa un desenvolvimiento exento de tutelas autoritarias y de dogmatismos.

Como ya hemos experimentado la enseñanza bajo la libre iniciativa de los chicos y el trabajo en equipo, tenemos confianza de que en el Internado la tarea ser sencilla y la formación de equipos asimismo; máxime que teniendo campo para trabajar y experimentar, la combinación de la acción de las manos y la investigación intelectual podrá dar a los jóvenes los elementos indispensables para ir estructurando su personalidad con vigor y sano criterio.

Por otro lado, considerando que vivimos en un medio predominantemente agrario, habrá de ser de gran interés para todos que los muchachos aprendan, juntamente con los elementos de contabilidad necesarios para la administración de las colectividades, conocimientos básicos de agropecuaria; porque si hemos de ir renovando las prácticas de los cultivos y del recreo animal para incrementar nuestra riqueza colectiva, bueno será que nuestros chicos puedan cooperar con los campesinos en ese sendero hacia el progreso técnico y económico.

Sin embargo, y en esto sí que mi pensamiento coincide con vuestras preocupaciones, hemos de poner nuestro mayor interés en que los alumnos de la Escuela configuren una moral inquebrantable. Es decir, que ni el saber ni el aplauso de los demás pueda fomentar en ellos un sentido de superioridad ni tendencias burocráticas. Y para ello nada hay tan decisivo como el saber combinar de modo funcional el trabajo intelectual con el del campo. Ya que de ese modo, al no perder contacto con el esfuerzo productivo, se dan cuenta del valor genuino del trabajo, cuyo significado adquiere mayor relieve y es fuente de estímulos cuando al incidir en él el progreso técnico se abren a su perspectiva nuevas posibilidades y a medida que la dinámica cooperadora va creando vínculos de solidaridad cada vez más firmes e indisolubles.

De cualquier modo, al margen de esta proyección educadora y de la intencionalidad que nos guía, únicamente sobre la marcha y a la luz de los resultados podremos juzgar de su valor e importancia. Sin embargo, como sois vosotros los que en principio tenéis que apoyar el proyecto

si queremos hacerlo realidad, tengo que exponeros a groso modo las actividades que pienso deberíamos desarrollar para que este centro de información y formación al servicio del colectivismo naciente cumpliera su cometido de la manera más óptima:

a) En primer término hemos de constituir el grupo sólidamente, y para ello, la libertad y la solidaridad más estricta habrán de impregnar nuestras relaciones; pues si estamos convencidos de que la autoridad es el principio del malestar y de la discordia, sólo por la práctica de la libertad en todas nuestras actividades y manifestaciones podremos superar esa perturbadora corriente que viene arrastrándonos desde tantos siglos.

b) Arrumbar la autoridad quiere decir que en nuestro internado no ha de haber ni tutores ni servidores. Luego la administración, la limpieza, el orden y las diversas actividades, tanto creativas como productoras habrán de ir a cargo de todos los componentes del grupo -yo incluido-. A tal efecto serán nombradas las comisiones pertinentes y renovadas a su tiempo por el libre acuerdo de las asambleas.

c) El estudio se llevará a cabo de la manera más autónoma posible. Ahora bien; considerando que nuestra escuela ha de servir principalmente las necesidades de la Colectividad, habremos de orientarnos a menudo hacia temas y actividades que la misma necesidad nos impondrá -como la contabilidad y la agropecuaria por ejemplo. No obstante, estando identificados los chicos con la empresa revolucionaria en la que todos nos hallamos comprometidos y siendo igualmente conscientes de la necesidad, se impondrán ellos mismos la obligación, y ello no como una carga enojosa y rechazante sino experimentando el goce incomparable de sentirse útiles y de ver realzada su persona.

d) No siendo posible una educación activa y funcional sin estar permanentemente en contacto con la vida, hemos de procurar que haya un intercambio recíproco entre los jóvenes y los habitantes de la Comarca. Es decir, que los muchachos recorrerán aquellos pueblos para llevar a ellos sus experiencias y su alegría, y las puertas del Internado a su vez, estarán abiertas para todos cuantos quieran visitarnos y aportarnos una sugerencia, una crítica o una simple palabra de afecto y estímulo.

Con estos datos, a través de los cuales los compañeros aquí presentes podéis haceros una idea más o menos precisa de lo que nos proponemos desarrollar en nuestra Escuela, esperamos que podéis formular las críticas o comentarios que vuestro juicio os sugiera.

No voy a insistir sobre la repercusión que puede tener este proyecto ya que la falta de animadores auténticos que se observa en muchas colectividades es sentida por vosotros con la misma o mayor intensidad, si cabe, que la mía. De ahí que sólo me reste añadir un ruego: que analicéis detenidamente el proyecto, esperando de vosotros las objeciones que juzguéis pertinentes y asimismo, las sugerencias o aportaciones que sean susceptibles de corregirlo y enriquecerlo. Únicamente así podremos aprovechar todas las posibilidades de esta hora, y sobre todo si estáis dispuestos a reforzar la labor de la Escuela con vuestra valiosa cooperación en sus diarias realizaciones y propósitos. Así lo exige la buena marcha de nuestras colectividades en este momento crucial en el que tantas dificultades y enemigos nos acechan por los cuatro costados con ánimo manifiesto de hacernos fracasar o de destruir nuestra obra sea como sea.

Espero, pues, queridos compañeros, que tras un examen concienzudo y sereno de este proyecto digáis, con la libertad que os caracteriza, vuestra última palabra.

En Monzón, diciembre de 1936

APÉNDICE III

UN ENCUENTRO EN EL CAMPO

En Noé, pese a que era un campo de castigo, había poca disciplina por haber sido destinado a mujeres, niños, ancianos y enfermos. Es verdad que por el hambre que en él se pasaba y por el escaso confort de sus barracas podía compararse a los otros campos; al de Vernet, por ejemplo y cuyo régimen y disciplina eran crueles, y del que yo venía de ser trasladado; pero había algunas diferencias que eran advertidas inmediatamente, no sin cierto sentimiento de alivio. En Noé no se hacían formaciones y uno podía permanecer acostado todo el tiempo que quisiera; no había obstáculo para comunicarse de una a otra barraca, y además, la organización protestante había conseguido abrir un Hogar donde podíamos reunimos con nuestros familiares y amigos siempre que lo deseáramos. Estaba provisto el Hogar de una pequeña biblioteca y de algunos juegos -ajedrez, parchís, damas, etc.- con los que se animaba un poco aquella concentración en la que el hambre y la desesperación eran las notas características.

Transcurrido muy poco tiempo después de mi llegada desde Vernet, en el Hogar se iniciaron una serie de conferencias culturales en las que estaba prohibido hablar de política y en las que unos profesores alemanes -judíos- disertaban sobre temas literarios y filosóficos que, a decir verdad, resultaban muy monótonos y aburridos; por lo que no es de extrañar que sólo asistieran a dichas conferencias una docena de judíos, siete u ocho españoles y tres o cuatro personas más de otras nacionalidades.

Un día en que un grupo de amigos estábamos comentando el poco interés que aquellas charlas suscitaban se acercó la encargada, y al oírnos se dirigió a mí para proponerme que iniciara yo otro ciclo al mismo tiempo. En principio no nos pareció mal la idea; pero hube de advertirle que el comisario del campo me tenía muy vigilado y que habría, sin lugar a dudas, una franca oposición de su parte. La encargada sin embargo, haciendo caso omiso de mis consideraciones se afirmó en su proposición, decidiéndose por fin que yo diera una serie de charlas sobre geografía y costumbres españolas.

¿Qué sucedió a continuación? Lo más espectacular e inesperado: El día en que se iniciaba el cursillo, el local se abarrotó de gente; aunque, pensándolo bien, nada tiene de extraordinario, siendo como eran

españoles la mayoría, el hecho de que acudieran casi todos aunque sólo fuera por la curiosidad de oír hablar a un paisano. Pero no terminó ahí la cosa, como era de suponer; pues, ya fuese por el éxito con que se iniciaba el ciclo o porque al exponer algunas peculiaridades regionales mencioné la tendencia federalista de nuestro pueblo y su oposición al centralismo, el comisario suprimió las conferencias y me prohibió, con amenazas, que volviera a tomar la palabra en el Hogar. Eso disgustó mucho a la responsable; pero nadie se atrevió a protestar, ni ella tampoco.

Con motivo de lo ocurrido, Rafael Jiménez, un muchacho socialista, que aún siendo demasiado joven para ser internado en ese campo estaba allí a causa de unas heridas sufridas en nuestra guerra, vino a buscarme al día siguiente para conversar conmigo, mientras tomábamos el sol, al respaldo de la barraca. Después de saludarme muy amablemente, comenzó diciéndome:

> -*"Ha sido una lástima que el tragachicos ese -refiriéndose al comisario- haya prohibido tus charlas; pues la verdad es que, habiéndose iniciado tan bien, el tema nos hubiera permitido conocer mejor a nuestro pueblo y, ¿quién sabe?, tal vez una mayor comprensión entre nosotros."*

Antes de contestarle reflexioné unos segundos sobre qué tipo de hombre tenía ante mí. Yo sabía que era abogado de profesión, que había sido comandante durante la guerra y que aquí en el campo se mostraba muy discreto y estudioso. Ya había tenido ocasión de compartir con él algunas veces dado que en los primeros días de mi estancia en el Campo habitamos la misma barraca, pero nunca charlamos muy a fondo a decir verdad; pues aún pareciéndome culto y amable, le notaba cierto sesgo -marxistizante diría yo- que restaba objetividad y sencillez a nuestro diálogo. Como por otra parte, la experiencia que yo guardaba de otras discusiones con gente

de formación marxista no era demasiado alentadora, mi estado de ánimo en ese momento no era el más propicio para entablar polémica.

Sintiéndome obligado, no obstante, de corresponder a su amabilidad, aún le dije:

> *-Sí, pienso, como tú, que ha sido una lástima no poder continuar estas charlas después de haber logrado interesar a nuestros paisanos; porque, mediante un mayor conocimiento de nuestras comarcas con toda la variedad que ellas encierran y por los interrogantes que el tema hubiera suscitado, es muy probable que hubiéramos llegado a comprender sin esfuerzo todas nuestras peculiaridades, tanto geográficas como culturales, a sentirnos más unidos y dar pruebas de mayor tolerancia y respeto para ir trenzando los vínculos de una solidaridad más amplia.*

Mi intención era dar por terminado este asunto; pero no así la del joven, que siguió engarzando, en estos términos más o menos:

> *-Ya vi tu intencionalidad cuando tratabas de realzar el valor del federalismo. Y he de decirte en lo que a mí respecta, que nunca comprendí del todo las ventajas de la estructura federalista. He leído a Pi i Margall, he oído a algunos de sus partidarios, pero quizá no lo haya hecho con la hondura suficiente; pues sigo creyendo que centralizando la dirección de un país se han de poder articular mejor los intercambios y planificar debidamente la producción, la distribución, el transporte y, en fin, todos los servicios. ¿No te parece?*

> *-No tendría sentido para ti mi respuesta si antes no aclarara la diferencia fundamental que existe entre tu óptica y la mía; puesto que tú planteas el problema de organización social en términos de dirección y yo no. Entonces, si tú consideras que ha de haber quienes dirijan y quienes sean dirigidos, nada tengo que añadir a tu idea del centralismo puesto que se ajusta correctamente a esa premisa. Pero yo nunca estaré de acuerdo con una discriminación tan cargada de desastrosas consecuencias puesto que lleva en sí el germen de la rivalidad y de la guerra. Y por eso soy federalista. Porque el federalismo se inventó precisamente para*

romper con ese esquema tan absurdo en el que unos pocos mandan y la inmensa mayoría ha de obedecer. ¿No has pensado nunca en el tremendo error sobre el que descansa esa estructura de poder? Si se ha demostrado de muchas maneras que todos los hombres -salvo casos de patología genética- tenemos al nacer el mismo potencial biológico, ¿por qué las diferencias y sobre qué criterios se definen para poder justificar el dominio y los privilegios de unos pocos sobre la humillación y el sometimiento de los más? Para mí la cosa está clara, y los que como yo defiendan la libertad del individuo y aspiren a la solidaridad como vínculo concertante entre los grupos, abogarán, incuestionablemente, por el federalismo; porque no hay otra estructura social que pueda garantizar el apoyo mutuo entre los hombres y el desenvolvimiento social más óptimo sin necesidad de burocracia dirigente.

-De golpe has puesto todo el problema ante mis ojos: el federalismo y la idea de una sociedad sin gobierno; lo que a mí me parece utópico y me lo ha parecido siempre. Aunque, a decir verdad -ya antes lo he señalado- nunca me paré a reflexionar seriamente sobre vuestros ideales libertarios y colectivistas. Os miré desde lejos y pareciéndome que erais unos soñadores incapaces de ver la realidad. Veía la perspectiva libertaria como algo irrealizable por el momento y que ni siquiera tenía posibilidad de futuro. ¿Para qué preocuparme, pues? Reconozco que eso ha sido un fallo de mi parte y por eso mismo te agradecería que me dijeras cómo es posible organizar la vida de un pueblo sin un Gobierno.

-Si persistes en considerar que es utópico, difícil te será comprender nada. Porque utópico, amigo Jiménez, suele ser aquello que imaginan o defienden los otros, y más aún cuanto más se aparte del cuadro de nuestros condicionamientos. La aviación, por ejemplo, la radio y otros muchos inventos eran una utopía para los hombres que vivían hace cien años. Del mismo modo, sigue siendo una utopía para muchos de nuestros contemporáneos la instauración de una sociedad justa y libre pese a que en el fondo todos la deseamos. Y ello se debe a que somos animales de noria y como tales seguimos uncidos al yugo de esta sociedad

discriminadora y agresiva que nos condiciona. Y a propósito de cómo se organiza una sociedad sin necesidad de un Gobierno, tú mismo podrás haberlo deducido observando las colectividades autogestionadas de España, de las que algunas estuvieron dinamizadas por libertarios en unión de gente perteneciente al Partido Socialista.

-¿Pero eso tuvo éxito? Yo estaba en el frente y no he podido vivir directamente esa experiencia. He oído decir sin embargo, que en la mayoría de los casos fue un desastre. ¿Tú puedes demostrarme lo contrario?

-Evidentemente. Yo he vivido en régimen colectivista y he podido constatar cómo gracias a él, en Aragón, aumentó la producción pese a los obstáculos de la guerra y pudo robustecerse la solidaridad entre sus hombres y sus grupos; porque las colectividades supieron federarse para hacer efectiva la ayuda moral, cultural y económica entre las distintas comarcas de la región. Esas colectividades que tú no has conocido aún habiendo pasado tan cerca de ellas, se desenvolvieron -lo mismo en el campo que en la ciudad- sin autoridad ni jerarquías, acordándolo todo en la asamblea, donde todos sus componentes podían participar en igualdad de condiciones y en plena libertad. Y no sólo mejoraron y mantuvieron el ritmo de la producción, sino que organizaron la vida toda en aquellos pueblos: fundando centros escolares y hospitales allí donde faltaban y tendiendo líneas telefónicas y eléctricas dondequiera que la necesidad se hizo sentir. Ahí tienes el federalismo dinamizado por la libertad y el apoyo mutuo. No quiero decir con esto que la colectivización fuera perfecta; porque como en toda obra humana, hubieron deficiencias y errores. Ahora bien, ello se comprenderá mayormente si tenemos en cuenta que las colectividades no fueron el resultado de un proyecto que el pueblo hubiera elaborado serena y pacientemente, sino la respuesta inmediata al serio problema que planteaba el levantamiento militar y el abandono subsiguiente de muchas empresas ante la huida de sus patronos, así del campo como de la ciudad; problema al que los trabajadores supieron hacer frente con responsabilidad consciente y sentido revolucionario pese a los

obstáculos que frente al colectivismo autogestionario iban levantando algunos partidos políticos y el Gobierno.

Es verdad asimismo que no todas las colectividades se desenvolvieron con la misma holgura; ya que donde había animadores realmente identificados con la colectivización todo fue superándose satisfactoriamente, mientras que allí donde esos animadores faltaban las cosas fueron desarrollándose con menos éxito; pero en cualquier caso y al margen de esas diferencias que se producirán siempre, la colectivización funcionó y demostró al mundo cómo es posible mutar la explotación y el autoritarismo por una cooperación libre y autogestionada.

-Para comprender todo esto necesitara algunos datos; pero hay uno que me preocupa especialmente en este momento. Tengo entendido que el Movimiento Libertario no tiene gente preparada; lo que quiere decir que vuestro ideal no cautiva a los intelectuales. Entonces, yo me pregunto: Si no es posible transformar las estructuras sin una revolución bien planificada y dirigida y esto sólo pueden hacerlo los intelectuales, ¿cómo habéis podido realizar todo eso que acabas de contarme?

-Veo que tu condicionamiento al esquema de pensamiento que te has prefijado es más fuerte que la realidad experimentada; pues te atreves a afirmar lo que los mismos hechos por sí solos desmienten. Sin embargo, debería hacerte pensar, creo yo, el que 4 millones de personas aproximadamente hayan vivido- en colectivización sin otra autoridad que los acuerdos emanados de sus asambleas. ¿No te parece que la experiencia vivida por tanta gente debería tener más valor que todas las especulaciones de nuestros autores favoritos por muy intelectuales que estos sean?

-Espera un momento, me interrumpió. ¿De dónde sacas eso de 4 millones? ¿No te parece que hinchas un poco vuestros efectivos?

-No. Hemos llegado a más de dos millones de afiliados en la C.N.T., y la mayoría de ellos han estado en colectividades industriales o agrarias;

pero al lado de cada cenetista había una familia más o menos numerosa. Por ejemplo: yo he vivido en una población en la que no llegaba a 200 el número de sindicados y en cambio pertenecían a la colectividad más de mil personas; ya que para ser colectivista no era obligatorio estar afiliado a la C.N.T., y de ahí que la mayoría de las mujeres y viejos así como muchos jóvenes de la colectividad pertenecieron a ella sin ser socios del sindicato. De esas cifras deduzco, pues, que entre las empresas colectivizadas de las ciudades y las gentes que vivíamos en las colectividades del campo, seríamos alrededor de 4 millones de personas.

Pero volvamos a tus afirmaciones de antes, que me importan mucho porque es un tema que me ha preocupado siempre y sobre el que he reflexionado bastante: el de los intelectuales. Pero vayamos por partes y no nos precipitemos.

Si los hombres estamos ávidos de libertad y rechazamos la injusticia, podemos deducir que cuanto nos libere y garantice la justicia ha de ser cautivador para el hombre que piensa; es decir, para el auténtico intelectual. ¿No lo crees así?

-Hombre, ¡claro! Todos queríamos más libertad y más justicia.

-Pues bien; si nosotros hemos luchado por esos valores genuinamente humanos, y en un momento difícil, el de la guerra, hemos logrado organizar la vida de muchas personas y de miles de poblaciones a base de relaciones libres y de solidaridad estricta, ¿no te parece válida la experiencia? De ese razonamiento yo saco una consecuencia muy distinta a la tuya y bien dolorosa por cierto: que en España no hay auténticos intelectuales. Perdona si te sientes herido por esta expresión mía; puesto que tú eres un universitario y puedes considerarte intelectual; pero en buena lógica hemos de reconocer que si los intelectuales son los que saben y por lo tanto los que han de ir a la vanguardia de la liberación de los hombres y en ella brillan por su ausencia, es una prueba evidente de que no los hay. Veamos ahora la actividad revolucionaria en otra vertiente. Si los trabajadores han sido capaces de estructurar colectividades, de

federarlas y de administrar su producción y su riqueza, ello quiere decir que de realizaciones económicas y convivenciales saben mucho más que los supuestos intelectuales, enmarañados en códices y burocratismos de discriminación autoritaria. Y esto no es un mero supuesto. Examinemos juntos para qué os preparan en las Universidades. A los abogados para defender las leyes; es decir, la injusticia, la represión y el privilegio. Y a todos en general para que se integren al sistema de manera irreversible. ¿Por qué procedimiento? Obteniendo títulos y honores que permitan ascender de categoría, conseguir mayores sueldos y dar amplia satisfacción a la vanidad y al afán de dominio. Todo eso, ¿no está ya predeterminado para fomentar y sostener la injusticia? Luego si de veras hubiera intelectuales, éstos estarían al lado de la libertad, de la solidaridad humana y de los intercambios igualitarios.

-Cuanto acabas de decir a propósito de los intelectuales -dijo Jiménez muy serio- me parece excesivamente duro. En lo que respecta a los trabajadores, sigo preguntándome cómo seres ineducados y carentes de información pueden estructurar la economía y la política social mejor que aquellos que se prepararon para ello.

-Lo primero que debes hacer, amigo Jiménez, es situarte en la realidad. Todos los humanos vivimos en un ámbito social que nos impregna de su cultura; pues de él recibimos comunicaciones, afectos, estímulos, etc. Por lo tanto no hay nadie que se halle totalmente carente de información. Por otra parte, más que en la Universidad se aprende fuera de ella cuando la curiosidad mueve las alas de nuestra imaginación y no hay programas impuestos que pongan trabas a nuestra libertad de investigar, comparar, criticar y crear. ¿No comprendes que el valor de nuestros aprendizajes estriba en su calidad y que ésta sólo se consigue por la cooperación en un ámbito de libertad? Porque se aprende de veras cuando una motivación profunda moviliza nuestro interés y sólo es válido el aprendizaje cuando se enraíza en la corriente solidaria que ha de salvar al hombre. Pero no es ese el aprendizaje que se imparte en las Universidades. A los intelectuales, desde Mesopotamia y Egipto se les prepara para servir al Estado. Por medio de los escribas, el Faraón y los

nobles del Imperio administraban sus riquezas y mantenían el orden público asegurando la aplicación de las leyes. Era su misión defender la propiedad y garantizar la obediencia de siervos y esclavos. No faltaban para ello las escuelas adjuntas a los templos al objeto de instruir en esa dirección y desde muy jóvenes a los hijos de las clases privilegiadas. Luego el burocratismo, como podemos ver, viene arrastrando su nefasta estela desde hace al menos cinco o seis mil años; pues llámese escriba o recaudador de impuestos, visir o primer ministro, en el fondo nada ha cambiado: el papel de quienes ostentan esos títulos no es otro que el de servir al Estado, obligando a los súbditos a que paguen sin rechistar por éste o aquel concepto, y al que se rebele ¡duro con él! que para eso están los cuerpos armados, y uno legislativo que legitimar la usurpación y el crimen.

No obstante, sigue siendo la Escuela la clave del aparato burocrático. Ya en Egipto, el respeto a la propiedad, la obediencia a las leyes y la estabilidad del Gobierno descansaban casi absolutamente sobre el prestigio del Faraón, lo que era cultivado muy celosamente en las escuelas de la Iglesia. Hoy sigue cumpliendo la escuela el mismo papel que antes. Es en ella donde se hace la selección; de donde salen esos intelectuales que después de haber sido condicionados a la idea de seres superiores y merecedores por tanto de honores y prebendas, el Estado obtendrá de ellos fidelidad absoluta a las ordenanzas que emanan de su aparato burocrático, aparato que con el desarrollo del Neocapitalismo no ha hecho sino perfeccionarse y extender sus tentáculos haciéndose más escurridizo si cabe e invulnerable. De él ha surgido un nuevo tipo de intelectuales -los tecnócratas- que lo mismo sirven al Estado que al patrono, tanto de los monopolios como de las empresas multinacionales. ¿Qué pueden saber estos burócratas de organizaciones federadas, de apoyo mutuo ni de autogestión cuando han sido convertidos en meras piezas de un sistema alienante y despótico?

-Será como tú dices; pero sigo creyendo en que los políticos, los economistas y los administrativos son indispensables.

-Porque no has reflexionado bastante sobre el papel de esos profesionales dentro del sistema de dominación en el que hasta hoy han vivido los hombres. Un político es alguien que tiene vocación de mandar, de dirigir y, en consecuencia, de humillar a los otros. Los economistas estudian para orientar la economía de mercado, realizar especulaciones egoístas y ver el modo de enmarañar la madeja para que unos cuantos -los que poseen bienes- hagan pingües beneficios y puedan ir acumulando más riqueza. Y si los administrativos tienen por misión administrar las usurpaciones de los Estados y el lucro de los plutócratas, llegamos a la conclusión lógica de que todos ellos son enemigos del pueblo y de la solidaridad por tanto. Luego en la perspectiva sociohumanista que nos ocupa ahora y que es en fin de cuentas la que realmente importa, la sabiduría no está de parte de los intelectuales sino de los obreros. Son éstos los que habiendo sentido tan profundamente la necesidad de sacudirse el yugo de la explotación, han ido imaginando a través de tantos siglos cómo podrían llegar a liberarse. De ahí que, mientras teóricos libertarios como Kropotkin, Bakunin y otros no se habían dado cuenta aún de la formidable palanca que reside en la acción directa, los anarcosindicalistas -obreros manuales casi todos- descubrieron que esa praxis por la que se prescinde de todo intermediario es la que haría posible un día la supresión del burocratismo y del Estado. Claro está que si poseyeran más conocimientos, resolverían mejor todos los problemas organizativos y de otra índole que van surgiendo; pero aún siendo como son ahora, en lo que se refiere a la emancipación de los hombres es mayor su sensibilidad y saben mucho más que los intelectuales, enredados como están en legalismos y normas burocráticas de rigidez obstaculizante. Amigo Jiménez, si en lugar de burócratas hubiera intelectuales auténticos, es decir, personas libres que han estudiado al Hombre con sus aspiraciones y a la sociedad con sus deficiencias y sus necesidades de concierto, serían ellos quienes se fusionaran con el pueblo y le ayudarían a enriquecerse de las informaciones más aptas para establecer una sociedad equitativa y armoniosa. ¿Es esa la actitud de los políticos y la de una gran parte de intelectuales? ¿No? En tal caso no pueden considerarse hombres de saber ni humanistas, sino simples burócratas al servicio del Poder.

-¡Caramba! -exclamó Jiménez un tanto pensativo- me dejas perplejo. Aunque... es tu expresión tan tajante y violenta...!

-Perdona -respondí yo bajando la voz-. Pero este tema, motivo de tantas polémicas estériles y evocador de tantos atropellos, subleva mi ánimo. Porque... veamos: ¿Qué harían los Estados y el Capitalismo sin tantos presuntos intelectuales que sirvieran dócilmente su causa? Ten presente que la burocracia no es tan sólo el brazo que ejecuta la injusticia, sino que es al mismo tiempo la máquina que tritura a las personas matando su iniciativa y su estímulo creador, y es a la vez la jerarquía pretenciosa que arropándose en una supuesta superioridad humilla a la gente del trabajo catalogándola de inferior e imponiéndole, en consecuencia, la obligación de producir, obedecer y callar.

-El toque de fajina cortó aquel diálogo que nunca volverá a reanudarse. Jiménez fue trasladado a otra institución y yo me quedé en aquel campo del hambre, del que muy pronto me evadiría saltando una noche las alambradas y deambulando campo a través.

Índice

Presentación VII

Aclaración previa XI

A manera de prólogo 17

Capítulo 1. Proyecto y organización 31

Capítulo 2. Como el cooperar anula egoísmos y genera afecto. 43

Capítulo 3. Un incidente y una lección de libertad 55

Capítulo 4. Visitas trascendentales. 63

Capítulo 5. Una estancia efímera y profunda 69

Capítulo 6. Una grata velada 89

Capítulo 7. Valor social del arte 129

Capítulo 8. Nubarrones y represiones 145

Capítulo 9. La escuela y la reanimación de las colectividades. . 155

Capítulo 10. Nuestra acelerada decadencia 161

Capítulo 11. Reorganización y esperanza 169

Capítulo 12. Nuestro último centelleo y la debacle. 183

Epílogo 195

Apéndice I. Escuela de militantes libertarios de monzón 223

Apéndice II. Proyecto para la creación de
una nueva escuela de militantes 231

Apéndice III. Un encuentro en el campo 237


LA RUTA DE LA ESCUELA DE
MILITANTES DE ARAGÓN
Argelès-
sur-mer
Llançà
Huesca
Monzón
Albelda
Albalate
de cinca
Zaragoza
Sant vicenç
dels Horts
Barcelona
Caspe